Los Hollister



29

Y EL TESORO DE PUERTO RICO

FABÁ 73

JERRY WEST

Las niñas Hollister toman parte en el concurso «Reina de las Piñas» durante sus vacaciones en Puerto Rico y todos los niños buscan un tesoro pirata.





Jerry West

Los Hollister y el tesoro de Puerto Rico

Los Hollister - 29

ePub r1.1

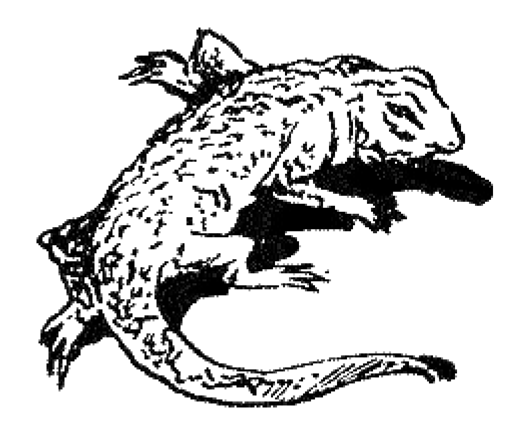
nalasss 16.09.14

Título original: *The Happy Hollisters at Lizard Cove*
Jerry West, 1957
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UN DIMINUTO VIAJERO



—¡Espérame, Pam! —gritó Holly Hollister a su hermana, mientras corría, al salir de la escuela, con la cabeza inclinada para protegerse del aguanieve que caía aquel ventoso mes de febrero.

—Te espero —replicó Pam riendo—. Pero date prisa, o se te helarán las trenzas antes de que lleguemos a casa.

Las dos hermanas, agarradas de la mano corrieron hasta dar alcance a sus hermanos Pete y Ricky. Y ya los cuatro hicieron juntos el resto del camino. Pete, de doce años, era el mayor; le seguía Pam, con diez años. Ricky tenía ocho y Holly seis.

Cuando se aproximaban a su casa de la carretera de Shoreham, Ricky exclamó:

—¡Mirad! ¡Una camioneta de reparto en nuestro jardín! ¡Y un hombre que está sacando algo del vehículo!

Ansiosos por averiguar lo que había dentro del bulto, los niños aceleraron el paso.

—¿Vosotros vivís aquí? —les preguntó el hombre de la camioneta, cuando estuvieron cerca.

—Sí —contestó Pete.

—Entonces, estas piñas son para vosotros —declaró el hombre.

—¡Piñas! —exclamaron a coro los niños, muy sorprendidos—. ¿Quién las envía?

—Misterio —contestó el hombre, haciéndoles un guiño—. Vienen de Puerto Rico, pero no hay remitente ni sus señas.



—¡Qué raro! —comentó Pete.

El hombre se cargó al hombro la caja, en forma de jaula, y los niños le siguieron hasta la puerta de la cocina de su linda casa, que se encontraba situada a orillas del Lago de los Pinos. Pete abrió la puerta y pidió al hombre que dejase la caja sobre la mesa. Luego, firmó en el libro de entregas que llevaba el hombre y éste se marchó.

En ese momento, la chiquitina, Sue Hollister, una traviesa niña de cuatro años, entró corriendo en la cocina. Al ver la caja, abrió unos ojos tan grandes como platos, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Ven, mami, ven! ¡Verás que «supresa»!

Mientras los cuatro hermanos mayores se quitaban las botas y

los abrigos, la rubia y esbelta señora Hollister entró en la cocina. Miró primero la caja y luego a sus hijos. El alto y guapo Pete, que llevaba el cabello alborotado, sonrió ampliamente. Y otro tanto hizo la morenita Pam, cuyos graciosos hoyuelos se marcaron profundamente. Entre tanto, Ricky, pecoso y pelirrojo, husmeaba por entre las tablitas del embalaje.

—¿Conoces a alguien en Puerto Rico, mamá? —inquirió Pam.

—No.

—¿Y papá?

—No. ¿Por qué?

—Entonces, ya tenemos un misterio que resolver —dijo Pete, con extrañeza.

—Un misterio «piñoso» —añadió Holly.

La señora Hollister sonrió, mirando atentamente la etiqueta del embalaje.

—No cabe duda de que la fruta es para nosotros y procede de San Juan de Puerto Rico.

—Hay que abrir esto en seguida —apremió Ricky.

Pete fue a buscar una herramienta, con la que levantó las tablillas de la tapa.

—¡Qué piñas tan estupendas! —exclamó la madre, y tomó una de las frutas.

—Cuatro, ocho, doce…, dieciséis —contó Holly—. ¡Hay dieciséis!

—¿Y dónde está Juan Rico? —preguntó Sue, ladeando la cabeza inquisitivamente.

Mientras los demás se echaban a reír, Pam fue a buscar su libro de geografía y localizó las islas Caribes, o Pequeñas Antillas.



—Aquí está —dijo mostrándole a Sue la segunda isla al este de Cuba—. San Juan es la capital y está a dos mil millas de aquí.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Qué viaje tan largo han hecho estas piñas!

A indicación de la madre, los niños fueron llevando los hermosos frutos a la despensa, para dejarlos en un estante. Cuando transportaba una de las doradas piñas, Holly gritó, estremecida:

—¡Huuuuy! ¡Mirad!

¡En la coronilla del fruto se veía una pequeña lagartija!

El animalito, de unos quince centímetros de largo, permanecía muy quieto. Toda la familia se reunió a su alrededor.

—¿Cómo se ha introducido aquí, mamá? —preguntó Holly.

La señora Hollister contestó que lo más probable era que el animal se hubiera metido en el embalaje de las piñas, en Puerto Rico, y así hizo todo el viaje por barco hasta los Estados Unidos.

—¿Está muerto? —preguntó Ricky.

—¡Dios quiera que no! —se apresuró a contestar la compasiva

Pam.

A Sue se le llenaron los ojitos de lágrimas, y empezó a lloriquear, diciendo:

—La pobre lagartija se ha congelado.

Pero Pete levantó en sus manos al animal, con cuidado, y dijo que todavía respiraba. Luego lo puso en una silla, cerca del radiador. Ricky se acercó allí y, poniéndose de rodillas, observó con gran interés al animal, desconocido para él.

Pam, entre tanto, fue a la sala para buscar un libro dedicado a los reptiles. Volvió con él hojeándolo.

—¿Qué buscas ahí? —preguntó Holly.

La hermana mayor repuso que quería averiguar si la lagartija podía ser venenosa. Después de leer durante unos minutos, movió de un lado a otro la cabeza.

—No. Los únicos lagartos venenosos son los monstruos Gil, que se encuentran en el suroeste de América, y el lagarto de collar, de Méjico.

Sue, secándose las lágrimas, declaró:

—Esta lagartija no tiene collares. Ya podemos estar tranquilos.

—¡Eres un caso, Sue! —dijo Pam, riendo.

De repente, Ricky exclamó:

—¡Eh! La lagartija se mueve…

El calor había empezado a ejercer sus efectos y la diminuta viajera estiró sus pequeñas patas.

—¡De prisa! —dijo, Holly impaciente—. Hay que buscarle una cama ahora mismo.

Y sin pérdida de tiempo, Holly bajó las escaleras del sótano, en busca de algo en que poder instalar al animalito.

Pam siguió leyendo el libro sobre los lagartos. El que tenían en casa parecía ser una iguana, que se cría en las islas Caribe.

—Aquí dice que son buenas y juguetonas. ¿Podemos quedarnos con ella, mamá?

—Sí, hijita.

Holly volvió pronto con un gran cubo de plástico, de los que se emplean para jugar en la playa, que había usado el verano anterior. En el fondo quedaba todavía un poco de arena.

—¿La tiro? —preguntó.

—No, no —contestó Pam—. A las lagartijas les gusta la arena.

Y la señora Hollister añadió:

—Yo creo que debéis poner también unas tiritas de papel, para que el animalito se encuentre cómodo y caliente.

En pocos segundos, los niños hicieron trocitos un periódico, que colocaron sobre el fondo de arena. Luego, la lagartija fue instalada en su nueva casa.

—¡Le gusta, le gusta! Está «pistañeando» —gritó Sue, dando alegres saltitos.

—¿Cómo le llamaremos? —preguntó Holly.

—¿Por qué no le llamamos «Suerte»? —propuso Pam—. Ha tenido mucha suerte, al sobrevivir durante el viaje desde Puerto Rico.

A todos les pareció un buen nombre y siguieron admirando a «Suerte», mientras el animalito se iba reanimando.

—¿Puedo agarrarlo? —preguntó Sue, esperanzada.

La madre repuso que podía hacerlo, siempre que tuviese cuidado. Sue tomó delicadamente al animal, colocándoselo en la palma de la mano. «Suerte» abrió y cerró repetidamente sus ojos redondos, mientras miraba a todas partes. Luego, empezó a reptar por el bracito de Sue. La niña se echó a reír de tan buena gana que, con las sacudidas, el animal estuvo a punto de caer al suelo.

Todos los hermanos se turnaron para jugar un rato con el animalito. Después, cuando Pam estaba colocando a «Suerte» en el cubo, se oyó entrar en el camino del jardín la furgoneta de la familia.

—¡Ha llegado papá! —gritó Holly, corriendo a abrir la puerta trasera.

El señor Hollister era un hombre alto y atlético, de sonrisa afable. En cuanto entró en la casa, Sue corrió a su encuentro y le dio un fuerte abrazo. A continuación, agarrándose con fuerza de las manos de su padre, Sue dio una voltereta y aterrizó de pies en el suelo.

Después de dar un beso a su padre, Holly invitó:

—¡Papá, ven a ver nuestra lagartija! Se llama «Suerte».

Después de admirar el animal, el señor Hollister preguntó dónde lo habían comprado.

—«Suerte» ha sido un regalo —dijo Holly, y enseñó a su padre la caja de piñas.

Y Sue añadió:

—¿Es que tienes algún amigo «lagartija en Juan Rico»?

El señor Hollister se echó a, reír, diciendo que no conocía a nadie que viviese en las islas Caribes.

—Telefonearé a las oficinas de transportes para ver si tienen el nombre de la persona que envió esto —propuso.

Pero el empleado que contestó al teléfono dijo que los documentos de envío no consignaban el nombre del remitente.

—Por lo visto, tenemos un amigo desconocido, muy amable —comentó el señor Hollister.

Pete se había ido a la cocina al escuchar unos ladridos en el exterior. Cuando abrió la puerta, «Zip», el hermoso perro pastor de los Hollister, entró apresuradamente.

—¡Calma, calma! —le advirtió Pete.

—Sí. No vayas a hacer daño a nuestra lagartijita —añadió Holly.

Pete llevó a «Zip» hasta el cubo donde descansaba la lagartija y dejó que el perro la olfatease y mirase. Luego le palmeó el lomo.

—Mira, muchacho. La lagartija tiene derecho a estar aquí.



Satisfecho, «Zip» se marchó despreocupadamente, para dirigirse hacia su cuenco, a esperar que Pam le pusiera allí su comida.

Un poco más tarde, mientras la familia cenaba, Pam habló de lo agradable que resultaría hacer una visita a Puerto Rico.

Holly estuvo de acuerdo con su hermana.

—Puerto Rico o cualquier otro sitio donde haga calor —dijo, levantando la vista de su plato de natillas—. Me gustaría ir a nadar.

—¡A mí también! ¡Y a remar! —declaró Ricky.

—«Pos» yo quiero ir al Polo Sur. Es el sitio más «calientísimo» de todos —afirmó Sue, muy ufana.

Todos se echaron a reír, y el señor Hollister tuvo que explicar a la pequeñita que el Polo Sur estaba cubierto de hielo y nieve, lo mismo que el Polo Norte.

—Entonces, le han «ponido» mal el nombre. Se tendría que llamar Polo Norte Dos —opinó Sue.

Pam cambió entonces de tema.

—Estoy pensando qué le parecerá a «Suerte» vivir en esta parte

norte de América. ¿Podré llevarla a la escuela mañana, mamá?

La señora Hollister contestó que podía hacerlo, siempre que mantuviese a la lagartija bien abrigada, sin exponerla al frío invernal.

—¡Vivaaa! —exclamó Holly.

Antes de ir a acostarse, Pete colocó una tela metálica sobre el cubo de la lagartija y la dejó cerca del radiador de la cocina. Al ver aquello, «Zip» se hizo un ovillo junto al cubo, como dispuesto a cuidar de la pequeña lagartija.

—Buenas noches, «Zip» —dijo Pete, acariciando al perro.

Por la mañana, la lagartija parecía completamente recuperada. Miraba continuamente al fondo del cubo y parpadeaba.

—«Suerte» tiene hambre —opinó Holly.

—Ya sé qué podemos darle —añadió el pelirrojo.

—¿Qué?

—Comida para tortugas. Tengo una poca, que me sobró en julio pasado.

El pasado verano, Ricky había capturado dos tortugas voraces en el muelle, y las conservó hasta el otoño. El pequeño corrió a un estante de la cocina y volvió con una cajita llena hasta la mitad de insectos secos. Echó unos cuantos en el hociquito de «Suerte». La lagartija los devoró a toda prisa.

—Ahora, todos a desayunar —dijo la señora Hollister, mientras servía la papilla caliente en los tazones.

Todos los hermanos se sentaron a la mesa del comedor. Al terminar el desayuno, Pam buscó en su tocador una cajita rectangular de cartón, en la que guardaba objetos de adorno, y que tenía en el fondo un colchoncito de suave algodón. Hizo varios agujeros en la tapa, metió a «Suerte» en la caja y, después de taparla, arrolló una goma alrededor de la cajita.

—Llevaré a «Suerte» debajo del abrigo para que esté caliente —prometió a su madre, al darle un beso de despedida.

Había cesado de caer aguanieve, pero las calles de Shoreham se encontraban cubiertas por una resbaladiza capa de hielo. Pam avanzaba ágilmente, sosteniendo la cajita debajo del abrigo. Cuando ella y sus hermanos se encontraron con algunos compañeros de clase, los Hollister les hablaron de «Suerte».

—¿Tenéis una lagartija viva? —preguntó Ann Hunter, una niña de cabello rizado, que tenía la edad de Pam y vivía a poca distancia de los Hollister.

—¿Podemos verla? —preguntó su hermano Jeff, de ocho años y con ojos azules.

—Cuando lleguemos a la escuela, os la enseñaremos a todos —prometió Pam.

En el mismo momento en que abrieron las puertas, Pam entró, seguida por sus amigos. Colgaron sus abrigos y volvieron a salir al vestíbulo. Quedaban cinco minutos para mostrar la lagartija, antes de que sonase el timbre de entrada.

—¡Es lindísima! —declaró Ann.

Pam permitió a su amiga tener un rato a la lagartija en su mano. «Suerte» agitó el rabo una y otra vez, igual que un perrito feliz.

—Es igual que un dinosaurio enano —comentó Dave Meade, el amigo de Pete, que había estudiado mucho sobre animales prehistóricos.

Ya habían admirado a la lagartija varios amigos de los Hollister, cuando apareció Joey Brill por el pasillo. Aunque de la misma edad que Pete, Joey era un chico más alto y robusto. Desde que los Hollister se trasladaran a Shoreham, Joey no había dejado de molestarles con trucos y trampas desagradables.

Al ver que Pam se apresuraba a tapar la cajita de cartón, el chico preguntó:

—¡Eh! ¿Qué tienes ahí?

—Una lagartija.

—Déjame verla.

Pam levantó la tapa y permitió que el chico mirase.

—¡Ah, ya! Una serpiente con patas —opinó Joey, dándoselas de sabihondo.

—Sí… Pertenece a la familia de los reptiles —admitió Pam.

—¡Agg! Los reptiles no son buena cosa.

—Éstos sí lo son —declaró Pam—. Son muy útiles para los granjeros. Comen muchos insectos.

Pam estaba deseando que Joey demostrase tener prisa, porque ella no quería entrar tarde en clase. Además, temía que Joey le gastase alguna jugarreta.

«Quisiera que Pete estuviera aquí», pensó Pam, pues su hermano siempre la protegía.

De repente, Joey le arrancó la caja de las manos y echó a correr por el pasillo.

Pam se quedó sin aliento. Luego gritó:

—¡Devuélvemela! ¡Dame mi lagartija!

Pero Joey se alejó a todo correr. Pam salió tras él, pasando ante el aula de Pete. De pronto sonó el timbre.

—¡Por favor, Joey! —suplicó la niña—. Vamos a entrar tarde en clase…

Por fin, la niña alcanzó al chicarrón al final del pasillo. Pero Joey no estaba dispuesto a dejarse alcanzar. Abrió la puerta del patio y salió fuera.

—¡Anda, prueba a darme alcance! —la retó en plan fanfarrón.

—¡Vuelve! —gritó Pam, muy apurada—. ¡«Suerte» se congelará!

LA SEÑORA VAINILLA



—¡Joey! —llamó a gritos Pam, corriendo tras el chico por el helado patio de la escuela—. ¡No puedes quitarme a «Suerte»! ¡Devuélvemela!

El camorrista se volvió y alargó la caja a la niña. Pero cuando Pam fue a tomarla, Joey se apresuró a retirarla. Repitió aquella operación de sacar y ocultar la caja varias veces.

De repente, se abrió la puerta y Pete Hollister salió al patio corriendo. Desde la clase había oído gritar a su hermana y se apresuró a acudir en su ayuda. Pete corrió tras Joey y lo agarró por el cuello de la camisa.

—¡Glup! —fue todo lo que pudo decir Joey, parándose en seco.

—Dale la lagartija a Pam —ordenó Pete muy serio.

—Está bien, está bien… ¡Tómala! —masculló Joey.

Y lanzó la caja hacia Pam. La caja se volcó y la lagartija saltó fuera.

—¡Oooh! —exclamó Pam.

Pero, actuando con suma rapidez, tuvo la suerte de poder recibir al animalito en sus manos. Con «Suerte» muy apretada contra su vestido, para que conservara el calor, la niña corrió al interior del

colegio.

Entre tanto, Pete se agachó, y recogió la caja vacía. Mientras estaba ocupado en ello, Joey se acercó por detrás y le dio un golpe en la espalda.

—¡Uuuf! —gruñó Pete, casi sin aliento.

—Eso es lo que has conseguido por meterte donde no te llaman. Te está bien empleado —dijo Joey con desprecio.



Pete estaba muy indignado. Dio media vuelta rápidamente y alcanzó con el puño a Joey en la nariz. El camorrista lanzó un grito, al mismo tiempo que giraba sobre sus talones, aturdido por el dolor, y luego echaba a correr hacia el interior del edificio. Pete le siguió de cerca. Encontró a Pam esperándole en el pasillo y le entregó la caja.

—Gracias, Pete —dijo Pam—. Has salvado la vida a la pobre «Suerte».

—La has salvado tú al traértela tan pronto del patio —replicó su hermano con una sonrisa.

Después de meter a toda prisa al animal en la caja, Pam corrió a su clase. Pete llegó al lado de Joey cuando el camorrista entraba en

el aula. Los demás chicos rieron, burlones, al ver a Joey frotándose la nariz, roja como un pimiento.

—¡Me las pagarás! —susurró junto a Pete, cuando cada uno iba a ocupar su asiento.

Entre tanto, en la clase de Pam, todos los alumnos se habían reunido en torno a «Suerte». La señorita Nelson, la maestra, les explicó que la iguana del Caribe es muy pequeña, pero que en la América Central existía una variedad que, a veces, alcanzaba un metro ochenta centímetros de longitud.

—Es de un color gris verdoso, pálido. Algunas veces, con motas negras. En torno a la cola tiene unos grandes aros negros.

—Me alegro mucho de que la iguana de Pam sea pequeña —declaró una niña que se llamaba Helen Pierce.

La lagartija volvió a ser guardada en la caja y no causó molestias en la clase, en todo el día. Cuando sonó el timbre de salida, Pam se apresuró a tomar la caja con el animalito. Encontró a Pete en el patio y los dos fueron a reunirse con Ricky y Holly. Camino de casa, el hermano mayor contó a los otros lo que había ocurrido. Ricky, malhumorado, murmuró:

—¡A mí, Joey no me asusta!

Pam, sensatamente, aconsejó:

—De todos modos, conviene que tengamos cuidado.

Los Hollister buscaron con la vista a Joey y a su amigo, Will Wilson, que con frecuencia ayudaba al camorrista en sus trucos malintencionados. Pero no vieron a ninguno de los dos.

Al entrar en la carretera de Shoreham, Pam comentó:

—Estaba pensando si mamá sabrá ya quién nos ha enviado las piñas.

—Y a «Suerte» —añadió Holly.

Entraron todos apresuradamente en casa. La señora Hollister estaba en la cocina cortando dos piñas para el postre. Cuando Pete le preguntó sobre el remitente de los frutos, ella repuso:

—No. No he averiguado nada. Creo que tal vez llegue pronto una carta que nos lo aclare todo.

La madre ofreció a cada niño un trocito de las apetitosas piñas.

—¡Es fenomenal! —declaró el pelirrojo, relamiéndose, y avanzó muy decidido a tomar otro pedazo.

—No hay más hasta la hora del postre —dijo la señora Hollister.

En ese momento sonó el teléfono. Pete fue a contestar. Llamaba un empleado de la casa de transportes, para informar que acababa de encontrar una nota relativa al envío de fruta.

—¿Qué nombre ha dicho? —preguntó Pete, sin acabar de entenderlo.

El empleado deletreó un nombre que Pete fue anotando en un papel. Después de dar las gracias, el muchachito colgó.

—¿A que no sabéis una cosa? —dijo, volviendo junto a su familia—. La persona que nos ha enviado las piñas desde San Juan de Puerto Rico es la señora Villamil.

Todos los hermanos miraron a su madre.

—¿Sabe quién es esa señora? —preguntó Holly.

Después de quedar unos momentos pensativa, la señora Hollister declaró que no recordaba a nadie con tal nombre.

—Puede que la señora Villamil sea alguien a quien conociste hace mucho tiempo —opinó Pam—, y no sepas qué nombre tiene después de casada.

Ésta podía ser una buena explicación, admitió la señora Hollister. En cualquier caso, lo que debía hacer era escribir a aquella señora Villamil y preguntarle si, realmente, las piñas las enviaba para la familia Hollister.

Aquella noche, a la hora de cenar, mientras todos saboreaban la riquísima piña, sonó nuevamente el teléfono. Sue, qué era quien se encontraba más cerca del vestíbulo, se levantó en seguida de la silla.

Después de descolgar el aparato y gritar «¡Diga!», su carita adquirió una expresión de emoción y asombro. En seguida, tapando el micrófono con su manecita gordezuela, exclamó:

—¡Mamá! ¡Mami! Es la señora… Va… Vi ¡Vainilla!

Por un momento, los demás se miraron unos a otros con perplejidad. Luego, sonriendo, la señora Hollister preguntó:

—¿Quieres decir la señora Villamil?

Sue sacudió la cabecita afirmativamente, mientras su madre acudía al teléfono. Todos escucharon con suma curiosidad la conversación que sostenía la señora Hollister. En cuanto la madre colgó el aparato, toda la familia la asaltó a preguntas.



—¿Quién es?

—¿Fue ella quien envió las piñas?

—¿La conoces, mamá?

—¿Qué ha dicho?

La señora Hollister, riendo, contestó que el nombre de soltera de la señora Villamil era Grace Elkins, y que había sido compañera suya de colegio. Luego se casó con el doctor Villamil, de Puerto Rico, y ahora vivía cerca de San Juan. Tenía dos hijos, Maya, de once años, y Carlos, de doce. El tío Russ Hollister había conocido a la familia Villamil durante un viaje de negocios y él fue quien dio a sus nuevos amigos la dirección de los Hollister, de Shoreham.

—¿Y la señora Villamil está ahora en Shoreham? —preguntó Pam.

—No. Se encuentra en Nueva York, buscando un colegio donde estudien sus hijos, para el año próximo. Maya y Carlos están con ella. Les he invitado a que nos visiten.

—¿Y vendrán? —preguntó Pam, ya emocionada.

—Sí. De ser posible, llegarán en avión mañana por la tarde y se marcharán el viernes por la mañana.

—¡Viva! ¡De miércoles a viernes! —exclamó Holly.

Después de la cena, Pam y Holly ayudaron a su madre a arreglar la habitación de los invitados. La utilizarían la señora Villamil y Maya. Carlos podía dormir en la habitación de Ricky.

Una vez terminados aquellos preparativos, los niños acabaron los deberes del colegio y se prepararon para acostarse. Ricky dio de comer a «Suerte» y puso papeles limpios en el fondo del cubo. Después pidió permiso para llevarse a «Suerte» a pasar la noche en la habitación que compartía con Pete.

—La pondré en la mesilla de noche, entre las dos camas —explicó.

La señora Hollister opinó que el animalito podría pasar frío allí. Sería mejor dejar el cubo en la mesa del vestíbulo de arriba.

Pam se echó a reír, diciendo:

—Cualquiera se atreve a dejar a «Suerte» cerca de los brazos de Ricky. Podría tirar la lagartija al suelo.

Todos sabían que, con frecuencia, Ricky soñaba que era un vaquero y echaba el lazo a los caballos. En tales ocasiones acostumbraba a sacar los brazos de la cama y dar manotazos.

El pequeño hizo una mueca malhumorada a su hermana y se marchó con el cubito, escaleras arriba. Puso la tela metálica sobre el cubo y dejó éste en la mesita del vestíbulo.

A la mañana siguiente, al despertarse, lo primero que hizo Ricky fue ir a echar un vistazo al cubo. Al momento, sus ojitos soñolientos parpadearon varias veces; luego se los frotó con el dorso de la mano.

—¡Canastos! ¿Qué ha pasado?

La tela metálica se encontraba sobre la mesa y el cubo estaba vacío. ¡«Suerte» había desaparecido!

Ricky dio la alarma a su familia y todos se pusieron a buscar la lagartija. Registraron de arriba abajo el vestíbulo y cada una de las habitaciones. «Suerte» no estaba en ninguna parte.

—¿Dónde puede haberse ido? —preguntó Ricky, que se sentía responsable de lo ocurrido.

—A lo mejor, abajo —sugirió Pam.

Los niños fueron al piso bajo y Pete llevó a «Zip» para que ayudase en la búsqueda. Ninguno de ellos pudo localizar a «Suerte».

Se interrumpió la búsqueda temporalmente, porque era preciso desayunar, pero Ricky apenas tuvo ganas de probar un bocado. Después, mientras los niños hacían las camas, no dejaron de mirar en cada una de las sábanas y mantas. Pero «Suerte» continuó sin aparecer.

—Daos prisa, o llegaréis tarde al colegio —advirtió la señora Hollister.

A regañadientes, Pete, Holly y Ricky se pusieron las capuchas y los abrigos.

—No os preocupéis —les tranquilizó su madre, deseosa de alegrar las caritas tristonas de todos sus hijo—. Yo la buscaré; creo que conseguiré hallar a «Suerte».

—Por lo menos, que no esté herida —dijo Holly, en tono de súplica, mientras recogía su estuche de lápices que estaba entreabierto. Al mirar en el interior, dio un gritito.

—¡«Suerte»! —exclamó.

La lagartija se había acomodado en el espacio libre entre una goma y un lápiz azul. ¡Qué tranquilizados quedaron todos!

Ricky se echó a reír.

—«Suerte» quiere ir al colegio otra vez —declaró contento.

A pesar de todo, la señora Hollister consideró preferible que el animalito se quedase en casa, resguardado del frío.

—Y venid todos a casa en cuanto acabe la clase —indicó—. Iremos al aeropuerto para recibir a los Villamil.

Aquella tarde, a las tres, todos aguardaban con impaciencia a que llegase el señor Hollister del «Centro Comercial». Se trataba de un establecimiento de ferretería y artículos deportivos enclavado en la zona comercial de Shoreham, propiedad de la familia.

—¡Ya viene! —anunció Sue, que atisbaba por la ventana.

Corrió a abrir la puerta y todos se instalaron en el vehículo. Cuando iban camino del aeropuerto, Pete miró al cielo, que estaba muy oscuro.

—No sé cómo estará el tiempo para viajar desde Nueva York —comentó en tono preocupado.

Sue, que iba sentada delante, entre el padre y la madre, puso en marcha la radio. El locutor anunciaba en aquel momento que se esperaba una tormenta de nieve, lo cual causó gran desaliento en todos. Un par de minutos más tarde empezaban a caer unos cuantos copos de nieve. Y cuando los Hollister llegaron al aeropuerto, la nieve caía ya con fuerza y muy espesa.

—¡Dios quiera que los Villamil puedan aterrizar aquí! —dijo Pam, al entrar con su familia en el edificio.

El avión tenía la llegada a las tres y media; sin embargo, a las cuatro menos cuarto aún no había aparecido. Diez minutos más tarde, Sue exclamaba, al mirar un gran reloj del aeropuerto:

—¡Huy! ¡Pero si sólo falta una rayita para las cuatro!

La cómica explicación de la pequeña tranquilizó, por un momento, a su familia. Pero unos minutos después, Pete decidía acudir a la ventanilla de información.

—El vuelo 47 está en camino —le dijo la empleada, sonriendo —. No tenéis por qué preocuparos.

Pete fue en seguida a informar a su familia. Sin embargo, el avión seguía sin aparecer. Los minutos de espera se hacían interminables. De pronto, Holly gritó:

—¡Ya lo oigo!

Los Hollister levantaron los ojos al cielo plomizo y vieron un gran avión, de alas plateadas, que iba descendiendo. Tomó tierra en el extremo más lejano del campo y se deslizó por la pista para ir a detenerse ante el edificio principal. A pesar de la tormenta de nieve, los Hollister avanzaron hacia el aparato.

—Mamá, si hace tanto tiempo que no la has visto, ¿puede ocurrir que la señora Villamil haya cambiado mucho? —preguntó Pam.

La señora Hollister contestó que su amiga, de jovencita, había sido muy hermosa y, seguramente, continuaba siéndolo. Sin embargo, aunque observó atentamente a varias señoras que fueron

bajando por la pasarela del avión, no pudo reconocer a ninguna de ellas.

Por fin, pasados unos momentos, sonrió y dijo:

—Ya veo a Grace. Es la del abrigo marrón.

Una señora atractiva, de cabello negro y silueta delgada, a la que seguían dos niños muy tostados por el sol, salió del avión. Los Hollister corrieron a saludarles.

—¡Grace, qué alegría verte! —exclamó alegremente la señora Hollister, dando un fuerte abrazo a su amiga.

—¡Elaine, pero si no has cambiado nada! —repuso la señora Villamil con una encantadora sonrisa.

—Tampoco tú.

Se hicieron las presentaciones. A los hermanos Hollister les resultaron muy simpáticos sus invitados. Maya tenía el cabello negro, los ojos castaños y, en la mejilla derecha, se le formaba un hoyuelo cuando sonreía. Carlos se parecía mucho a su hermana, pero era más alto.

Los dos hermanos hablaban un inglés perfecto, con un agradable acento español. Y embromaron a sus amigos norteamericanos por acudir a recibirles con aquella nevada «como regalo».

—Podréis enseñarnos a hacer bolas de nieve y jugaremos a soldados —propuso Carlos.



Los niños se agarraron del brazo, y cantando alegremente, corrieron hacia la furgoneta. Tan pronto como estuvo cargado el equipaje, el señor Hollister puso el vehículo en marcha.

—Tengo entendido que fueron ustedes quienes enviaron las piñas —comentó riendo—. Muy agradecidos. Nos están haciendo pasar muy buenos ratos.

—No fue más que nuestra tarjeta de saludo —dijo la señora Villamil con una de sus musicales risas—. Las piñas crecen a miles en nuestra isla.

Holly explicó a los Villamil que habían encontrado una lagartija en la caja de las piñas. A los puertorriqueños les asombró mucho que «Suerte» hubiera sobrevivido en un viaje tan largo, en invierno.

Carlos dijo:

—Maya y yo tenemos muchas lagartijas para jugar. ¡Es más divertido!

—Pero lo que más interesa a mis hijos, en estos momentos, es la nieve —informó la señora Villamil—. Es la primera vez que pueden verla.

—Este año hemos tenido demasiada —declaró Pam—. Estamos

deseando que llegue el verano.

—Pero si es muy bonita —protestó Maya—. Tan ligera y esponjosa como el algodón.

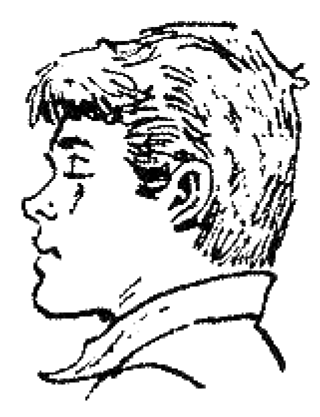
La niña preguntó si podía abrir la ventanilla para sacar la mano y palpar los copos de nieve.

—Claro que sí —repuso la señora Hollister.

Tan pronto como la niña acabó de bajar el cristal, Pete lanzó un grito de advertencia. Una bola de nieve llegaba silbando, velozmente hacia el coche. Penetró por la ventanilla recién abierta y golpeó a Maya con fuerza en el cuello.

—¡Oooh!, ¡ooh! —se lamentó la niña.

UN CAMPEÓN DE DESLIZAMIENTO



Cuando la bola de nieve alcanzó a Maya, el señor Hollister detuvo la furgoneta, y fue a mirar quién había lanzado el improvisado proyectil.

—¡Alguien que ha corrido a esconderse en aquel callejón! —gritó Pete, viendo a un chico que desaparecía en un patio trasero. Pero nevaba ahora con tanta fuerza que el agresor no pudo ser identificado.

—¡Apuesto a que ha sido Joey Brill! —declaró Ricky, rojo de indignación—. ¿Qué otra persona iba a hacer una cosa así?

—Puede haber sido Will Wilson —razonó Holly—. Vive cerca de aquí.

El señor Hollister se disculpó con los Villamil por tan desagradable incidente. Ya su esposa y Pam estaban limpiado la nieve del cuello de Maya. Por fortuna, la niña no había recibido ningún daño grave y la furgoneta pudo seguir su camino. Poco después se detenía en el camino del jardín de los Hollister.

—¡Qué casa tan linda tenéis! —comentó la señora Villamil, mientras los chicos se encargaban de meter los equipajes.

—Y debe de ser muy bonito tener un lago al fondo del prado —

agregó Maya.

—Sí, lo es —admitió Pam—. Nadamos y vamos en barca, en verano, y patinamos, en invierno.

Mostraron las habitaciones asignadas a los visitantes. Desde la que pertenecía a los muchachos, Carlos pudo ver una gran extensión del lago de los Pinos, que ahora era una masa de hielo sólido.

—¡Es espléndido! —declaró el puertorriqueño, hablando en español.

Holly presento a «Zip» a los Villamil.

Luego, el afable perro de los Hollister olfateó a los visitantes y les lamió las manos.

—Nos divertimos mucho jugando con él en la nieve —explicó Holly; añadiendo en seguida—: Venid, que os enseñaré nuestros gatitos.

Condujo a Carlos y a Maya al sótano, donde descansaban «Morro Blanco» y sus mininos, dentro de una gran caja de cartón. Maya se echó a reír al escuchar los nombres de los gatitos: «Medianoche», «Bola de Nieve», «Tutti-Frutti», «Humo» y «Mimito».

—¡Qué nombres tan lindos! —exclamó la niña de ojos oscuros.

—¿Dónde está vuestra lagartija? —quiso saber Carlos.

—En la cocina.

Todos subieron a hacer una visita a «Suerte», que descansaba en su cubito de playa. Los hermanos Villamil aseguraron que la lagartija era una verdadera iguana.

Luego, Maya explicó a los Hollister que su familia vivía a pocas millas, al este de San Juan, en un lugar que se llamaba la «Caleta del Lagarto».

—¿Es que hay lagartos allí? —indagó Ricky.

—Sí. Muchos. Muchísimos —repuso Maya.

—Os gustaría aquello —opinó Carlos—. En una esquina de nuestra propiedad hay una vieja torre de piedra.

—¿Y es misteriosa? —preguntó Ricky, siempre predispuesto a encontrar secretos y diversión en todo.

—Algo hay de eso. Nosotros creemos que la construyeron algunos de los primeros descubridores. Puede que Cristóbal Colón. Ya sabéis que él descubrió Puerto Rico.

—En su segundo viaje —añadió Maya, completando las explicaciones de su hermano—. Y Ponce de León fue su primer gobernador.

Los niños estuvieron contándose historias durante todo, el atardecer. De vez en cuando, Carlos y Maya se acercaban a una ventana para contemplar los espesos copos de nieve que caían.

—Tengo ganas de andar por la nieve —confesó Maya.

—Pues claro, mañana por la mañana —dijo Pete, sonriendo—. Sí queréis, os llevaremos a que veáis nuestro colegio.

—Bueno —contestó Carlos, hablando en español.

Holly, que no había comprendido aquella palabra, miró al chico con extrañeza, y Maya, al darse cuenta, se echó a reír.

—Ha querido decir «Bueno» —tradujo para Holly—. Tenéis que aprender algunas frases en español.

Y Maya explicó a sus nuevos amigos que, aunque el inglés era el idioma oficial de Puerto Rico, los nativos hablaban en español, la mayor parte del tiempo.

—Ahora, buenas noches —dijo la señora Villamil, primero en español y luego en inglés—. Creo que mis hijos y yo debemos irnos ya a la cama.

A la mañana siguiente, Pete ofreció a Carlos uno de sus dos pares de botas y Pam hizo otro tanto con Maya.

—¡Ven, Carlos! —llamó Pete, poco antes de que tuvieran que marcharse a la escuela—. Vamos a limpiar el porche y la acera.

Los dos chicos buscaron palas y escobones y, cuando los demás acabaron de arreglarse para salir, las escaleras y el camino del jardín se encontraban libres de nieve.

—Tendréis que andar levantando mucho los pies —advirtió Pam.

Así lo hicieron todos. Las botas se hundían profundamente cada vez que pasaban sobre un montículo formado por la nieve que acumulaba el viento. Por fin llegaron a la escuela Lincoln. El señor Logan, el conserje, ya había limpiado el camino. Pero había un lugar, cerca del patio de juegos, donde algunos alumnos habían echado nieve sobre la acera, convirtiéndola en una especie de pista de patinaje. Carlos y Maya contemplaron con admiración a los niños y niñas que llegaban a aquel trecho, a la carrera, para luego

deslizarse suavemente por la improvisada pista.

—¡Qué gran juego! —exclamó Carlos—. Me gustaría probar.

—Pues adelante —le alentó Pete.

Pero apenas había empezado a deslizarse, cuando perdió el equilibrio y se dio un buen golpe en el suelo.

—Creo que tendré que practicar más —dijo el muchachito, mientras se ponía en pie.



Sonó el timbre y todos corrieron al interior del edificio. Ricky y Holly fueron directamente a sus respectivas clases, pero Pete y Pam condujeron a sus amigos hasta las oficinas del director y presentaron a Carlos y Maya al señor Russell.

—Celebro conoceros y espero que os guste la visita a nuestra escuela.

Después de estar hablando un rato con Carlos y Maya, el señor

Russell les preguntó si sabían bailar.

Los niños visitantes admitieron que sabían hacerlo un poco.

—Carlos y yo hemos aprendido una danza española, que interpretamos juntos —explicó Maya, sonriente.

—¿Querríais bailarla en una reunión que tendremos esta mañana? —preguntó el señor Russell.

—Sí, sí. Con mucho gusto —respondió Carlos.

Los Villamil se quedaron con el director de la escuela, mientras Pete y Pam iban a sus clases. Cuando sonó el timbre, llamando a reunión, todos marcharon rápidamente al gran salón.

Después de saludar a la bandera y entonar el himno «Barras y Estrellas», el señor Russell dirigió el resto de los ejercicios matutinos. Luego dijo:

—Hoy tenemos una sorpresa para todos vosotros. Nos visitan unos amigos de los Hollister, que vienen de Puerto Rico y han accedido a interpretar para nosotros una danza española.

A continuación, presentó a Carlos y a Maya. Casi todos los alumnos sonrieron y aplaudieron, pero, por encima de las exclamaciones de aprobación, se oyó un sonoro gruñido de desprecio. El gruñido procedía del lugar que Joey Brill ocupaba, en un asiento bajo, en el fondo de la sala.

El señor Russell le miró severamente y el camorrista supo que el director no iba a permitirle más groserías. Pero, a pesar de todo, hizo señas a Will Wilson, que se había sentado a su lado:

—Esos Hollister se creen muy listos, trayendo aquí a sus amigos —susurró—. Pero te aseguro que esos puertorriqueños no parecen norteamericanos.

Estas palabras fueron oídas por Dave Meade, el mejor amigo de Pete, que se encontraba sentado detrás de Joey.

—Pues son tan norteamericanos como nosotros —dijo al camorrista—. ¿No sabes que Puerto Rico forma parte los Estados Unidos?

Joey arrugó el entrecejo y quedó silencioso y malhumorado, mientras Carlos y Maya, acompañados por el pianista del colegio, daban principio a su baile. Manteniéndose muy erguidos y taconeando repetidamente, fueron realizando intrincados pasos. Cuando los dos hermanos concluyeron, todos los alumnos

aplaudieron con entusiasmo y les dieron tres «vivas».

Concluida la reunión, Pam se llevó a Maya a su clase y Pete hizo lo propio con Carlos. Allí permanecieron escuchando las lecciones hasta la hora de salida.

—Vamos a jugar al patio —propuso Pete a Carlos cuando sonó el timbre.

—¿Puedo probar otra vez a deslizarme sobre la nieve?

—Desde luego. ¡Vamos!

Cuando Pete y Carlos llegaron al deslizante trozo de acera, Pam y Maya estaban ya allí, hablando con Ricky y Holly.

—Van a hacer un concurso —explicó Pam—. ¿Por qué no participamos nosotros también?

Varios chicos y chicas estaban ya haciendo prácticas. Un momento más tarde, pasó Joey Brill, resbalando a toda velocidad. Mientras se alejaba, volvió la cabeza y gritó:

—¿Por qué las señoritas bailarinas no practican también?

Los ojos oscuros de Carlos llamearon, pero prefirió no contestar. Lo que hizo fue hablar en voz baja con Pete:

—Me gustaría vencer a ese chico en el concurso. Enséñame a deslizarme, Pete.

—Muy bien. Mira.

Pete enseñó a Carlos a tomar carrerilla para luego deslizarse, apoyado sólo en el pie derecho. En la primera intentona, Carlos volvió a caer. Probó Maya a continuación y también fue a parar al suelo, en medio de las ruidosas risotadas de Joey y Will.

Pero los hermanos Villamil probaron suerte de nuevo. Y a la tercera intentona tuvieron mejor fortuna.

—Cuando más de prisa vayáis, mejor resbalaréis —explicó Pete, cuando el concurso estaba a punto de empezar.

Todos los que deseaban participar se pusieron en fila. Joey y Will se abrieron paso a codazos, hasta la cabeza de la fila.

—¡Ja, ja! ¿Creéis que vais a vencernos? —dijo Joey, en tono retador, a Pete y Carlos.

Uno a uno los chicos se fueron lanzando a la carrera para luego resbalar por la acera inclinada cubierta de nieve. Will Wilson patinó un largo trecho, pero Joey le ganó por varios centímetros. Nadie lo hizo mejor hasta que le llegó el turno a Pete. Pero mientras el

mayor de los Hollister se detenía, los chicos gritaron:

—Joey sigue teniendo la mejor marca.

Pam y Maya lo hicieron bastante bien, dentro del grupo de las niñas, pero ninguna igualó a ninguno de los muchachos. Por fin, le tocó el tumo a Carlos. El puertorriqueño tomó carrera desde más atrás que lo habían hecho los otros chicos. ¡Con qué rapidez llegó a la pequeña faja cubierta de nieve! Entonces levantó un pie y empezó a deslizarse.

—¡Miradle! —gritó Dave Meade.

Al empezar a detenerse, Carlos había sobrepasado la marca de Joey por más de un palmo.

—¡Gana Carlos! —exclamó Pam con entusiasmo.

—¡Hay que probar otra vez! —protestó Joey—. Esto no ha sido justo. Ahora la nieve permite correr más.

Y sin más, Joey tomó carrerilla, desde más lejos todavía que Carlos, y empezó a deslizarse. Pero, a mitad de camino, se tambaleó. Separando ampliamente los brazos, Joey cayó al suelo con gran estrépito.

—¡Hurra! ¡Carlos es el campeón! —exclamó Holly.

Cuando los más pequeños empezaban a utilizar la pista de deslizamiento, Will dijo a su amigo, en voz baja:

—Vamos a vengamos de ellos, Joey.

—¿Cómo?

—Ya lo verás —dijo Will.

Y se encaminó al trozo de acera resbaladiza. Le tocaba, el tumo a Ricky. En el momento en que el pelirrojo empezaba a deslizarse, Will alargó un pie y le echó la zancadilla a Ricky. El pobrecillo Ricky cayó de bruces.

—¡Tienes muy mala intención! —gritó Pam, corriendo a socorrer a su hermano.

Joey prorrumpió en risotadas y Will quedó muy complacido… aunque no por mucho tiempo. Pete había visto la hazaña de Will y, en aquel momento, dio al amigo de Joey un empujón que le hizo caer de espaldas. A continuación, se abalanzó sobre el chico caído, sujetándolo contra el suelo con las rodillas.

—¡Ricky! —llamó Pete—. Ven a lavarle la cara a Will.

El pequeño se acercó cojeando, cargado con un buen puñado de

nieve. Will gritó, se retorció, volvió la cabeza a un lado y a otro, pero no le valió de nada.



—Toma esto —dijo, radiante, el pecoso—. Y nunca vuelvas a hacerme la zancadilla.

—Ni a tirar bolas de nieve a nuestro coche —advirtió Pete.

—¡No fui yo! Lo hizo Joey —se defendió Will.

Al oír aquello, Joey dio un paso al frente, como dispuesto a luchar con todo el mundo. Carlos le cerró el paso.

—¿Quieres pelear conmigo?

Pero el camorrista retrocedió y se alejó.

Pete dejó a Will en el momento en que sonaba el timbre y todos corrieron a las aulas. A los Villamil les divirtió mucho aquel día en el colegio y lamentaron que llegase la hora de la salida. Al volver a casa con Pete y Pam, por la tarde, la señora Hollister les anunció que había preparado una cena y una fiesta en honor de sus

huéspedes.

—Vendrán algunos de vuestros mejores amiguitos —dijo.

Jeff y Ann Hunter fueron los primeros en llegar. Después se presentaron Donna Martin, , de siete años, muy amiga de Holly, y Dave Meade. Después de la cena, los Hollister pusieron discos y pasaron películas de escenas familiares. Luego, la señora Hollister entregó a cada niño un pequeño obsequio, envuelto en papel de colores.

Al desenvolver su regalo, Maya exclamó, entusiasmada:

—¡Un yo-yo! ¡Qué divertido!

—Yo también tengo uno —repuso Carlos, ajustándose el cordón del juguete al dedo corazón de la mano derecha.

—¡Todos tenemos un yo-yo! —dijo Ricky.

Muy pronto, la sala de estar de los Hollister se vio inundada por el zumbido de varios juguetes en funcionamiento.

—Es uno de los juegos más populares en Puerto Rico —dijo Maya, haciendo subir y bajar expertamente su yo-yo—. Se necesita mucha práctica para hacerlo bien.

Pronto, todos los ojos estuvieron fijos en Carlos. Primero arrojaba el yo-yo al aire y luego lo hacía girar sobre sus hombros. Los demás aplaudieron, admirando su habilidad.

—Enséñame a hacerlo —suplicó Holly.

—Yo lo haré —se ofreció Maya amablemente—. Lo sostienes así… y haces así.

El yo-yo salió disparado hasta el extremo del hilo volviendo a enrollarse en él con rapidez singular.

—Ahora probaré yo —decidió Holly, impaciente.

Lanzó a lo lejos el yo-yo, pero al mismo tiempo que salía disparado el juguete, se le escapó de los dedos el hilo. ¡El juguete cruzó velozmente la estancia y fue en línea recta hacia el reloj que se encontraba sobre la repisa de la chimenea!

UNA BOLA DE NIEVE CON SORPRESA



Cuando el yo-yo avanzaba rápidamente hacia el bonito reloj de la chimenea, Holly lanzó un grito. Con la rapidez de un relámpago, Carlos dio un salto y cazó el juguete con la mano izquierda.

—¡Qué gran parada! —aplaudió Pete, mientras los demás suspiraban, tranquilizados, porque el reloj era un recuerdo de familia, muy antiguo y valioso.

—¡Canastos! Debes de ser un estupendo jugador de béisbol, Carlos —dijo Ricky con admiración—. ¡Ha sido terrorífico!

—Sí… Juego mucho —admitió Carlos y añadió que en la isla casi todos eran muy aficionados al béisbol.

—Muchos chicos puertorriqueños son buenos jugadores —explicó Maya—. Y las chicas, también.

Poco después de terminar la fiesta y cuando ya los demás niños habían vuelto a su casa, Maya ayudó a Pam y a Holly a limpiar y ordenar la sala. Cuando terminaron, Maya oprimió cariñosamente la mano de Pam y dijo con un suspiro:

—¡Qué pena, pensar que tenemos que marcharnos mañana! ¡Lo he pasado tan bien aquí…!

—¿No podéis quedaros más tiempo? Me gustaría que os

quedaseis.

Al oír estas palabras, la señora Villamil sonrió y dijo:

—Nos agradaría mucho, pero ya tenemos las reservas de avión. Además, estoy segura de que mi marido empieza a echarnos de menos.

—Yo querría que, por lo menos, Carlos y Maya se quedasen con nosotros. La semana que viene tendremos las vacaciones de invierno —explicó Ricky.

A la señora Villamil, al oír aquello, le brillaron los ojos.

—¿De verdad? Tu oferta me parece buena, pero eso me da una idea. ¿Y si los Hollister vinierais a San Juan a visitamos?

Hubo un momento de silencio absoluto, mientras los Hollister se miraban unos a otros.

—¡Zambomba! ¿Lo dice en serio? —dijo atropelladamente Pete, que se había quedado sin aliento por la sorpresa.

—Desde luego. Tenemos una casa grande. Hay sitio para todos vosotros.

—¡Olé! ¡Olé! —palmoteo Sue, saltando como una pelotita de goma—. ¿Cuándo nos vamos?

—¡Hurra! —gritó Ricky, tomando de las manos a Holly y empezando a saltar alegremente.

Se produjo tal confusión cuando todos empezaron a hablar al mismo tiempo que la señora Hollister y la señora Villamil se echaron a reír.

—Pero ¡qué oferta tan generosa, Grace! —dijo la señora Hollister—. De todos modos, te advierto que recibir en casa a una familia tan numerosa como la nuestra es una verdadera proeza.

—Para nosotros, será un placer hacerlo —repuso la señora Villamil.

—Claro que sí. ¿Por qué no venís? —terció Maya.

La señora Hollister no podía disimular lo mucho que le agradaba la idea y acabó preguntando:

—¿Qué te parece, John?

El marido sonrió, antes de contestar, pensativo:

—El trabajo ha disminuido bastante desde que pasó Navidad, y no volveremos a tener apuros hasta el mes próximo. De modo que podría ser un buen momento para tomamos unas vacaciones,

Elaine.

Esta vez, Carlos y Maya se unieron a los gritos de alegría.

—Entonces, todo arreglado —dijo la señora Villamil, dando un fuerte abrazo a su amiga—. Tal vez podáis tomar el avión que sale el domingo por la noche de Nueva York.

—Lo intentaremos —replicó el señor Hollister.

—En tal caso, llegaréis a San Juan el lunes por la mañana temprano. Os esperaremos en el aeropuerto —prometió la señora Villamil.

Aquello era emocionante. Cuando se fueron a la cama les era imposible conciliar el sueño.

«Pero tengo que dormirme, si quiero despertarme para acompañar a nuestros amigos al aeropuerto» —pensó Pam, recordando que el avión para Nueva York saldría a las siete de la mañana.

A las seis de la mañana siguiente, mientras los chicos se vestían, Pete mencionó la torre de roca de los Villamil, en Puerto Rico.

—Tendríais que investigar —dijo.

—Lo haremos —prometió Carlos.



Terminado el desayuno y con todo el equipaje preparado, los Hollister llevaron a sus huéspedes al aeropuerto.

—¿Cómo es de grande Puerto Rico? —quiso saber Ricky.

—Es sólo una pequeña isla —dijo la señora Villamil—. Unas cien millas de anchura por cuarenta millas de norte a sur. Pero está llena de cosas muy interesantes.

La señora Villamil continuó hablando de las grandes extensiones dedicadas al cultivo de caña de azúcar, las plantaciones de piñas, las playas encantadoras, etc.

—Deberéis visitar la playa Luquillo —dijo Maya—. Es de… es de…

—¿De ensueño? —preguntó Pam, sonriendo.

—Ésa es la palabra adecuada —repuso Maya.

Con todas aquellas explicaciones, Puerto Rico empezaba a aparecer como una tierra de hadas y el entusiasmo de los Hollister

aumentaba por momentos. Después de muchos y emocionados adioses, los Villamil subieron al avión, que los conduciría a su hermosa tierra.

—Imaginaos… El domingo nosotros haremos lo mismo que ellos hoy —comentó Holly, que no sabía cómo dominar su alegría.

La mañana del sábado la dedicaron a comprar algunas ropas de verano. La señora Hollister compró vestidos de playa para Sue, pantalones cortos y vistosas blusas para Pam y Holly. Pete y Ricky necesitaban pantalones frescos y camisas deportivas de alegre colorido, que fueron a comprar a una tienda de ropas para muchacho que se encontraba a pocas puertas de distancia del «Centro Comercial».

Les atendió un dependiente joven y simpático, con bigote negro. Cuando Pete y Ricky hubieron seleccionado las camisas veraniegas, el dependiente les preguntó:

—¿Vais a Florida a pasar las vacaciones de invierno?

—No —respondió Ricky—. Iremos a Puerto Rico.

Al oír aquello, el dependiente se le iluminó el rostro.

—¡Magnífico! ¡Una tierra preciosa! Tengo un tío que vive allí. Tal vez podrías pasar a saludarle en mi nombre…

—Con mucho gusto —dijo Pete—. ¿Cómo le encontraremos?

—Se llama Enrique Pino y dirige una tienda de artículos musicales en Santurce, muy cerca de San Juan —explicó el dependiente.

Sacó una tarjeta del bolsillo y escribió el nombre, explicando que la tienda de su tío se encontraba en la Avenida de Diego.

—Yo también me llamo Enrique Pino —añadió el joven—. Me pusieron el nombre de mi tío.

—Si vamos a Santurce, pasaremos por la tienda de su tío —prometió Pete, mientras el joven les empaquetaba las compras.

Al salir de la tienda, los Hollister vieron a Joey Brill junto a un montón de nieve, cerca del bordillo.

—Nos estaba espiando —cuchicheó Pete a Pam—. Me gustaría saber por qué.

El camorrista aguardó a que la señora Hollister se hubiera alejado con Sue y Holly, para aproximarse a los otros hermanos y decir:

—Espero que os divirtáis en vuestro viaje.

—Gracias, Joey —contestó Pam.

—No fue mi intención molestar a vuestros amigos —añadió el chico—. Y para demostrarlo, Will y yo queremos daros un regalo para ellos.

Los Hollister empezaron a sentirse un poco inquietos con tan extraño comportamiento. No era propio de Joey.

—¿Dónde está el regalo? —preguntó en seguida Ricky, que no veía paquete ninguno por allí.

—Venid al final de la calle. Lo tiene Will —contestó Joey, señalando la esquina siguiente—. Os esperaremos allí.

Los Hollister se mostraron indecisos; estaban seguros de que les iban a hacer objeto de alguna jugarreta. Al fin, Pete decidió:

—Iré a decirle a mi madre que no nos espere.

Mientras Joey se alejaba corriendo, Pete fue a decir a la señora Hollister que Pam, Ricky y él volverían a casa un poco después.

Entre tanto, Ricky había dicho a Pam:

—Iré a ver qué traman Joey y Will, no sea que nos hagan caer en alguna trampa.

—Está bien. Esperaré aquí —contestó la hermana.

Ricky dio la vuelta alrededor del edificio, pero a los pocos minutos, regresaba, sin aliento.

—Están arrimados a aquella casa, con una pila de bolas de nieve preparada —informó a sus hermanos mayores.

—¡Conque ése era el regalo…! —exclamó Pete, furioso—. ¡Una emboscada! Me gustaría enseñarles… —murmuró, apretando los puños.

—No tengamos más complicaciones —suplicó Pam—. Si volvemos a casa por otro camino, Joey y Will pueden esperamos hasta el verano y las bolas se les derretirán.

Pero Pete no estaba satisfecho con eso. Quería invertir los papeles. Tender él una emboscada a los otros.

—Esperad aquí un momento —pidió, echando a correr hacia la calle de donde acababa de llegar su hermano.

Por el camino se detuvo a recoger nieve suficiente para moldear dos bolas de buen tamaño.

Se aproximó cautelosamente al edificio tras el que se escondían

Joey y Will. Los dos camorristas atisbaban hacia el otro lado de la calle, con una bola de nieve en cada mano, esperando la llegada de los Hollister.

Situado a espaldas de los camorristas, Pete se hallaba en posición ventajosa. Apuntando con precisión, lanzó las bolas de nieve una tras otra, apenas sin interrupción. La primera bola golpeó con fuerza en el brazo de Will. La segunda se estrelló en la gorra de Joey. Los dos amigos estaban tan sorprendidos que, por un momento, se quedaron con la boca abierta.

Pete retrocedió y se perdió de vista. Sin apenas poder contener la risa, volvió junto a sus hermanos y les dijo lo que había sucedido.

—Nunca podrán averiguar quién lo ha hecho.

—Pero, probablemente, lo sospecharán opinó Pam.

—Les está muy bien empleado a esos dos —declaró Ricky—. Muy bien hecho, Pete.

Cuando, un poco más tarde, toda la familia estaba reunida en casa, la señora Hollister dijo a sus hijos que lo primero que había que hacer era buscar acomodo a los animales. Dave Meade se había ofrecido para tener a «Zip» en su casa. Holly habló con los Hunter para que se encargase de «Morro Blanco» y sus gatitos.

—¿Y quién se quedará con «Suerte»? —inquirió Sue.

La señora Hollister y los niños hablaron durante unos momentos de aquel problema. Por fin, la madre propuso llevarse a «Suerte» a su tierra natal y dejarla allí.

—Estoy segura de que será más feliz entre sus compañeras —añadió—. Al menos, démosle una oportunidad.

A los niños les dolía desprenderse de la lagartija, pero ninguno quería que el animalito fuese desgraciado. Si «Suerte» se alejaba de ellos cuando la soltasen y no volvía, sabrían que era eso lo que el animalito prefería.

A la mañana siguiente, toda la familia fue a la iglesia. Cuando regresaron a casa, Tinker, el bondadoso anciano que trabajaba en el «Centro Comercial», les esperaba para llevar a la familia al aeropuerto en la furgoneta.

—Daos un baño por mí —dijo a los niños, sonriendo, cuando la familia le decía adiós—. ¡Y no os metáis en ningún conflicto, niños!

Todos rieron y prometieron portarse bien. Luego entraron en el

edificio principal del aeropuerto.

Entregaron el equipaje, y luego la familia, muy emocionada, subió al avión con «Suerte».

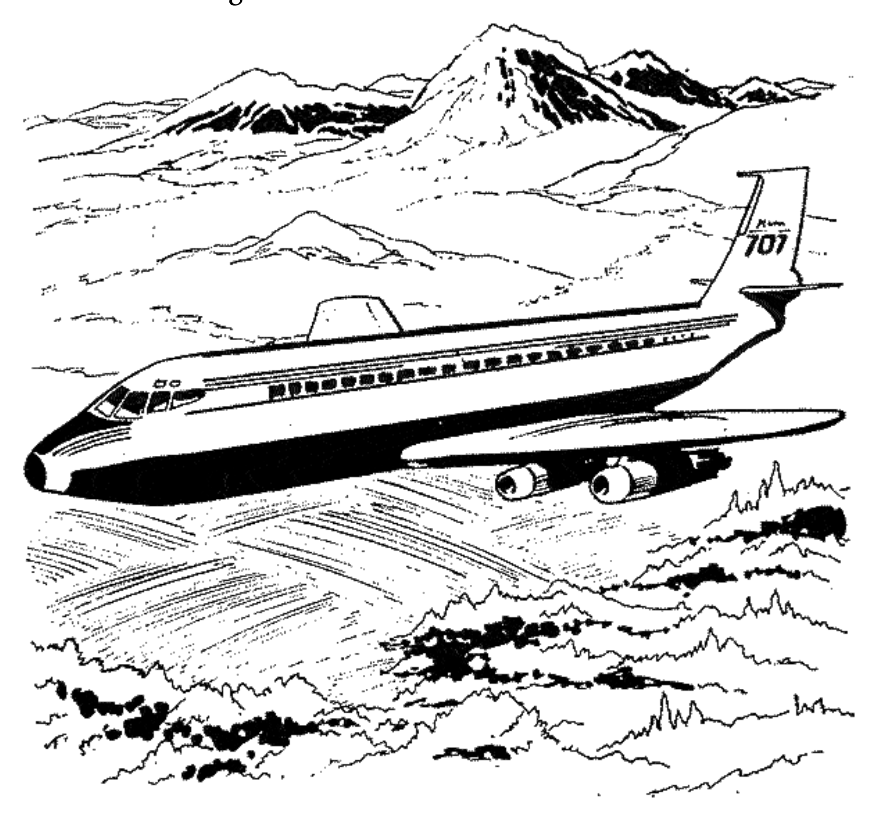
Pam, Holly y Sue se instalaron, una al lado de otra, en los cómodos asientos. Frente a ellas, iban Pete, Ricky y la señora Hollister. El padre se sentó al otro lado del pasillo.

Unos minutos más tarde, rugían los motores y el avión se elevó a los cielos, camino de Nueva York. Sue cantaba sin cesar:

—¡Viva, viva, ya estamos volando! Nos vamos a Juan Rico. ¡Mirad cómo nos vamos!

Sus hermanos reían y miraban por las ventanillas hacia el suelo, hasta que el avión estuvo muy alto, por encima de las nubes. Al poco rato, la azafata les sirvió la comida: Chuletas de cordero, patatas a la crema, guisantes, helado y galletas.

—Me gusta la comida del cielo —declaró Holly, aprovechando hasta la última miga.



Cuando el gran aparato tomó tierra en Nueva York, el tiempo era frío y tormentoso. Aunque tenían dos horas de espera, los Hollister no salieron del aeropuerto. Por fin llegó la hora de tomar el avión para San Juan. Mientras subían las escalerillas, en el aeropuerto parpadearon luces rojas, verdes y amarillas.

—¡Qué bonito! —exclamó Pam, mientras se sentaba.

—¿Estaremos pronto en la tierra de las lagartijas? —preguntó Holly, que llevaba la cajita del animal en su regazo. Levantó la tapa y acarició a «Suerte» cariñosamente.

—Llegaremos por la mañana temprano —dijo la madre.

—Entonces, «Suerte» y yo nos vamos a dormir ya.

Holly tapó la cajita, echó hacia atrás el respaldo de su asiento y cerró los ojos.

Cuando la azafata hubo acomodado a todos los pasajeros, el gran avión despegó. Se apagaron algunas luces, se proporcionaron almohadas a los pasajeros y, al poco rato, todos los Hollister estaban profundamente dormidos.

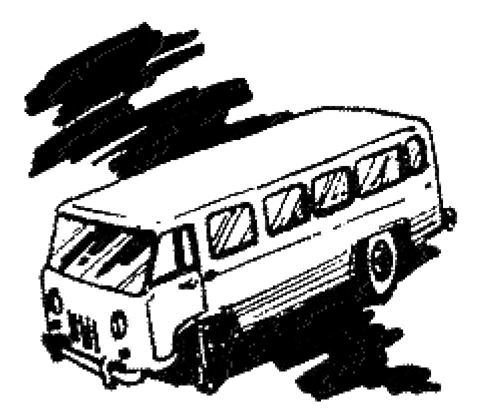
El movimiento brusco del avión, al describir una amplia vuelta para tomar tierra, les despertó. Levantaron todos los respaldos de los asientos y miraron por las ventanillas. Estaba amaneciendo.

Abajo se extendía un espléndido aeropuerto, rodeado de cimbreantes palmeras. Luego aparecieron a la vista árboles con flores anaranjadas y no tardaron en hacerse visibles unos puntos movedizos. Eran las personas que se encontraban en el aeropuerto. Todos llevaban trajes de colores vistosos.

Sue no podía creer lo que estaba viendo.

—¡Mirad! ¡Es verano! —exclamó—. ¡Qué deprisa se ha ido el frío este año!

ESCRITO EN LA PIEDRA



El gran aparato describió un giro, tocó tierra suavemente y luego se deslizó por la pista, para detenerse por último ante el blanco y amplio edificio del aeropuerto.

Cargados con sus abrigos de invierno, los niños bajaron del avión. Mientras descendía la pasarela, Pete exclamó:

—¡Ya veo a Carlos y a Maya!

Los dos hermanos se encontraban junto a su madre, en la puerta principal. Los tres saludaron con la mano a los Hollister y corrieron a su encuentro.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¡Bien venidos a San Juan!

—¿Habéis tenido un buen viaje?

Cuando llegaban junto a la señora Villamil, Sue levantó la cabecita para explicar, muy seria:

—He dormido todo el invierno, hasta el verano... Como los osos...

La señora Villamil se echó a reír.

—Ven, que te daré un abrazo de oso.

—Es estupendo estar aquí —dijo Pam, aspirando el aire perfumado que se respiraba.

—Hemos traído a «Suerte» —informó Holly, abriendo la cajita de la lagartija. El animalito levantó la cabeza, miró en torno suyo y parpadeó—. Ya estás otra vez en tu casa, bonita.

El pequeño reptil pareció querer corresponder a los mimos de la niña, pues subió por el brazo de Holly y le rozó el cuello con el hociquito.

Maya, echándose a reír, comentó:

—No sé qué es lo que más le gusta, si Puerto Rico o Holly.

Pronto, las dos familias estuvieron instaladas en el vehículo de los Villamil, una espaciosa furgoneta, de colores azul y crema. Bellísimas flores, de muy variados colores aparecían por todas partes, mientras avanzaban por las calles tranquilas, salpicadas de bungalows blancos y rosados.

—¡Qué diferente es todo esto de donde vivimos nosotros! —se sorprendió Pam.

Vio un letrero y preguntó a Maya qué quería decir. La niña puertorriqueña le explicó que «calle» era el equivalente a «Street», en inglés; aquélla era la calle María. Las calles muy amplias se llamaban «avenidas», es decir «avenue», en inglés.

Minutos más tarde, la señora Villamil conducía el vehículo por la orilla del océano y pronto llegaron a una especie de pequeña península, llena de pinos y bambúes. Internándose en aquella zona, se encontraron ante un largo camino particular, al final del cual se levantaba una linda casa de cemento, de una sola planta. Estaba pintada de un color rosa que contrastaba notablemente con el verde de los árboles que la rodeaban. Al fondo se veía el océano.



—Bien venidos a la «Caleta del Lagarto» —dijo la señora Villamil, bajando del coche, para ayudar a descender a los demás.

—¡Oh, mirad las lagartijitas! —exclamó Holly, mirando al suelo, por donde corrían minúsculos reptiles iguales a «Suerte».

Holly abrió la cajita de cartón y miró a «Suerte».

—¿Quieres estar libre? —preguntó.

—¡Espera! —advirtió Sue—. Tenemos que poner a «Suerte» un «vistido» bonito para «distingirla» de las otras.

Los Villamil sonrieron al ver a la pequeñita buscar en su bolsillo hasta que sacó una tirita de terciopelo azul que había sido un lazo en el pelo de su muñeca. Sue ató la cinta a la cola de la lagartija, mientras Holly sujetaba al animalito.

—Ahora, vete a jugar con tus primas —invitó Holly, dejando al animalito en el suelo.

Al principio, la lagartija no se movió. Ricky, le gritó:

—¡Vamos! ¡Vete!

La lagartija frotó su morro contra el de otros animalitos de su especie y luego desapareció entre unos cactos.

—Bueno… No me gusta que «Suerte» se marche, pero creo que ahora es más feliz —murmuró Holly.

En este momento, llegó en un coche un señor de agradable apariencia, vestido de blanco. Cuando salió del automóvil, la señora Villamil le tomó de la mano y, llena de satisfacción, dijo a los Hollister:

—Tengo el gusto de presentaros al doctor Villamil, mi marido.

El doctor tenía el pelo negro y ondulado, un bien cuidado bigote y ojos oscuros y brillantes. Mientras saludaba con una inclinación a la señora Hollister y estrechaba la mano de su marido, el doctor Villamil dijo:

—Nos complace de verdad recibir su visita. —Y sonriendo a los niños, añadió—: Espero que os divirtáis mucho. Ahora, probablemente, estáis tan hambrientos como lo estoy yo. Un paciente me llamó temprano y no he tenido tiempo de comer nada.

Mientras esperaban el desayuno, los niños fueron a contemplar el océano.

—¡Qué bonito! —exclamó Pam, mirando las aguas.

¡Nunca habían visto antes los Hollister algo tan hermoso! A lo lejos, el agua tenía tonos verde esmeralda, pero más cerca, junto a la playa, el color del agua era de un azul celeste.

—¿Qué es o qué hace que cambie el color? —preguntó Ricky.

Carlos explicó que, cerca de la orilla, había arrecifes de coral bajo la superficie, y que esto era lo que daba a las aguas un tono distinto.

A poca distancia, a la derecha, pudieron ver todos una gran roca de coral, contra la que se estrellaban las olas, levantando cascadas de espuma que se extendían en todas direcciones.

Los niños volvieron a la casa y Maya se encargó de mostrarles las habitaciones, que estaban construidas alrededor de un patio descubierto. En éste crecían esplendorosas plantas tropicales y una fuente central lanzaba sus aguas al estanque que la circundaba. Varios pececillos dorados nadaban con lentitud en el agua.

—Vosotros no tenéis que ir a pescar al océano —bromeó Ricky,

mientras Maya les conducía a sus dormitorios.

La gran habitación que iban a compartir Pam, Holly y Sue estaba pintada de un suave tono verde mar, con muebles blancos y cortinas a rayas. En la habitación de Pete y Ricky, las paredes estaban decoradas con papel salpicado de barquitos de vela.

En aquel momento, se oyó sonar una campanilla.

—El desayuno está preparado —anunció Maya, conduciendo a sus amigos al patio.

Cerca de la fuente había preparada una gran mesa, y la señora Villamil fue asignando un sitio a cada invitado. En cada uno de los platos había media fruta, que los Hollister creyeron que era melón. Hundieron las cucharillas en el jugoso fruto y, al probarlo, encontraron que tenía un saborcillo dulce y delicado.

—¿Nunca habíais comido papayas? —preguntó el doctor Villamil. Y cuando los Hollister contestaron que no, añadió—: Tienen muchas vitaminas.

—Entonces, tendrás que comer muchas, Ricky —aconsejó Holly —. Así desaparecerán tus pecas.

Esta afirmación divirtió al doctor Villamil, quien dijo que nunca había oído decir tal cosa. Pero Holly replicó muy seria, que ella lo había oído decir cientos de veces.

Cuando terminaron los huevos con tocino, que les sirvió una guapa doncella puertorriqueña, Pete preguntó:

—¿Dónde está la misteriosa torre de roca de que me hablaste, Carlos?

—Cerca de aquí, en la playa. Te la enseñaré.

Una hora más tarde los niños se ponían sus trajes de baño y, bajo la vigilancia de las señoras Villamil y Hollister, fueron a jugar al agua. Carlos y Maya eran expertos en zambullirse entre las olas y nadaban con fuertes y seguras brazadas.

Pete y Pam se divirtieron con ellos en el agua más profunda, mientras Ricky, Holly y Sue se quedaban chapoteando en la orilla.

—Quiero quedarme aquí para siempre —declaró Sue, entusiasmada, saltando agarrada a Holly sobre las olas más pequeñas.



Cuando llevaban un buen rato nadando, Pete dijo:

—Me gustaría ir a ver ahora esa torre, Carlos.

—Muy bien.

El hijo mayor de los Villamil fue a decir a su madre a donde iban. Una vez conseguido el permiso, los siete niños echaron a andar por la orilla del agua, hundiendo las piernas hasta los tobillos en la blanda arena. Pronto llegaron ante una pila de rocas, de unos seis metros de altura y de aspecto muy extraño. La argamasa que uniera en otro tiempo las piedras se había ido desmoronando, formando abajo un montoncito que servía como escalón.

—¡Vamos! ¡Hay que mirar arriba! —propuso Pete, entusiasmado —. Puede que dentro encontremos un mensaje misterioso.

Los hermanos Villamil nunca habían pensado en tal posibilidad; por eso ahora se mostraron ansiosos por investigar. Ricky, emocionado con tantas novedades, explicó que los piratas dejaban con frecuencia mensajes en lugares misteriosos.

—Por aquí se habla de un tesoro enterrado. Éste sería un buen

lugar.

Pete trepó a lo alto del montículo de rocas y allí se detuvo, para contemplar el bello panorama del inmenso océano. Al cabo de un rato empezó a examinar piedra por piedra, sin encontrar nada extraño. Cuando bajó, subió Pam a probar suerte. Pero, en el primer examen, tampoco ella descubrió nada.

—¡Ahora llegó mi turno! —gritó el pecoso.

Trepó a la parte alta del montón de rocas y empezó a buscar piedra por piedra. Allí arriba, la argamasa, aunque muy desgastada, seguía en su lugar. Sin embargo, en el borde había una piedra cuadrada que se movió ligeramente bajo la mano del chiquillo.

—¡Eh! ¡Esta piedra está suelta! —anunció—. Nos la podemos llevar para examinarla.

—Bueno —asintió Carlos, usando una palabra española.

Ricky movió a uno y otro lado la piedra y acabó pidiendo que le proporcionasen un palo. Pete encontró un trozo de tabla, trepó parte del camino a lo alto de la torre y entregó la tabla a su hermano, que la utilizó a modo de cuña.

—¡Ya se está moviendo la piedra! —anunció Ricky.

Todos se retiraron, excepto Sue. La pequeñita había estado corriendo por allí cerca, buscando piedrecillas, y no había oído la advertencia de su hermano.

—¡Cuidado! —gritó Ricky, cuando la piedra se desprendió.

¡La piedra caía directamente sobre Sue!

Maya, actuando rápidamente, tomó a Sue por un brazo y dio un tirón de ella. La piedra cayó a muy pocos centímetros de la pequeñita.



—¡Uff! —suspiró Pam, después de dar a Maya las gracias—. Por poco se convierte en una piedra de la mala suerte.

El gran trozo de piedra se había hundido varios centímetros en la arena. Los chicos la sacaron.

—Mirad. Tiene gracia —comentó Pete—. En esta piedra no hay argamasa.

A toda prisa trepó por la torre y examinó el lugar de donde Ricky había sacado la piedra. Tampoco había argamasa en las otras piedras entre las que había estado encajada la desprendida.

—¿Creéis que esa piedra había sido colocada así, para que fuera fácil sacarla? —preguntó Carlos, cuando Pete bajó de nuevo.

Pam opinó que sí.

—Entonces, hay un misterio en eso —dijo Maya, emocionada.

—Echemos un vistazo a esa piedra —propuso Pete.

Dándole vueltas y más vueltas, los niños la estuvieron examinando por las cuatro caras. Los bordes eran lisos. También la

cara superior estaba muy pulida.

—Pero la cara inferior es áspera —observó Pam, pasando la mano sobre aquella parte.

Carlos la imitó.

—Sí —confirmó el chico—. Por aquí hay unos salientes —observó, añadiendo que podía tratarse de algo grabado allí intencionadamente.

Después de observar otra vez la piedra atentamente Pam dijo:

—Tienes razón. ¿Creéis que puede ser un mensaje secreto?

Los Villamil estudiaron atentamente la piedra. Por fin, Carlos murmuró:

—Parece que hay algo escrito en español, pero los bordes están tan desgastados que no puedo distinguir muchas de las letras.

—A lo mejor, papá puede ayudarnos —opinó Maya—. Él sabe mucho de…

Las palabras de Maya quedaron ahogadas por el zumbido de un aparato que volaba muy bajo, en el cielo.

Levantando la cabeza, todos vieron un helicóptero que volaba a muy poca distancia del agua. Los niños corrieron por la arena, llenos de curiosidad.

—¡Qué bajo vuela! —exclamó Ricky.

Los chicos podían ver con claridad a los dos hombres que iban en el aparato. Uno de ellos les saludó con la mano. De repente, se oyó un chisporroteo y las aspas del helicóptero empezaron a girar con más lentitud.

—¡El motor se ha detenido! —exclamó Pete.

Los niños miraron, fascinados, mientras el piloto luchaba por controlar el aparato.

—¡Está intentando conducirlo a la playa! —gritó Pete.

Pero el piloto no lo conseguía. ¡El helicóptero descendía directamente hacia las grandes olas, a casi cien metros de la arena!

LA CESTA ASCENSOR



—¡Debemos ayudar a esos hombres! —decidió Pam, mientras tanto ella como los otros niños observaban a los dos hombres que se habían subido a lo alto del helicóptero que había caído al agua.

—¿Por qué no nadan hasta la orilla? —preguntó Ricky—. No están muy lejos.

—Probablemente están heridos —contestó Pete—. Vamos, Carlos, nadaremos hasta ellos, a ver qué se puede hacer.

—¡Esperad! —gritó Pam—. Allí veo una barca.

Señaló a un montículo de arena a unos quince metros de donde se encontraban: colocada boca abajo, había una barca de remos con un motor inutilizado.

Los niños corrieron hacia la embarcación, que tenía cabida suficiente para cinco personas. Los tres chicos dieron la vuelta a la embarcación. Por fortuna, los remos estaban debajo.

—¡Tenemos que darnos prisa! —apremió Holly.

Con la ayuda de todos, la embarcación fue empujada por la arena hasta el agua.

—Las chicas podéis quedaros aquí —dijo Pete—. Carlos, Ricky y yo remaremos.

—Bueno —asintió Maya—. Entre tanto, yo iré a buscar a papá.

Acompañados por los gritos de aliento de las niñas, los chicos llevaban la barca mar adentro, hasta que consideraron oportuno saltar dentro.

Ricky se colocó al timón, mientras Pete y Carlos empuñaban un remo cada uno. Con movimientos precisos, fueron aproximándose al helicóptero.

—¿Cómo no se habrá hundido ya? —preguntó Ricky a Carlos, mientras se acercaban al aparato.



—Seguramente se han posado en un banco de arena.

—Pero las olas harán pedazos el aparato si no se saca de ahí pronto —opinó Pete, preocupado.

Ahora, los muchachos pudieron ver por qué los hombres no habían nadado hasta la orilla. Uno de ellos tenía un gran corte en la frente, y el otro se apretaba un brazo herido.

—¡Les salvaremos en un momento! —ofreció Pete, mientras Carlos y él maniobraban para llevar la barca hasta el helicóptero.

Pero aquella operación se hacía complicada. Por fin, Ricky, alargando los brazos, se sujetó a un extremo de la cabina.

—Magnífico, muchachos —dijo uno de los hombres, mientras su compañero y él pasaban, no sin dificultad, a la barca de remos.

Mientras los chicos remaban hacia la orilla, uno de los hombres, un puertorriqueño delgado y de rostro tostado, se presentó como el señor Sifre. Dijo que temía haberse fracturado el brazo.

—Y yo soy Ken Jones, piloto norteamericano —añadió el otro—. ¿Todos vosotros vivís aquí?

Pete explicó en seguida quiénes eran, de dónde procedían y añadió que la hermana de Carlos había ido a buscar a su padre, que era médico.

El señor Sifre se alegró con aquella noticia. A continuación, contó a los chicos que él dirigía plantaciones de piñas en Manati y en la isla Vieques, en la costa oriental.

—Sí —asintió Carlos—. Mi padre ha hablado de ellas, a veces.

—Ken me transportaba desde San Juan a Vieques, cuando el motor se encalló —declaró el señor Sifre.

—Nos ha alcanzado una enorme ola, y todavía estoy mareado — se lamentó Jones.

Sacó una mano por la borda y tomó en la palma un poco agua salada para lavarse la herida…

En cuanto la barca tocó tierra, Ricky saltó a la arena y sujetó la pequeña embarcación, mientras Pete y Carlos ayudaban a los dos hombres a caminar hasta la playa.

El doctor Villamil y el señor Hollister habían acudido presurosamente a la playa, con Maya, y esperaban la llegada de la barca. Sin pérdida de tiempo, examinaron a los dos accidentados, y el médico anunció que el señor Sifre sufría un fuerte hematoma en el brazo, pero no parecía existir rotura. En cuanto al piloto, sería preciso darle varios puntos de sutura en la herida de la frente.

—Vengan a casa y les atenderé en mi consultorio —dijo.

—¿Y serán ustedes tan amables de informar a las autoridades del accidente? —pidió el piloto—. Soliciten una motora, que remolque a tierra el helicóptero.

—Yo me encargaré de eso —se ofreció el señor Hollister.

Mientras los niños llevaban la barca salvadora al lugar donde la encontraron, los dos accidentados se dirigieron al consultorio del doctor Villamil. Salieron de allí veinte minutos más tarde. El señor

Sifre llevaba el brazo en cabestrillo, y Ken Jones apareció con la frente vendada.

—Espero tener la oportunidad de poder hacer algo por vosotros alguna vez, muchachos —ofreció el señor Sifre, sonriendo—. ¿Tal vez os gustaría visitar una de mis plantaciones de piñas…?

—¡Sí, mucho! —exclamó Pam, recordando las riquísimas piñas que les enviaran a Shoreham.

—Pues procedían de mi plantación de Manati. Recuerdo muy bien ese pedido —contestó risueño el señor Sifre.

En aquel momento, Carlos anunció que una motora oficial se había aproximado al helicóptero. En seguida, niños y mayores corrieron a la playa para presenciar la operación de rescate. Ataron varias cuerdas al helicóptero y, a los pocos minutos, la potente motora sacaba al aparato accidentado del banco de arena.

—La cabina es hermética, de modo que esa parte no habrá sufrido daños —comentó el piloto.

Por fin el helicóptero se encontró a salvo, en la arena, y no tardaron en presentarse unos mecánicos, en una camioneta. En seguida se pusieron a la tarea de reparar el motor.

Ricky y Holly se habían aproximado mucho a los hombres que estaban trabajando. Uno de ellos, un sonriente y joven puertorriqueño, llamado José, le dijo:

—¿Os gustaría ser mis ayudantes?

—¡Sí! ¡Claro! —contestó al momento la traviesa Holly.

—¡Y a mí también! —añadió Ricky.

—Muy bien —dijo el hombre, señalando una caja de herramientas que tenía cerca—. Pues haced el favor de traerme un destornillador para la mano izquierda.

Los dos pequeños abrieron la caja de metal, pintada de verde, y buscaron entre las herramientas. Había dos destornilladores.

—¿Cuál es de la mano izquierda? —cuchicheó Holly.

Ricky miró atentamente las dos herramientas. Eran idénticas.

—Oye, Holly, ¿tú crees que ese hombre quiere burlarse de nosotros?

—A mí me parece que sí —contestó Holly—. Pero tengo una idea…

Tomó un destornillador en cada mano y se acercó al joven.

—¿Habéis encontrado el de la mano izquierda? —preguntó José.

Holly alargó sus manos.

—El que tengo en la mano izquierda es el de la mano izquierda —contestó con una risita en sus labios.

Y todo el mundo prorrumpió en carcajadas.

—Esta vez han embromado al bromista, José —dijo otro de los operarios—. Sois unos niños muy listos.

Un momento después, uno de los hombres salía de la cabina del helicóptero y probaba las aspas del rotor, que giraron perfectamente.

—¡Todo listo de nuevo! ¿Preparado, señor Sifre? —preguntó Ken.

—Sí.

El señor Sifre dio las gracias al doctor Villamil, al señor Hollister y a los niños por su ayuda.

—No olviden pasar a visitarme alguna vez —dijo, antes de entrar en la cabina.

—¡Iremos! —contestaron todos a coro.

Mientras los niños les seguían diciendo adiós con la mano, el helicóptero despegó de la playa y se encaminó al océano, camino de la isla Vieques.

—¡Qué día tan «mocionante»! —dijo Sue, viendo marchar a los mecánicos.

Los niños deseaban volver a examinar la piedra misteriosa, pero en ese momento llegó la señora Villamil, diciendo que la comida estaba preparada.

—Podemos examinar otra vez la piedra después de comer —propuso Carlos—. Nadie nos molestará.

Pero, concluida la comida, la señora Villamil anunció que había planeado llevar a la señora Hollister y los niños a visitar San Juan. El señor Hollister podía jugar al golf con el doctor Villamil, que tenía aquella tarde libre.

Los niños se miraron unos a otros. Tendrían que dejar para otro momento su investigación.

—Creo que os gustará ver el antiguo barrio español, con sus calles estrechas y sus tiendecitas —opinó la señora Villamil.

Pronto, la furgoneta se encontró avanzando por un amplio

paseo, bordeado de blancos y lindos hotelitos particulares. Pero en seguida aquellos modernos edificios quedaron atrás, para dar paso a las viejas edificaciones españolas. La señora Villamil aparcó el vehículo en el centro del barrio antiguo de San Juan.

—¡Qué estatua tan preciosa! —gritó Holly, señalando una gran figura de bronce, cuya cara le pareció conocida a la niña.

Ricky anunció al instante:

—¡Yo sé quién es! ¡Cristóbal Colón!

—Ésta es la «Columbus Square», o Plaza de Colón, en castellano —explicó Maya.

Pasearon un rato por la plaza, y los pequeños Hollister se mostraron muy asombrados de que las tiendas estuvieran completamente abiertas en la fachada, es decir que no tuvieran puertas, ni cosa alguna que cubriera la entrada. Nunca habían visto una cosa así. Luego, la señora Villamil propuso ir a visitar el histórico fuerte llamado El Morro.



—No está lejos —dijo, conduciendo a sus amigos por una calle empedrada.

Las aceras eran allí tan estrechas, que dos personas difícilmente podían pasar por ellas a un tiempo, sin chocar.

—Estas calles las harían para gentes muy flacuchas —opinó Holly, observadora.

En las aceras jugaban niños pequeños, que miraban a los Hollister tímidamente, y se comunicaban impresiones en español, incomprensible para los visitantes.

La señora Villamil dio la vuelta en una esquina y empezó a ascender por una calle, en cuesta, todavía más estrecha que las anteriores. Recorridos unos metros, vieron a un vendedor, detenido junto a su carro de verduras. Llamaba a alguna persona del piso alto de una casita. Inmediatamente, alguien se asomó al balcón de la casa.

Eran dos niñitas, de unos cinco años, que hablaron rápidamente en español al hombre de abajo.

—Su madre desea comprar yuca —tradujo Carlos para los Hollister.

—¿Qué es eso? —preguntó Pete.

Maya explicó que la yuca era algo parecido al boniato, pero de sabor más delicado.

En ese momento, Sue exclamó, muy sorprendida:

—¡Mirad! ¡Mirad!

Las dos niñas nativas estaban haciendo descender una cesta de buen tamaño, sujeta por las asas a una cuerda. El vendedor sonrió cuando la cesta llegó a su alcance. Sacó unas monedas de la cesta, colocó en ésta varias yucas, y luego las pequeñas izaron el cesto con su contenido.

—¡Qué manera más curiosa de hacer compras! —comentó Pam, muy asombrada—. Tendremos que probarlo en Shoreham.

—Me gustaría que bajasen otra vez la cesta —dijo Holly.

Carlos se apresuró a gritar algo en español. Un momento después volvía a descender la cesta, al mismo tiempo que las dos niñitas puertorriqueñas reían, divertidas. Dentro del singular ascensor viajaba ahora una muñequita, vestida con falda y blusa de vivo color rojo.

—Quieren que veáis su juguete —explicó Maya.

—¡Qué preciosa labor de costura! —admiró la señora Hollister, al examinar los vestidos de la muñeca, una vez que los pequeños la hubieron contemplado—. Debería comprar una así para Sue.

La señora Villamil dijo a su amiga que las niñas de San Juan cosían muy bien y que uno de sus entretenimientos era hacer muñecas. Pam fue la última en admirar la muñeca. Después de contemplarla largamente, iba a devolverla al cesto cuando Pete dijo:

—Espera un momento.

El muchachito metió una mano en el bolsillo y extrajo una barra de caramelo de almendra, que había comprado en el aeropuerto de Nueva York. Lo colocó en la cesta, con la muñeca, e indicó a las niñas que podían subirla.

Cuando vieron el obsequio, las dos pequeñas asomaron la cabeza por el balcón, al tiempo que decían, en español:

—¡Gracias! ¡Gracias!

—¿Quieren decir «thank you»? —preguntó Ricky a Carlos.

—Sí. Estás aprendiendo muy de prisa.

—Adiós, adiós —dijo Holly, mientras las dos pequeñas de arriba se repartían el dulce.

Los Hollister y sus amigos siguieron subiendo la cuesta y luego giraron a la izquierda.

—El fuerte está ahí en frente —señaló la señora Villamil—. El Morro forma ahora parte de Fort Brooke, un puesto del ejército de los Estados Unidos.

Pasaban ante una iglesia de paredes encaladas, cuando la señora Hollister preguntó mirando a su alrededor:

—¿Dónde está Sue?

Todos se miraron y buscaron en torno suyo. La pequeña no estaba por parte alguna.

—¡Dios mío! —se lamentó la madre de los Hollister—. ¿Dónde creéis que puede haber ido?

—Tengo una idea —dijo Pam. Y haciendo señas a los demás, llamó—: Venid, os diré dónde está.

Pam retrocedió por donde llegaran, dio la vuelta en la esquina y miró cuesta abajo. En mitad de la callejuela se había reunido un grupo, delante del balcón desde el cual las dos niñitas habían bajado el cesto.



—Si conozco bien a Sue… —murmuró Pam.

Echó a correr calle abajo, y fue la primera en llegar al lugar. Su hermanita estaba diciendo:

—¡Gracias, gracias! Tirad con fuerza.

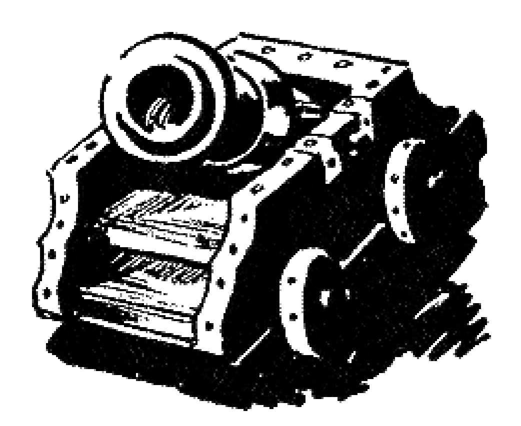
Las dos niñas de arriba, ayudadas por un hermano mayor, tiraban de la cesta.

Y dentro de la cesta… ¡Iba muy contenta la pequeña Sue!

—¡Baja, haz el favor! —ordenó la señora Hollister, mientras los otros se ocupaban de la operación izado.

De repente, la cuerda se deslizó de las manos de los niños del balcón. ¡Sue y el cesto se precipitaron sobre la acera!

BUSCADORES DE PIEDRAS



—¡Ayy! —gritó Sue, aterrada, al ver que su cesta ascensor iba a estrellarse contra el suelo.

Los demás se quedaron mirando, horrorizados. Sin embargo, Pete y Carlos se pusieron inmediatamente en movimiento. Precipitándose hacia el cesto, alargaron los brazos y lo asieron en el aire. Pero el fuerte impacto hizo caer al suelo a los dos chicos, sobre quienes rebotó Sue como una pelota.

La señora Hollister corrió hasta el grupo.

—¡Cielo santo! ¡Por qué poco! ¿Estáis todos bien?

Los tres se levantaron del suelo, diciendo que sí. Y Sue declaró, muy seria:

—Yo no me he «hacido» daño porque Pete y Carlos son unas almohaditas muy blandas.

Mientras los dos chicos se sacudían el polvo, sonriendo, la señora Villamil alabó la reacción de ambos, que habían sabido actuar con tanta rapidez. Carlos habló luego con los niños del balcón, aconsejándoles que no volvieran a llevar pasajeros en la cesta. Los tres de arriba prometieron no volver a hacerlo.

Después de caminar en zigzag a través de otras cuantas calles

estrechas, los Hollister y los Villamil llegaron ante una gran verja de hierro. A un lado hacía guardia un soldado.

—Ésta es la entrada a Fort Brooke —hizo saber Carlos—. El viejo fuerte español, El Morro, está allí, en aquella punta de tierra.

Ricky saludó al centinela que correspondió marcialmente al saludo.

—Que paséis un buen rato explorando —les deseó el joven soldado, sonriente.

Una vez cruzada la verja, a la derecha, los Hollister quedaron asombrados al ver un amplio prado de hierba muy verde, que se extendía hasta un precipicio que daba al océano.

—¡Pero si es un campo de golf! —exclamó Pam.

Ondeaban pequeñas banderolas, sujetas a las cañas de bambú que marcaban los diversos agujeros. Hombres y mujeres, con pantalones cortos y camisas deportivas, se movían por el campo.

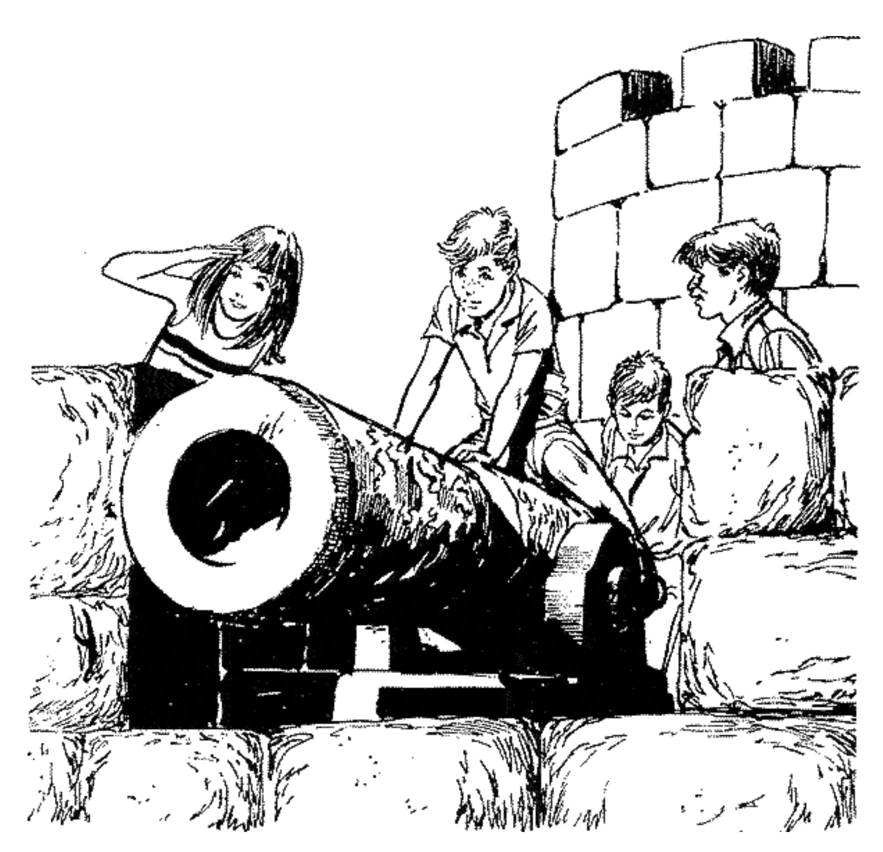
La señora Villamil sonrió y dijo:

—Donde en otro tiempo hubo balas de cañón, hay ahora pelotas de golf.

—Quiero ver balas de cañón —anunció entonces el pecoso, corriendo delante de los demás.

El camino estaba bordeado a la izquierda por edificios del ejército de los Estados Unidos, y pequeñas casitas donde habitaban los oficiales y sus familias.

Los niños siguieron a Ricky y pronto llegaron a la imponente y vieja fortaleza llamada El Morro. Sus macizos muros de piedra se levantaban por encima del oleaje.



—¡Ya veo los cañones! —gritó Holly alegremente.

Los grandes cañones de hierro asomaban sus grandes bocas negras por las troneras, apuntando al mar.

—Más vale que no dispares, Ricky —dijo Carlos, a la vez que hacía un guiño a Pete—. Podrías herir a alguna ballena.

Ricky sonrió, pero Sue tomó muy en serio las palabras de Carlos.

—No, Ricky, no hagas daño a una pobrecita ballena.

Pete pasó un rato admirando la vieja edificación. ¡Qué gruesos eran los muros!

—¡Los antiguos españoles sabían construir bien! —comentó—. Ninguna bala de cañón podría traspasar esto.

—Ni nadie podía escalar estos muros —añadió Maya, señalando el parapeto que se proyectaba mar adentro, a buena distancia por encima de las aguas.

—Me gustaría saber a qué altura está del agua —dijo Ricky.

Y antes de que nadie pudiera detenerle, corrió hacia el paredón

más exterior.

—¡Quieto ahí! —le ordenó la señora Hollister.

El pecoso no tenía la menor intención de echarse al agua, pero dio a los demás un buen sobresalto. Se detuvo a pocos centímetros del borde del precipicio y miró hacia abajo. Lejos, muy lejos, el agua formaba montañitas de espuma sobre los arrecifes de coral.

—¡No vuelvas a darnos un susto así! —dijo muy enfadada la señora Hollister.

Ricky prometió muy formalmente no volver a hacerlo.

—Si queréis observar otra perspectiva distinta del fuerte, id allí, a la vieja torre del centinela —sugirió la señora Villamil.

Y señaló una estructura circular, con un tejado redondo, de piedra, que, sobresaliendo en un ángulo del fuerte, se asomaba al mar.

Pete y Pam fueron los primeros en llegar allí. De repente, se dieron cuenta de que dos hombres que se encontraban dentro hablaban a grandes voces, no habiéndose percatado, al parecer, de la presencia de los Hollister, que no pudieron evitar el escuchar su conversación.

—¡No podemos buscar aquí! —decía uno de ellos, muy indignado—. Los soldados no nos lo permitirían.

—Además, no creo que la piedra esté en el fuerte —replicó el otro hombre, que tenía un fuerte acento español.

—¡Pero si hemos buscado por todos los rincones, desde aquí a la Caleta del Lagarto! Tiene que estar en alguna parte.



Al oír mencionar la Caleta del Lagarto, Pete se volvió e hizo señas a los demás niños para que se aproximasen en silencio. Así lo hicieron todos. Pam cuchicheó con su hermano:

—¿A qué piedra crees que se refieren?

—¡Chist! —siseó Pete, que no quería perderse ni una sílaba de lo que decían los hombres.

—Estoy cansado de buscar ese tesoro —confesó el puertorriqueño.

—Será mejor que lo dejemos, por ahora.

—Pero si no tenemos dinero —opuso su interlocutor.

—Ya nos las arreglaremos. Volvamos a la Caleta del Lagarto y empecemos otra vez la búsqueda.

—Está bien —accedió el nativo, remoloneando. Acto seguido, salió de la caseta del centinela.

Se trataba de un hombre bajo, medio calvo, con el poco cabello

que le quedaba de color negro. Sus ojos, negros también, se clavaron amenazadores en los niños.

—¡Eh, Stilts! ¡Estos mocosos nos estaban espiando! —gritó a su compañero.

El otro hombre salió. Era alto, delgado, de piernas muy largas. Se notaba lo muy huesudos que eran sus hombros a través del cuello de la camisa desabrochado, y su cabeza pequeña le proporcionaba un extraño aspecto de búho.

—Ya te dije que había que andarse con ojo —reprendió a su amigo. Y luego se volvió a Pete para preguntarle—: ¿Sabéis oído lo que decíamos?

—Sólo unas cuantas palabras —contestó sinceramente el mayor de los Hollister.

Los dos hombres se miraron tranquilizados, y el más bajo dijo algo en español.

—Está bien, Humberto —replicó el hombre alto.

Cuando los dos hombres se alejaron de prisa por el patio empedrado del fuerte, Pete se fijó en que el hombre bajo cojeaba ligeramente. Una vez los dos hombres estuvieron lejos, Pete relató rápidamente la misteriosa conversación que los demás no habían escuchado.

—¿Podría ser nuestra piedra la que ellos buscan? —preguntó Carlos—. Es tan rara…

—Es posible —admitió Pete—. Debemos volver en seguida y esconderla. Puede ser muy importante.

La señora Hollister y la señora Villamil, que paseaban tranquilamente, llegaron a donde los niños se encontraban, comentando la aparición de los dos antipáticos desconocidos. Las dos quedaron muy sorprendidas al enterarse de lo sucedido.

—Pete tiene razón —opinó la señora Hollister—. Será mejor que volvamos.

De regreso por el camino que atravesaba Fort Brooke, los niños iban con los ojos bien abiertos, por si descubrían a los dos hombres misteriosos. Pero no les vieron por parte alguna.

—Espero que no volvamos a verlos nunca —murmuró Pam, sintiendo un escalofrío—. Me ponen la carne de gallina.

Después de pasar por un bello jardín tropical, los niños

abandonaron Fort Brooke por una salida diferente. Pete se fijó en dos muchachos, de unos doce años, que estaban sentados en el bordillo, cerca de la verja. Uno de ellos lloraba.

—Creo que son ciegos —cuchicheó Maya.

—¿Son puertorriqueños? —siseó Pete.

Carlos asintió. Luego, se dirigió en español a los dos ciegos. Después de hablar con ellos unos momentos, Carlos dijo que aquellos muchachos se llamaban Manuel y Desi. Venían de la escuela para ciegos que había en Santurce.

—A Manuel acaban de robarle su guitarra —siguió diciendo Carlos—. Por eso llora.

Carlos siguió traduciendo lo que Manuel le decía. El instrumento tenía para él un significado especial, porque lo había heredado de su abuelo.

—¡Qué pena haber perdido algo que se aprecia tanto! —dijo la señora Hollister, compasiva.

—Nosotros procuraremos encontrar tu guitarra —se ofreció Holly, y el muchacho ciego se esforzó por sonreír.

—Muchas gracias —dijo—. Yo también sé hablar inglés.

—¿Cuánto tiempo hace que te han robado la guitarra? —preguntó Pete, que no sabía dónde convendría buscar primero.

Manuel dijo que alguien se la había llevado hacía unos cinco minutos. La había dejado en la hierba, mientras iba a beber a una fuerte cercana. Cuando volvió, la guitarra ya no estaba.

—He oído que pasaban por aquí dos hombres —explicó Desi en inglés—, mientras estaba esperando a Manuel. Alguno de ellos pudo llevarse la guitarra.

—Entonces el ladrón no puede estar muy lejos —razonó Pam—. A lo mejor es uno de esos dos hombres que se llaman Stilts y Humberto. Decían que necesitaban dinero. ¡Puede que hayan robado la guitarra para venderla!

—¿Podemos adelantarnos y buscarles, mamá? —preguntó Pete.

—Sí, pero tened mucho cuidado.

—Iremos con vosotros —dijeron Carlos y Maya, cuando los Hollister se alejaban.

Sue se quedó con su madre. Los otros seis marcharon rápidamente en dirección a la parte vieja de la ciudad.

—Esto es muy emocionante —dijo Maya, mientras corrían—. Nosotros nunca hemos hecho de detectives antes.

—Decidnos qué tenemos que hacer —pidió Carlos.

Pete contestó que lo más importante y primordial era preguntar a cuantos viesen a su paso. Así fueron haciéndolo; los Hollister hablando en inglés y sus amigos, en español. Nadie había visto a un hombre con una guitarra. Al cabo de un rato, Carlos preguntó a un niño, descalzo, que jugaba en el bordillo.

El niño se explicó, muy nervioso, en español, y Carlos tradujo lo que decía:

—Él ha visto a un hombre con una guitarra. Le acompañaba otro hombre. Se fueron calle abajo, por esta parte.

Corriendo en apretado grupo, los seis niños dieron la vuelta a una esquina.

—¡Allí lo veo! —gritó Pam, unos minutos más tarde.

Avanzando a buen paso, entre los peatones, todos pudieron ver a un hombre alto. Llevaba una guitarra en la mano.

—¿Es Stilts? —preguntó Pete, apresurando todavía más el paso.

—No puedo estar segura —confesó Pam, sin aliento.

Al oír los nerviosos gritos de los niños, el fugitivo aceleró el paso. Pero no volvió la cabeza para mirar.

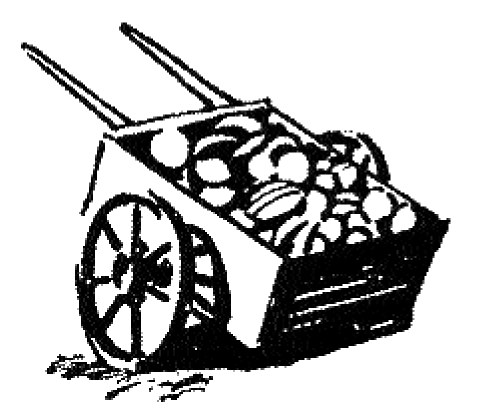
—¡Deténganle! ¡Detengan al ladrón! —gritó Carlos, cuando se iban aproximando al hombre.

Un hombre se lanzó hacia la figura que huía, pero el ladrón se hizo a un lado y consiguió esquivarlo, desapareciendo en la próxima esquina. Cuando los niños llegaron a aquella esquina, un vendedor de frutas, que empujaba su carrito por la estrecha calzada, les bloqueó el paso.

—¡Cuidado, Pete! —gritó Holly, al ver que su hermano, que iba en cabeza, podía tropezar.

A pesar de la advertencia, Pete iba tan de prisa que no pudo detenerse a tiempo. Chocó de lleno con el carrito y lo volcó.

DETECTIVES EN ACCIÓN



¡Crasss! Al volcarse de lado el carrito del vendedor, todas las frutas y verduras se desparramaron por el suelo empedrado.

Mientras un río de naranjas, toronjas, plátanos y piñas rodaba por la calzada, el vendedor levantaba las manos al cielo y prorrumpía en gritos penetrantes. Los Hollister no entendían ni una palabra, pero se daban perfecta cuenta de que el hombre estaba muy indignado.

Holly se agarró de la mano de Maya y preguntó con voz asustada:

—¿Quiere hacernos daño?

—No te preocupes —le cuchicheó Maya—. Sólo dice que deberíamos mirar por dónde vamos.

—Dile que lo siento mucho —pidió Pete—. Lo he hecho sin querer.



Carlos pidió disculpas, y luego, entre él y Pete, levantaron el carrito. Los demás se aprestaron a recoger las frutas.

Ricky, en su celo por ayudar, se volvió con demasiada rapidez. Sin saber cómo, tropezó con un gran ramo de dorados y maduros plátanos y cayó sentado sobre ellos. ¡Plasss! Los plátanos quedaron hechos una verdadera lástima.

De nuevo el vendedor elevó los brazos al cielo y reanudó sus gritos, con voz cada vez más chillona. Al ver lo sucedido, Pam sacó de su bolsillo algunas monedas y se ofreció a pagar el valor de la fruta estropeada. Eso tranquilizó en seguida al hombre.

—Gracias, gracias —dijo en español, cabeceando afablemente, y por vez primera, al tomar el dinero, sonrió.

Cuando todo estuvo recogido, Carlos explicó al vendedor que sus compañeros y él estaban persiguiendo a un ladrón.

Los ojos del vendedor se abrieron de par en par.

—¿Un ladrón, dices? ¿Era ese hombre que corría con una guitarra?

—Sí, ése —asintió Carlos.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Maya.

El vendedor ambulante, muy emocionado, señaló una tienda de la calle San Justo, a pocos metros de allí. Dijo que un hombre alto había entrado por la puerta que conducía al piso superior.

—¡Quizá todavía podamos alcanzarle! —gritó Pete, en cuanto Carlos le tradujo las explicaciones del vendedor—. ¡Vamos!

Corrieron hacia la tienda y entraron en el frío y oscuro vestíbulo inmediato. Allí no había nadie.

—Puede que los ladrones vivan arriba —sugirió Pam.

Sin hacer ruido, los niños subieron las escaleras. La puerta del apartamento de arriba estaba abierta de par en par. Carlos dijo unas palabras de saludo. Nadie contestó.

—No podemos atrevernos a entrar —advirtió Maya.

Pete avanzó unos pasos por el oscuro vestíbulo.

—Mirad. Hay una escalera interior —informó Pete, en voz muy baja—. Puede que el ladrón se haya marchado por allí. ¡Vamos!

Los niños bajaron velozmente las escaleras que conducían a un callejón. Allí estaban jugando, con su perro, un niño y una niña.

—¿Habéis visto pasar por aquí a un hombre alto con una guitarra? —les preguntó Carlos en español.

Los pequeños contestaron que no.

—Será mejor volver —dijo Pete, desalentado.

Subieron las escaleras por donde bajaran y empezaron a descender por las otras, camino de la calle.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Pam.



Pete opinaba que lo mejor era informar a la policía sobre el robo de la guitarra, y luego regresar a casa.

—Si Stilts y Humberto están buscando una piedra de un tesoro, lo mejor será que protejamos nuestra piedra.

En ese momento, Holly levantó la cabeza y miró hacia las escaleras, al instante exclamó:

—¡Mirad! ¡Un hombre se marcha por ese vestíbulo!

Pete subió las escaleras de dos en dos. Al llegar arriba, oyó pasos en la escalera posterior.

«Alguien debió de estar escondido en el apartamiento», pensó Pete.

Pero cuando llegó al callejón, no vio a nadie más que a los dos niños y su perro. Unos segundos más tarde llegaba Carlos al lado de Pete. De nuevo el puertorriqueño preguntó a los pequeños si habían visto a un hombre con una guitarra.

—Sí. Tenía mucha prisa. Se ha marchado por la calle Luna.

Pete y Carlos corrieron hacia el lugar indicado. Pero la calle Luna estaba tan llena de peatones y turistas que no era posible andar de prisa. El ladrón había conseguido escapar.

Pete, que estaba muy disgustado, marchó con Carlos a reunirse con los demás. Todos juntos volvieron al lugar en que les esperaban sus madres, muy preocupada, en compañía de Manuel y Desi.

Las dos señoras quedaron sumamente asombradas al saber todo lo sucedido y estuvieron de acuerdo en que convenía avisar a la policía. Carlos vio a un policía joven y alto, que pasaba por la calle Cristo.

—¡Oiga! ¡Oiga! —llamó.

Maya explicó a los Hollister a qué equivalía aquella palabra en inglés mientras el policía se aproximaba.

Después de presentarse, Carlos habló de la guitarra que le habían robado a Manuel. El policía, que se llamaba Tomás González, anotó algunos detalles y prometió informar del robo inmediatamente. Los niños le dieron las gracias y se marcharon a toda prisa.

Pam y Maya tomaron la mano a los dos muchachitos ciegos para conducirles hasta el coche de los Villamil. Muy pronto se encontraron en las calles de Santurce, camino de la escuela para ciegos.

Por casualidad, Ricky volvió la cabeza para mirar por la ventanilla y se fijó en un taxi que iba tras ellos. Cada vez que la señora Villamil hacía un viraje, el vehículo de detrás lo hacía también.

—Oye, Pete —cuchicheó el pecoso—. Creo que nos están siguiendo.

Cuando Pete se volvió a mirar por la ventanilla posterior, el taxi se rezagó detrás de un camión y ya no lo volvió a ver.

—Seguramente, el conductor sabe que nos hemos dado cuenta —dijo el hermano mayor.

Quince minutos más tarde, la señora Villamil detenía el vehículo frente a una explanada cuadrangular formada por blancas casitas de campo.

—Ésta es la escuela para ciegos —dijo.

A través de la verja que daba paso a la escuela, los Hollister

pudieron ver altas palmeras y arbustos rebosantes de flores de vistoso color anaranjado.

—¡Qué lugar tan hermoso! —comentó la señora Hollister.

Aquí y allá, ocupando los bancos arrimados a las paredes, se veían chicas y chicos ciegos, que tocaban guitarras y entonaban bonitas canciones, con gran armonía.

—Éstos son mis amigos —dijo Manuel a los Villamil en español. Y Carlos se encargó de traducir—. Cantamos mucho juntos. Es una gran distracción.

Ahora que Manuel y Desi estaban ya en su hogar, todos se dieron cuenta de que conocían el terreno centímetro a centímetro. Sin titubear, condujeron a sus nuevos amigos a un edificio alargado, de poca altura, que se encontraba al fondo. Allí fueron todos presentados a una mujer menudita, de cabello negro y mirada dulce, a quien llamaban señora Sandoz, que era la directora de la escuela.

La directora quedó muy impresionada al enterarse del robo de la guitarra perteneciente a Manuel.

—Era muy valiosa —dijo—. Confío en que la policía logre capturar al ladrón.

—Pero si no le encuentran, a lo mejor nosotros podríamos comprar una guitarra nueva a Manuel —se ofreció Ricky generosamente.

—Sois unos niños muy bondadosos —afirmó la señora Sandoz—. Venid, os enseñaré la escuela.

Mientras caminaban por el corredor, la señora les explicó que albergaban allí a unos noventa alumnos, procedentes de todo Puerto Rico.

—Aquí tienen a algunos de nuestros alumnos —añadió la señora Sandoz, abriendo la puerta de una pequeña aula.

Dentro, un grupo de alumnos, de unos seis años de edad, estaba sentado alrededor de una mesita, con una maestra guapa y joven.

Los Hollister se dieron cuenta de que también la maestra era ciega. Al oírles entrar, la joven se puso en pie. Después de hechas las presentaciones, la maestra explicó que aquellos niños eran del interior de Puerto Rico y estaban aprendiendo a hablar inglés.

—¿Qué has aprendido hoy? —preguntó la maestra a una

muchachita de piel morena, que se llamaba Ana.

La interrogada se puso en pie y, con voz muy clara, dijo:

—«I have a cat».

Al oír decir en su propio idioma «Yo tengo un gato», Holly contestó en seguida que ellos también tenían uno.

—Sí, sí. Nosotros también tenemos uno que se llama «Morro Blanco» y es negro.

—Y tiene cinco hijos —añadió Sue.

La maestra pidió a los Hollister que repitieran muy lentamente lo que acababan de decir. Así lo hicieron Sue y Holly, y los pequeños ciegos se echaron a reír.

—¡Nos han entendido! —exclamó Holly muy complacida.

Entonces, Ana, que era quien mejor hablaba inglés de su grupo, fue a su pupitre y sacó una pequeña lagartija.

—Mirad mi animalito —dijo.

—Oh. ¡Es igual que «Suerte»!

Cuando Sue vio la lagartija de Ana, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Yo quería ver otra vez a «Suerte»! —murmuró, mordiéndose los labios.

Pam estaba consolando a su hermanita cuando, de repente, fuera todo se oscureció.

—Se acerca una de nuestras famosas tormentas puertorriqueñas —comentó Maya.

—¡Y yo que me he dejado abiertas las ventanillas del coche…! —se lamentó su madre.

—Yo iré a cerrarlas, mamá —ofreció Carlos.

—Yo te ayudaré —se ofreció Pam.

—¡Muy bien! ¡Vamos!

Los dos corrieron a través de los terrenos del colegio, cuando ya empezaban a caer ruidosamente las primeras gotas.

Estaban muy cerca del coche cuando Pam agarró a Carlos por un brazo, exclamando:

—¡Mira!

—¡Eh! ¿Qué hacen ustedes ahí? —preguntó Carlos en español, viendo que Pam le señalaba a un hombre de poca estatura, que parecía estar hurgando en el motor del vehículo de los Villamil.



El hombre ni siquiera volvió la cabeza, sino que echó a correr como si le persiguiera el mismo diablo.

—Me gustaría saber quién era —murmuró Pam, cuando llegaban junto al vehículo—. Parecía Humberto.

Para entonces, los dos chicos estaban completamente chorreando. Pam cerró las ventanillas, mientras Carlos cerraba la tapa del motor. En seguida se metió en el coche para ayudar a Pam.

—¿Qué ha hecho ese hombre en el motor? —preguntó la niña.

Carlos dijo que no había encontrado ningún desperfecto visible y añadió:

—Esperaremos a que termine de llover. Entonces, mamá lo probará.

En pocos minutos, el aguacero terminó con la misma inesperada rapidez con que empezara. Desaparecieron las nubes y volvió a brillar el sol.

Carlos y Pam salieron del coche, con las ropas todavía

empapadas.

—Ahí vienen los demás —dijo Pam.

En cuanto la niña explicó lo sucedido con el hombre misterioso, la señora Villamil se sentó al volante, introdujo la llave e intentó poner el motor en marcha.

—Ese hombre ha querido sabotearnos —opinó Pete—. Hay que revisar en seguida el motor.

Pete era muy aficionado a hacer reparaciones en los coches y más de una vez había ayudado a su padre a arreglar los desperfectos de su furgoneta. Salió del coche y levantó la tapa del motor. Después de inspeccionar el motor durante unos minutos, declaró:

—Ya he encontrado la avería.

—¿Qué es? —quiso saber Carlos.

—Hay un cable de la batería desconectado.

En cuanto conectó dicho cable, el motor se puso en marcha.

—¿Por qué se le habrá ocurrido a ese hombre jugarnos esta mala pasada? —preguntó la señora Villamil.

—Para retrasar nuestra llegada a casa —opinó Pete, que se sentía muy preocupado—. Temo que lo haya hecho Humberto, señora Villamil. Por favor, ¿quiere llevarnos a la Caleta del Lagarto lo antes posible?

La amiga de la señora Hollister hizo lo que el muchachito pedía, tomando el camino más corto hacia la casa. El tiempo volvía a ser tan caluroso que, cuando la señora Villamil detuvo el coche en el jardín de la casa, las ropas de Carlos y Pam estaban casi completamente secas.

—¡De prisa, Carlos! —apremió Pete, saltando del vehículo—. ¡Vamos a examinar la piedra ahora mismo!

Todos, menos Sue, corrieron al lugar en que dejaran la piedra.

Pero… ¡La piedra ya no estaba allí!

—¡Alguien nos la ha robado! —murmuró Pam, casi llorando.

UNA BARANDILLA RESBALADIZA



¡La piedra misteriosa había desaparecido!

—No debimos dejarla sin vigilancia —murmuró Pete, desalentado, mientras contemplaba el agujero que había quedado en la arena.

Pam se apresuró a mirar a su alrededor y pudo ver varios pares de pisadas en el suelo. Y unos tres metros más allá descubrió algo que le hizo exclamar:

—¡Mirad estas huellas!

Todos corrieron a reunirse en torno a Pam y pudieron ver una especie de caminillo abierto en la arena. Parecía hecho con un tablón que hubiera sido arrastrado a lo largo de la playa.

Pete chascó los dedos, diciendo:

—¡Ya sé! Dos personas se han llevado la piedra, pero les resultó demasiado pesada. De modo que la colocaron sobre un tablón y se la llevaron arrastrando sobre el tablón.



—¡Stilts y Humberto! —adivinó Carlos.

Los demás también opinaban lo mismo. Pam dijo:

—Yo creo que puede ser fácil encontrarles. Las huellas del tablón conducen playa arriba.

Después de seguir las huellas durante casi medio kilómetro, llegaron junto a un grupo de cuatro chicos. Todos tendrían entre los diez y los doce años y estaban muy atareados, construyendo un fuerte de piedras y maderos de los que la marea deja en las playas.

—A lo mejor, ellos saben algo sobre nuestra piedra misteriosa —murmuró Holly, mientras llegaban junto a los chicos.

—Hola —saludó Pete.

—Hola —contestó el más alto de los cuatro, un muchachito de cabello rubio y lacio, que estaba colocando un tablón mojado sobre un montoncito de maderas.

—Estáis construyendo un buen fuerte —comentó Pete, en tono

amigable.

—¿Te gusta? —preguntó el chico rubio, en inglés—. Estamos trabajando en él todo el día. Queremos celebrar una batalla antes de regresar a Nueva York, mañana.

—Nosotros acabamos de llegar de allí —dijo Pam.

—¿Dónde vivís? —inquirió Ricky.

—En Boston —declaró otro de los chicos—. Bob y yo somos primos.

Bob preguntó entonces:

—¿Os gustaría ayudarnos a terminar el fuerte?

Pete le dio las gracias, pero dijo que estaban ocupados en otra cosa: estaban buscando una gran piedra que alguien se había llevado de la playa de los Villamil.

—¡Cucuruchos! ¿Era vuestra esa piedra? —preguntó Bob, con una extraña expresión de susto.

—Sí. Es nuestra —dijo Carlos—. Si vosotros os la habéis traído, no tiene mucha importancia, pero nos gustaría que nos la devolvieseis.

Bob se apresuró a explicar que habían estado buscando materiales para construir el fuerte.

—Era una buena piedra —añadió—, pero muy pesada para nosotros. De modo que la arrastramos por la playa sobre un tablón.

Bob anduvo unos pasos ante la fachada del fuerte, y señaló:

—La pusimos aquí, en esta esquina.

Los Hollister y sus amigos estaban muy tranquilizados, pensando que dentro de un momento volverían a tener la piedra en su poder. Pero, muy pronto, en los rostros de todos apareció una expresión de la más absoluta perplejidad. Porque no veían en ninguna parte la piedra misteriosa.

—Pero no está aquí —objetó Carlos, fijando en Bob una mirada interrogadora.

Bob parecía muy avergonzado.

—Lo siento, pero… Es que ya no tenemos la piedra.

—¿Qué ha pasado con ella? —preguntó Ricky.

—La hemos vendido.

—¿Qué? —exclamó Pete.

Bob explicó que, mientras sus compañeros y él se encontraban

construyendo el fuerte, vieron llegar a dos hombres que parecían buscar algo. Al oír aquello, Pam se puso colorada de indignación y preguntó, muy nerviosa:

—¿Uno alto y otro bajo?

—Sí —repuso Bob—. ¿Les conocéis?

—Creo que sí —replicó Pete—. Contadnos lo que pasó.

Bob explicó que los dos hombres se aproximaron a ver el fuerte y, de pronto, descubrieron la piedra de la esquina.

—Antes de que pudiéramos decir nada, sacaron la piedra de la esquina y empezaron a examinarla —continuó Bob.

—¿Y qué más? —aguijoneó Holly, viendo que Bob guardaba silencio.

—Pues… Los hombres nos dijeron que querían comprarnos la piedra. Yo pensé que, si era tan valiosa, deberíamos quedarnos con ella, pero el hombre bajo nos dijo algo en español y nos amenazó con el puño. Luego, el más alto, nos dio cincuenta centavos, y se llevaron la piedra entre los dos.

—¿Adónde se la llevaron? —preguntó Pam.

Los chicos señalaron playa arriba.

—La última vez que los vimos estaban delante de aquel hotel. A lo mejor se hospedan allí.

Bob ofreció a Carlos los cincuenta centavos que habían recibido por la piedra. Pero el muchachito no los aceptó.

—De todos modos vuestra información nos ha sido muy valiosa… Vamos —dijo Carlos a Maya y a los otros—. Hay que ir a ese hotel.

Después de despedirse de los bostonianos, Pete y los demás corrieron por la arena en dirección al hotel. Éste era un gran edificio, blanco, de cinco pisos, con la fachada frente al océano. En su extremo, los niños pudieron ver a varias personas que nadaban y se divertían en una espléndida piscina.

—¿Qué haremos si encontramos a Humberto y a Stilts? —preguntó Maya, que parecía empezar a sentirse algo asustada con el trabajo detectivesco.

—No te preocupes —contestó Pete—. Nosotros somos seis y en el hotel hay mucha gente.

Aunque todos estaban muy interesados en su trabajo de

investigación, los Hollister no dejaron de fijarse en el verde prado que se extendía delante del hotel. Los vientos alisios, procedentes del océano Atlántico, sacudían el ramaje de las altas palmeras y los arbustos cargados de flores.

Con Pete y Carlos abriendo la marcha, los jóvenes detectives entraron en el vestíbulo, lleno de personas. Los clientes iban y venían mientras botones, elegantemente uniformados, entraban y sacaban equipajes. En el centro del vestíbulo había una gran mesa con superficie de cristal, rodeada por media docena de sillas de hierro forjado. Allí estaban sentados algunos hombres y mujeres que hablaban animadamente. Pero aunque los niños miraron atentamente a todos los rostros, no vieron a nadie que se pareciera a Humberto ni a Stilts.

—A lo mejor, ni siquiera entraron en el hotel —dijo Ricky.

—Pero también pueden haberse ido a su habitación —sugirió Pam—. Vamos a preguntar al recepcionista si se han inscrito en el hotel.

—Pero no se habrá inscrito ése con el nombre tan raro de Stilts —opinó Ricky.

—No. Pero Humberto sí es un hombre normal —contestó su hermana.

Después de esperar a que varios clientes acabasen de inscribirse en el libro de registro, Pete se acercó al recepcionista, un agradable joven vestido con traje oscuro. Un letrerito colocado en el mostrador indicaba que aquél era el señor Felipe.

—¿Hay hospedado aquí alguien que se llama Humberto? —preguntó Pete.

—¿Ése es apellido o nombre de pila? —preguntó el recepcionista, mientras ojeaba el libro de registro.

—No lo sabemos —contestó Pete, que, sin embargo, hizo una descripción de Humberto y también de Stilts.

—Lo siento —repuso el recepcionista—. No recuerdo haber inscrito aquí a nadie que responda a esa descripción.

—Creíamos que podían haber llegado a este hotel hace unos cuantos minutos —explicó Maya.

—Puede ser —admitió el recepcionista—. ¿Habéis mirado en el entresuelo? —Señaló una escalera de mármol semicircular, que

llevaba al primer piso, y luego dijo—: Puede que vuestros amigos estén descansando allí.

—¿Amigos? —repitió Holly, casi con enfado.

El señor Felipe miró a los niños con gesto interrogador. Ellos les dieron las gracias y subieron las escaleras que les indicara. A uno y otro lado de las escaleras de mármol había un pasamanos en forma de espiral.

Al empezar a subir, Holly y Ricky quedaron rezagados. A los dos se les había ocurrido la misma idea.

—¿No te parece que sería un estupendo tobogán? —dijo la traviesa Holly, sonriente.

—¡Ya lo creo! —se entusiasmó Ricky.

Ya los dos hermanos estaban en lo alto de las escaleras. Miraron abajo. No había nadie. Sólo las hileras de tiestos con palmeras dentro de macetas de madera, que adornaban el pie de las escalinatas.

—¿Ahora? —preguntó Holly.

—¡Ahora! —asintió el pecoso.

La niña pasó una pierna por encima del pasamanos. Luego, apoyándose bien con las manos, empezó a deslizarse lentamente.

—¡Vamos! ¡Más de prisa! —apremió Ricky.

Holly, que se sujetaba con manos y rodillas, aflojó un poco la presión para bajar con más rapidez. Pero al aproximarse al final había ganado demasiada velocidad y… ¡Zaaas! Se precipitó hacia delante, sin control. Y aterrizó sobre el tiesto de una palmera, que se volcó.

Por un momento, Holly permaneció sentada en el suelo, mareada, con las piernas extendidas y los brazos echados hacia atrás. Ricky bajó a la carrera las escaleras, para prestar ayuda a su hermana. Llegó a su lado en el momento en que el recepcionista aparecía en escena.



—¿Qué pasa aquí? —preguntó el joven.

Mientras ayudaba a Holly a ponerse en pie, la niña murmuró:

—Es que… estaba resbalando demasiado de prisa…

—Sí. Lo comprendo… ¿Estás herida?

Holly se palpó varios puntos de su cuerpo y, por fin, movió de un lado a otro la cabeza, y sonrió.

—Estoy muy bien. Gracias.

El señor Felipe sonrió a su vez y dijo a Ricky:

—Sospecho que tú pensabas hacer otro tanto. Te ruego que no lo hagas.

Ricky prometió solemnemente no deslizarse por el pasamanos y ayudó al recepcionista a colocar en su debido lugar la palmera. Luego, el pecoso y Holly subieron las escaleras para reunirse con los otros niños. Allí no había ningún huésped.

—Os estábamos buscando —dijo Pam, al aparecer los pequeños —. ¿Dónde os habíais metido?

—Estábamos jugando —dijo Holly sinceramente—. ¿Habéis visto a los hombres que se llevaron la piedra?

—Hemos buscado por todas partes, pero no hemos hallado ni rastro —contestó Pam.

En ese momento, apareció Carlos, saliendo de un pasillo estrecho que se encontraba en el extremo oeste del entresuelo.

—¡Chisst! —llamó en un susurro a los otros.

Todos le siguieron, muy emocionados.

—¿Los has encontrado? —cuchicheó Pete.

—¡Sí! —contestó Carlos, que apenas podía disimular su nerviosismo—. ¡Junto a la cabina telefónica!

—¡Estás convirtiéndote en un estupendo detective! —le aseguró Pam, mientras todos avanzaban de puntillas hacia la cabina, que se encontraba adosada a una de las paredes, en mitad del pasillo.

Los niños cayeron sobre los dos hombres, que estaban arrodillados, examinando la piedra misteriosa. Stilts y Humberto quedaron tan sorprendidos que se pusieron en pie de un salto, con la boca abierta de par en par.

—¿De dónde salís? —preguntó Stilts con gesto ceñudo.

—Queremos nuestra piedra —dijo Pete—. La sacaron de la propiedad de los Villamil, en la Caleta del Lagarto.

—¿Cómo que vuestra piedra? —preguntó Humberto con indignación—. Nosotros la hemos comprado.

—Eso ya lo sabemos —dijo Pete, metiendo una mano en su bolsillo—. Aquí tienen los cincuenta centavos que han pagado por ella. Ahora, denos la piedra.

—Tomadla, si os atrevéis —dijo Stilts, mirando a los niños con ojos agresivos.

—¡Nos devolverán la piedra y la guitarra también! —exclamó Pam.

El hombre abrió tanto los ojos al oír aquello, que su rostro adquirió el aspecto de un insecto. Humberto empezó a decir algo en español, pero Stilts se precipitó hacia él, ordenando:

—¡A callar! —Luego se volvió a los niños—: ¿Qué es eso de la guitarra?

—Usted se la quitó al ciego —acusó Holly.

—Vamos. Hay que salir de aquí —dijo Stilts, haciendo una indicación de cabeza a su amigo.

Cuando se inclinaba a recoger la piedra misteriosa, Carlos apoyó un pie en la piedra.

—No se la llevarán. Nos pertenece a nosotros.

Como los seis niños estaban dispuestos a defender la piedra, los dos hombres comprendieron que no les sería fácil llevarse el pesado tesoro.

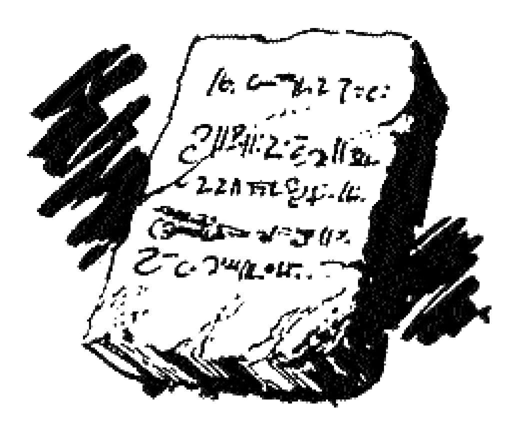
—¿Qué es lo que tiene tan valioso? —preguntó Pete, cuando Stilts se inclinaba en un nuevo intento por apoderarse de la piedra.

—Ése es asunto nuestro —replicó el hombre—. Y ahora, a ver si os quitáis de en medio, antes de que llame al director. —Pero en vista de que los niños se negaban a moverse, Stilts se volvió a Humberto y le ordenó—: Vigila la piedra. Vuelvo en seguida.

Stilts se abrió paso por entre los niños, que querían impedirle que bajara y corrió al vestíbulo. Volvió la cabeza mientras corría y gritó:

—¡Yo lo arreglaré todo!

EL SECRETO



Por un momento, tanto los niños Hollister como los Villamil quedaron atónitos, en vista del giro que tomaban los acontecimientos. Luego recobraron el valor.

—Vosotros, las chicas, seguid a Stilts y mirad adónde va —propuso Pete—. Los chicos nos ocuparemos de impedir que Humberto se lleve esta piedra.

Pam se alejó a toda velocidad, acompañada por Holly y Maya. Desde lo alto de las escaleras vieron que Stilts se dirigía directamente a recepción y hablaba con el señor Felipe. El empleado asintió y fue a una oficina. Un momento después volvía a aparecer, acompañado por un hombre de cabello gris, y los tres echaban a andar hacia las escaleras.

—Stilts quiere que esos señores nos echen —adivinó Maya, preocupada.

—Pues nadie nos echará de aquí hasta que nos hayan devuelto la piedra —afirmó Holly, apretando los labios de manera que la barbilla quedó sobresaliendo en un gesto de determinación.

—Claro que no —añadió Pam, confirmando lo dicho por su hermana—. Cuando la gente del hotel sepa la verdad, dejarán que

nos llevemos la piedra.

A Pam le latía el corazón aceleradamente, mientras volvía a la carrera junto a los muchachos, seguida por Maya y Holly. Unos momentos después se presentaban los tres hombres.

—¡Ahí están! —dijo Stilts, señalando a los Hollister y sus amigos.

El recepcionista arqueó las cejas al ver a Ricky y a Holly.

—¿Así que metiéndoos en más conflictos? —preguntó, sorprendido.

—No hemos hecho nada malo… ¡Palabra de honor! —afirmó Holly, mientras ella y los demás se volvían a mirar a los hombres.

El señor canoso se presentó.

—Soy el señor Gregora, director de este hotel. ¿Qué es lo que sucede?

Fue Stilts el primero en hablar, para decir que Humberto y él habían comprado la piedra en la playa y que ahora aquellos chicos les reclamaban la piedra y no les permitían llevársela.

Humberto dijo en español algo que hizo llamear los ojos de Carlos.

—¡Nosotros no somos ladrones! ¡Ustedes sí lo son!

El señor Gregora apoyó una mano tranquilizadora en el hombro del muchacho y dijo:

—También escucharemos vuestras explicaciones.

Cuando Maya y Carlos le hicieron un gesto, Pete tomó la palabra y explicó todo lo sucedido. Y también mencionó que sospechaban que Stilts había robado la guitarra al chico ciego.

—¡Tonterías! —vociferó Stilts—. ¡Nosotros no sabemos nada de ninguna guitarra…!

—Es muy peligroso acusar a la gente de ladrona, a menos que se tengan pruebas —advirtió el señor Gregora.

—Esta piedra es de Carlos y Maya. Eso lo sé con seguridad —declaró Pete—. Lo que no puedo probar es lo de la guitarra.

El director del hotel se volvió a Stilts.

—¿Qué habitación ocupan ustedes? —preguntó inesperadamente.

Stilts y Humberto intercambiaron rápidas miradas de complicidad. Y Stilts repuso:

—La 810.

El señor canoso arqueó las cejas.

—¿De verdad? Es muy raro, porque hay cien habitaciones en cada piso y no tenemos piso octavo.

El rostro ceniciento de Stilts se puso de un color rojo fuerte, mientras el recepcionista declaraba:

—Yo no he visto nunca a estos hombres antes, señor Gregora. Estoy seguro de que no se han inscrito aquí.

—Esto empieza a ponerse muy interesante —dijo el director, mirando con sospecha a Stilts y Humberto.

Maya levantó la vista hasta el señor Gregora y dijo dulcemente:

—Les estamos diciendo la verdad. Esa piedra es de nuestra propiedad.

—¿Y cuál es vuestro nombre, si es que puede saberse?

—Me llamo Maya Villamil.

—¿Tienes algún parentesco con el doctor Villamil?

—Es nuestro padre —dijo Carlos.

Stilts y Humberto se removieron con inquietud, al ver la expresión del director del hotel.

—¡Hijos del doctor Villamil! ¡Pero si yo soy uno de sus pacientes! —exclamó el señor Gregora.

Stilts se inclinó a tomar la piedra, al tiempo que decía:

—Vámonos de aquí, Humberto. Este hombre ha creído las mentiras de los chicos.

—No tan de prisa —le detuvo el director—. Podemos concretar las cosas, pidiendo al doctor Villamil que venga.

Ahora, Stilts y Humberto se mostraron preocupados.

—Bueno, Humberto —dijo Stilts, enderezando su huesudo cuerpo—. Vámonos de este hotel de mala muerte.

—Eso está bien. Y les recomiendo que no vuelvan por aquí —dijo en tono severo el director.

Stilts y Humberto dieron media vuelta y corrieron escaleras abajo. Al puertorriqueño, como cojeaba un poco, le costaba trabajo mantenerse al lado de Stilts.

Carlos corrió tras ellos, para ver a dónde iban, y esperó cerca cuando les vio detener un taxi. A los pocos minutos regresó adonde esperaban su hermana y los Hollister, que estaban pensando en el

modo de transportar la piedra.

—Me estoy volviendo un gran detective —declaró Carlos—. He oído a Humberto decir algo muy importante.

—¿Qué ha sido? —preguntó Pam, con gran interés.

—Ha dicho: «No necesitamos ya la piedra. Tenemos toda la información que buscábamos».

—¿Qué quiso decir? —inquirió Ricky.

—No lo sé —replicó Carlos—, a no ser que Humberto haya descifrado la inscripción de esta piedra.

Se inclinó para ayudar a Pete a levantar la pesada piedra, mientras Maya proponía:

—Lo mejor será tomar un taxi para volver a casa.

—Sí —asintió el señor Gregora que era la única persona mayor que seguía con ellos, pues el recepcionista había vuelto a su oficina.

Los niños dieron las gracias al director quien, a su vez, ayudó a los chicos a transportar la piedra hasta la calle.



—Espero que todo salga bien —deseó el señor Gregora, mientras

Carlos buscaba un taxi.

Cuando tuvieron el vehículo a su disposición, entre Pete, Carlos y Ricky colocaron la piedra en el piso del taxi. Luego, los dos chicos mayores se sentaron junto al conductor, mientras Ricky y las niñas se acomodaban en el asiento trasero.

Cuando llegaron a casa, Carlos pagó al taxista, y luego, los chicos se encargaron de bajar la piedra a tierra. Ya se alejaba el taxi, cuando Sue salió corriendo de la casa. Al llegar junto a sus hermanos preguntó en dónde habían estado y ellos se lo contaron.

—¡Venid a ver mi «sopresa»! —exclamó, entonces, la pequeña.

—¿Dónde está? —preguntó Holly.

—¡En casa! ¡Vamos, vamos!

—¿Es que mamá te ha comprado la muñeca española? —preguntó Pam.

—No. No es eso —repuso Sue, envuelta en el misterio, mientras tiraba de la mano de sus hermanas.

Llevó a las niñas a la sala de estar. Una vez allí, señaló un gran recipiente que había sobre una mesa. Dentro había arena y unas cuantas hojas. Y entre las hojas se veía una lagartija con una cintita azul en su rabo.

—¡Es «Suerte»! —exclamó Holly, estremecida de alegría.

—¡Cuánto me alegro! —dijo Pam—. ¿Dónde la has encontrado?

Sue, muy orgullosa, repuso:

—En el frutero que hay en aquella mesita.

Y su dedito índice señalaba una coquetona mesa de bambú, en el centro de la cual se veía un recipiente de loza, lleno de frutas tropicales. Sue mostró la coronilla de una piña que se encontraba en el centro de todas las frutas.



—Aquí es donde he encontrado a «Suerte».

Ya entonces los chicos habían dejado la piedra en la entrada y acudían a ver cuál era la sorpresa de Sue.

—¡Es «Suerte»! —se asombró el pecoso—. ¡Pero si yo creí que se había marchado para siempre…!

Sue, rebosante de felicidad y orgullo, dijo que a «Suerte» le gustaban más los Hollister que las iguanas, sus familiares.

—Y ha «dicidido» vivir con nosotros. ¿Lo estáis viendo?

Pete propuso algo:

—Debemos soltar a «Suerte» todas las mañanas, para que vaya a buscar su comida. Después que coma, seguramente volverá a casa.

—No —contestó Sue, muy convencida—. Yo le buscaré moscas y gusanos para que coma. «Suerte» no se irá nunca más.

Dicho esto, sacó al animalito del recipiente y se lo metió en el

bolsillo del vestido. «Suerte» asomó la cabecita con curiosidad y miró a su alrededor.

—Le gusta estar así —dijo Sue, riendo.

En ese momento entraron en la sala los padres de los Hollister y los de los Villamil, y detrás apareció la doncella anunciando que la cena estaba servida. Mientras cenaban, los niños contaron lo ocurrido con la piedra y todo lo sucedido en el hotel.

—¡Qué emocionante! —exclamó la señora Villamil—. ¡Eso ha tenido que ser una gran aventura para mis hijos!

El señor Villamil se sintió interesadísimo por todo aquello.

—Puesto que resulta tan difícil leer la inscripción de esa piedra, tal vez sería conveniente que sacase un molde de yeso de ella. Lo que quiera que diga en la superficie, se verá con mucha más claridad de esa forma.

—¡Papá, será estupendo! —aplaudió Maya. Sin embargo, perdió en seguida la sonrisa—: Pero Humberto dijo que sabía lo que decía la piedra. Puede que lo mejor sea volver a inspeccionarla.

—Dudo mucho que esos hombres leyesen la inscripción —declaró el doctor Villamil.

—¡Bueno! ¡Bueno! —se le ocurrió decir a Holly, en español, lo que hizo que todos sonrieran.

El médico añadió que tenía un poco de yeso en su taller del sótano.

—Puedo utilizarlo y sacar un molde rápidamente.

Los niños se emocionaron tanto con aquella novedad que estaban deseando terminar de cenar. Al concluir, el médico bajó al taller y regresó al poco rato con un poco de yeso húmedo.

Los chicos llevaron la piedra al patio, donde el doctor Villamil extendió el blando material sobre la superficie de la gran piedra.

—Habrá que dejarlo reposar un rato —dijo el doctor.

Sonriente, el señor Hollister comentó que los médicos pueden a veces, resultar muy útiles en la resolución de un misterio.

Carlos se echó a reír y declaró:

—Todos los Villamil nos convertiremos en detectives en pocos días.

Cuando el yeso estuvo bien seco, el doctor lo desprendió de la piedra. Las hendiduras de la piedra misteriosa habían dejado

huellas bien visibles en el yeso.

—Ahora, si frotáis un lápiz sobre las zonas salientes y se coloca el yeso delante de un espejo, posiblemente encontremos la solución a vuestro misterio.

Maya corrió al cuarto de juegos y volvió con un puñado de carboncillo. A toda prisa cubrió de negro las partes salientes del yeso. Luego, su padre lo tomó para llevarlo ante un espejo que se encontraba sobre el aparador del comedor. Todos le siguieron y contemplaron la extraña inscripción.

—¡Mirad! —exclamó Pete—. ¡Es un mapa de Puerto Rico!

Bajo el tosco mapa se veía una inscripción en español. Carlos lanzó un silbido.

—¡«Infanta's emerald crown»! Mejor dicho, lo que aquí se lee en español es: «La corona de esmeraldas de la Infanta».

—¿Qué es una Infanta? —quiso saber Holly.

Maya le explicó que Infanta era la palabra española con que se denomina a la princesa real.



Debajo de aquellas palabras, una flecha señalaba la costa sur de Puerto Rico.

—Parece indicar la ciudad de Ponce —opinó el doctor Villamil.

—Entonces, ¿la corona de la princesa estará escondida en Ponce? —preguntó Pam.

—Podría ser —repuso el doctor Villamil. Estaba a punto de añadir algo más cuando, en la ventana abierta, que se encontraba a su espalda, se oyó un ruido.

Sue fue la primera en volverse.

—¡He visto una cabeza! —gritó—. ¡Nos estaba espiando!

Todos se sintieron muy alarmados.

¿Se habría enterado el merodeador de su secreto?

UNA VISITA A LA POLICÍA



Tanto los Hollister como los Villamil salieron apresuradamente de la casa, en busca de la persona que les espiaba. Pete y Carlos oyeron unos ruidos entre los arbustos próximos a la ventana. Corrieron hacia allí, a ver de qué se trataba, pero quienquiera que fuese la persona que estuvo en la ventana, había conseguido escabullirse en la oscuridad.

—¿Tienes una linterna, Carlos? —preguntó Pete—. ¡Debemos seguirle la pista!

—Tengo una, en mi habitación —contestó Carlos, alejándose a todo correr. Volvió a los pocos segundos y dijo—: Aquí tienes, Pete.

Mientras niños y mayores observaban con gran interés, Pete enfocó el haz de luz de la linterna en el suelo, bajo la ventana. En la tierra blanda se veían claramente las huellas de los zapatos del intruso.

—Mirad estas dos que están tan juntas —dijo Pam, inclinándose, para examinar las huellas más de cerca— son del zapato derecho: una huella es más profunda que la otra, la del otro pie.

—Pueden pertenecer a un hombre cojo —sugirió el doctor Villamil.

—¡Claro! ¡Humberto! ¡Zambomba! Si ha descubierto nuestro secreto, encontrará la corona de esmeraldas antes que nosotros.

—¡No vamos a permitírselo! —declaró Holly, muy seria—. Papaíto, ¿no podríamos ir en seguida a buscarla?

El señor Hollister apoyó una mano en el hombro de su hijita y respondió:

—Hasta mañana, no. Pero estoy seguro de que Humberto tampoco iniciará la búsqueda hasta mañana.

Pete y Carlos siguieron las huellas hasta la carretera. Allí se perdían, sin que se viera el menor indicio de la persona que estuvo en la ventana. Cuando todos volvieron a estar dentro de la casa, el doctor Villamil dijo:

—Debemos poner inmediatamente a la policía al corriente de lo ocurrido.

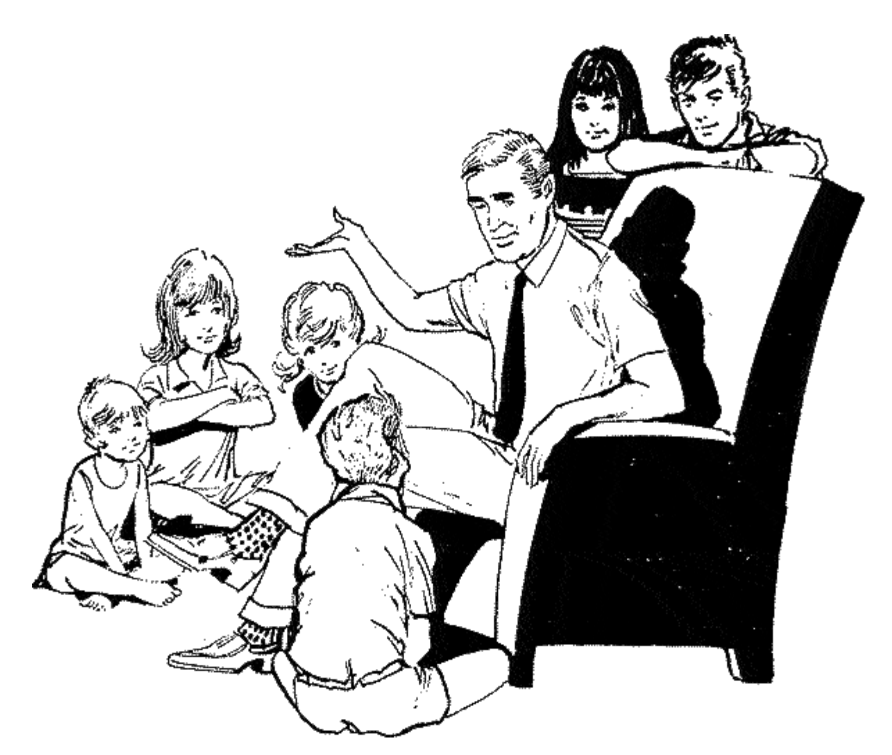
—Lo haré yo —se ofreció Carlos, dirigiéndose al teléfono.

Cuando volvió de telefonear dijo a los otros:

—Nos envían un detective para que vigile la casa el resto de la noche.

—Eso me parece muy bien —declaró el señor Villamil—. Cuando nos ha interrumpido la aparición de esa persona, me disponía a narraros la vieja leyenda del tesoro de esmeraldas. ¿Os gustaría conocerla?

—¡Sí! ¡Claro! ¡Claro! —replicaron todos los niños a un tiempo.



El doctor Villamil empezó a explicar que, hacía unos cientos de años, una princesa fue raptada y llevada lejos de Madrid, por una banda de fieros piratas. Dejaron una nota, pidiendo la valiosísima corona de esmeraldas de la joven a cambio de su vida.

—¿Y no volvió a aparecer la pobrecita princesa? —preguntó Holly, compadecida.

El doctor Villamil siguió contando que, según la leyenda, la princesa fue devuelta sana y salva, y los malhechores recibieron a cambio la corona.

—Pero el tesoro no les hizo el menor bien —continuó explicando el doctor—. Los piratas lucharon y se mataron entre sí, hasta que no quedó más que uno de ellos, un hombre fornido, a quien desde entonces se conoció por el sobrenombre del «Pirata Verde», por ser el propietario de las gemas verdes.

El doctor Villamil continuó su relato y dijo que el «Pirata Verde» estuvo a punto de perder el tesoro, mientras se dedicaba a la piratería por las costas. Intervino en una gran batalla naval y a punto estuvo de perder la vida. Sin embargo, pudo salvarse

perdiendo sólo la pierna derecha.

—Pero cuenta la historia que pronto adquirió una pata de palo y ocultó la corona en la parte superior de la pata.

—¡Vaya! Entonces, sólo tendremos que buscar una pata de palo y encontraremos el tesoro —dijo Ricky.

—¡Hay que ir en seguida a Ponce! —opinó Pete.

—¡Mañana, por la mañana! —añadió Holly.

Al día siguiente, los niños se levantaron muy temprano y desayunaron sin pérdida de tiempo. Estaban ansiosos por ir a Ponce y buscar el tesoro, antes de que Stilts y Humberto pudieran encontrarlo.

De pronto sonó el teléfono. Carlos fue a contestar. Al momento, tapando el auricular con la mano, cuchicheó a los otros:

—Es la policía.

Después de pasar un rato hablando en español, colgó, muy nervioso.

—¡Han encontrado a dos hombres que pueden ser Stilts y Humberto! —dijo.

—¡Canastos! —gritó Ricky, entusiasmado—. Ahora podremos buscar el tesoro tranquilamente.

—Y hacer que esos malotes devuelvan la guitarra robada —añadió Holly.

Carlos sonrió.

—Primero hay que identificarlos —repuso—. La policía desea que vayamos ahora mismo a la jefatura.

Los niños mayores se instalaron en la furgoneta y el señor Hollister condujo hasta las oficinas de la policía. Entraron todos y fueron recibidos por un sargento llamado Riñe.

—Creo que tenemos a los hombres que buscáis —dijo el sargento—, aunque ellos niegan toda culpabilidad.

—¿Dónde los arrestaron? —preguntó Pete.

—Anoche, en una parada de autobús, próxima a la Caleta del Lagarto.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó, por su parte, Pam.

El sargento movió la cabeza en dirección a una puerta, a la izquierda de su escritorio.

—Venid por aquí. Están ahí dentro, esperando.

Se levantó y condujo a los niños hasta una pequeña estancia. En el centro, sentados en una mesa, había dos hombres. Pam se mostró desalentada al verles.

—¡No son los que buscamos!

—No. No lo son —confirmó Pete—. Ha habido una equivocación. Aunque se parecen un poco a Stilts y Humberto.

—Ya les he dicho que éramos inocentes —dijo el más alto de los dos detenidos—. Sólo porque yo sea de Estados Unidos y mi amigo puertorriqueño y porque nos metiéramos en un lío, una vez…

—Está bien. Está bien —le interrumpió el sargento—. Lamentamos mucho haber cometido este error. Pero no podemos correr riesgos.

También los Hollister ofrecieron disculpas a los dos hombres. Pam les habló de la guitarra robada y los dos demostraron lamentarlo.

El más alto dijo entonces:

—Ahora que pienso… Nosotros vimos a otros dos hombres que tenían cierta semejanza con nosotros.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —se apresuró a preguntar Pete.

El hombre contestó que habían visto a los otros dos sujetos en un restaurante de los que permanecen abiertos las 24 horas del día, y les dio las señas.

—Vayamos allí a investigar —propuso Carlos, sintiéndose ya todo un detective.

Después que los detenidos fueron puestos en libertad, los niños dieron las gracias al sargento y marcharon al restaurante. Pete y Carlos entraron. El empleado de noche, un hombre grueso y calvo, que se llamaba Raúl, estaba a punto de marcharse. Cuando Pete le preguntó, Raúl repuso que, efectivamente, había servido a dos hombres cuya descripción correspondía a la de Stilts y Humberto.

—¿Oyó usted algo de lo que decían? —insistió Pete.

Raúl cubrió su labio superior con el labio inferior, mientras hacía memoria.

—Sí. Dijeron algo extraño.

—¿Qué fue? —preguntó Pete, cuyo corazón empezó a latir aceleradamente.

—No lo oí todo —replicó Raúl—, pero el alto dijo algo sobre un

tesoro. Luego, el bajo, que cojeaba, respondió que mañana por la tarde irían a Ponce y lo buscarían.

—¡Caramba! —exclamó Pete, lanzando un silbido—. ¿Puede usted decirnos algo más?

—No —respondió Raúl, mientras se quitaba el blanco delantal.

—Muchas gracias —le dijo Carlos—. Nos ha prestado usted una gran ayuda.

Cuando Pete y él se reunieron con los otros, todos quedaron muy tranquilizados al saber que Stilts y Humberto no habían ido inmediatamente a Ponce. Con los ojos iluminados, Pam dijo:

—Entonces, tendremos tiempo de buscar la guitarra antes de irnos.

—Buena idea —aprobó Maya—. Para Manuel, ese instrumento es más valioso que cualquier tesoro.

—Una cosa… ¿Dónde está la Avenida Diego? —preguntó Pete.

—En Santurce —contestó Carlos—. ¿Por qué?

Pete habló del dependiente de los almacenes de Shoreham, que era sobrino del señor Pino, el propietario de una tienda de instrumentos musicales en la Avenida.

—Le prometimos visitar a su tío, y puede que él nos ayude a encontrar la guitarra.

—¿Es que crees que Stilts habrá vendido la guitarra en alguna tienda de instrumentos? —preguntó Holly.

—Sí.

Carlos sabía dónde estaba la tienda del señor Pino y dirigió al señor Hollister, mientras conducía. Los niños entraron en tropel en el establecimiento. Había un gran muestrario de instrumentos, incluidos güiros y maracas.

—¿Es usted el señor Pino? —preguntó Pete, acercándose al hombre de expresión afable que había en la tienda.

Cuando el hombre contestó que sí, Pete dijo que ellos iban a saludarle en nombre de Enrique Pino, de Shoreham.

—¡Ah! ¿Conque conocéis a mi sobrino? —exclamó el dueño de la tienda.

Los Hollister presentaron a los Villamil y a sí mismos. El señor Pino les dijo que se sentía muy complacido de tener noticias de su sobrino, que vivía en el continente.

—Y decidme, ¿puedo serviros en algo? —preguntó, después de haber charlado unos minutos con los niños.

—A lo mejor, sí —contestó Pam, que se apresuró a explicarle todo lo relativo a la guitarra robada.

—¿Dónde cree usted que podríamos encontrarla? —preguntó Carlos.

El señor Pino quedó silencioso unos momentos. Luego repuso:

—Mis instrumentos son todos nuevos, pero hay una tienda en el barrio viejo de San Juan, que no vende otra cosa más que guitarras de segunda mano. Debéis ir allí a ver.

El señor Pino escribió la dirección, explicando que el lugar estaba cerca de la plaza de Colón, y dio el papel a Pete, quien le agradeció las molestias que se tomaba. Los niños se despidieron y el señor Pino les dio recuerdos para su sobrino y salió a despedirles, mientras subían al coche.

Carlos indicó al señor Hollister la dirección que debía seguir a lo largo de la costa. Los visitantes quedaron muy asombrados, al ver el mar azul y las rompientes. Cuando llegaron a la Plaza de Colón, Carlos sugirió que aparcasen allí e hicieran el resto del camino a pie.

—La tienda de guitarras de segunda mano no queda muy lejos. Seguidme.

Ya los Hollister se estaban acostumbrando a las callejas estrechas de la parte antigua de la ciudad. En fila india, corrieron por la acera, detrás de sus amigos puertorriqueños.

—Es aquí —dijo Carlos al poco rato, deteniéndose ante el escaparate de una tienda poco atractiva. Al fondo se veían varias hileras de guitarras usadas.



Los niños atisbaron por la puerta abierta. Dentro, todo parecía frío y oscuro. Al fondo había un mostrador, tras el cual se hallaba un hombrecillo delgado, sentado en un taburete. Los niños entraron.

—Buenas guitarras para norteamericanos —dijo el hombre con una sonrisa, dejando a la vista los huecos de su estropeada dentadura y algunos dientes de oro.

—Estamos buscando un instrumento especial —le explicó Pam —. ¿Alguien le ha vendido a usted una guitarra, ayer u hoy?

—¿Por qué quieres saberlo?

Pete le explicó lo ocurrido. Al enterarse, el tendero exclamó:

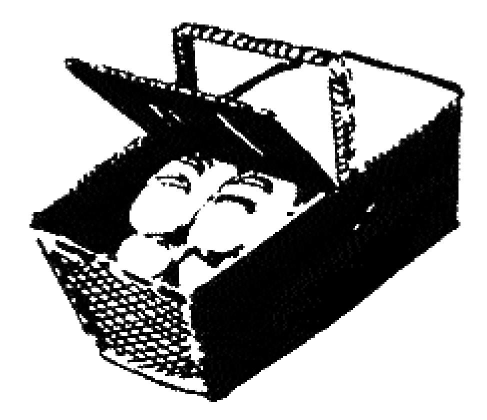
—Sí, sí. Un hombre alto me vendió una guitarra. ¡Caramba, era preciosa! ¿Y decís que fue robada?

El hombre se mostró preocupado.

—Queremos que nos la dé para devolvérsela a Manuel —dijo Holly.

—No sabéis cómo desearía complaceros —dijo el hombre—. Pero ya no tengo esa guitarra.

BUEYES LOCOMOTORA



—¿Ha vendido usted la guitarra? —preguntó Pam con desaliento.

—Sí. Pero tengo el nombre y la dirección del comprador. Podréis pedirle a él que os la devuelva.

El hombre desapareció en la trastienda, de donde volvió a salir con un libro. Buscó la última página escrita y pasó un dedo por una de las líneas.

—La guitarra la compró un tal señor Targa —declaró.

—¿Vive en San Juan? —preguntó Carlos.

El dueño de la tienda movió la cabeza negativamente.

—No. Vive en Ponce. Aquí tenéis la dirección.

Anotó las señas en una tarjeta comercial que entregó a Carlos.

—Ahora ya tenemos dos motivos importantes para ir a Ponce —dijo Pam, después de haber dado las gracias al hombre y salir de la tienda.

—Aunque puede que ese señor Targa no nos devuelva la guitarra —murmuró Holly, preocupada.

—Le contaremos lo que pasó —contestó Pam—. Después de todo, la guitarra es de Manuel.

Pete propuso:

—Ahora podemos ir a la escuela para ciegos, y decirle a Manuel la pista que tenemos.

El señor Hollister condujo rápidamente a la escuela, donde encontraron a Manuel y a su amigo Desi sentados en un banco del patio.

—¡Hola! —les saludaron los Hollister y los Villamil.

Los chicos ciegos correspondieron al saludo y estrecharon las manos de sus visitantes. Inmediatamente después, preguntaron qué novedades tenían sobre su trabajo detectivesco.

—Todo va bien, por ahora —contestó Pete.

Y a continuación les contó todo lo que habían averiguado a través del vendedor de guitarras usadas.

—Entonces, ¿vais a ir a Ponce? —preguntó Desi.

—Mañana por la mañana —contestó Pam.

—Yo… quisiera… quisiera —murmuró Manuel con cierto apuro.

—¿Querrías venir con nosotros? —le preguntó Pete.

—¡Si, sí! —contestó el ciego, en español.

—¡Pues ven! —invitó Pam.

—Claro, hombre. Cabremos todos en el coche —calculó Pete.

Desi tenía un examen de inglés y no podía faltar de la escuela. Pero se mostró muy contento de que Manuel pudiera hacer aquel viaje a la costa sur de la isla.

—Vendremos a buscarte mañana, a las ocho —dijo Pam a Manuel.

Después, se despidieron.

Aquella noche, los niños prepararon la ropa que iban a llevarse en el viaje, por si tenían que pasar la noche fuera, durante la búsqueda del tesoro. Mientras ellos se ocupaban de aquellos preparativos, la señora Villamil preparaba bocadillos y demás vituallas para una merienda campestre.

A la mañana siguiente, colocaron en el vehículo una gran cesta con los comestibles y los impacientes viajeros se dispusieron a emprender la marcha. Se había decidido que Sue se quedara con su madre y la señora Villamil, que pensaban ir de compras a San Juan.



—Adiós, mamá —dijo Pam, dando un fuerte abrazo a la señora Hollister—. ¡Tenemos que adelantarnos a Stilts y Humberto y encontrar el tesoro!

La señora Hollister se inclinó para besar a Holly y los demás.

—Buena suerte, mis jóvenes detectives —les deseó, mientras les miraba subir al vehículo.

El señor Hollister condujo la furgoneta hasta la escuela para ciegos, donde les esperaba Manuel, cerca de la entrada. El chico llevaba un maletín con algunas ropas. En seguida se instaló en el asiento delantero.

—Vamos en busca del tesoro —dijo Pete, animadamente.

—Y de tu guitarra —añadió Maya.

—Eso me hace sentirme muy feliz —afirmó Manuel.

El señor Hollister tomó la carretera número 1, la cual, desde San Juan, conducía hacia el sur, entre verdes y hermosas colinas. Se

veían granjas diminutas escalonadas en las laderas y Maya fue indicándoles los campos de tabaco. A los lados de la carretera crecían grandes plataneros.

—¡Qué raro! Los racimos crecen de abajo arriba —comentó Holly.

Carlos explicó que los plátanos pequeños pendían hacia abajo, pero iban creciendo hasta hacerse tan pesados que la rama que los sostenía acababa por doblarse.

—Y entonces es cuando parece que crecen al revés.

—¡Me alegra mucho que hayáis venido durante la zafra! —dijo Maya al poco rato.

—¿Qué es eso? ¿Una especie de cebra? —preguntó el pecoso.

Los hermanos Villamil se echaron a reír.

—No. La zafra es la recolección de la caña de azúcar —les explicó Maya—. En esta época del año todo el mundo en Puerto Rico es feliz, porque hay trabajo para mucha gente.

Unas millas más adelante, el señor Hollister detuvo el vehículo junto a uno de los cañaverales. Había hombres afanados, blandiendo grandes machetes.

—Están cortando las cañas con machetes —explicó Carlos.

Todos, excepto Manuel, bajaron del coche y fueron hasta una cuneta para observar a los hombres que trabajaban. Todos ellos llevaban sombreros de paja y ropas de trabajo. Tenían la piel muy curtida.

¡Zis-zas! ¡Zis-zas! Los machetes proseguían su trabajo. Con cada golpe, nuevas cañas caían al suelo.

—Las cañas parecen deberse a un cruce entre el bambú y el maíz —observó Pete, que lo miraba todo con interés, entornando los párpados para proteger los ojos del sol.

En ese momento, un hombre bajo, de piernas arqueadas, se acercó y estuvo hablando en español con Carlos. Tras una breve conversación, Carlos se volvió a sus amigos para traducir:

—El capataz dice: ¿Les gustaría a los muchachos probar a cortar la caña de azúcar?

—¡Sí, sí! —contestaron a un tiempo Pete y Ricky, entusiasmados.

—¡También a mí me gustará probar, caramba! —dijo el padre,

sonriendo.

El capataz llamó a algunos operarios. Éstos interrumpieron sus trabajos y se acercaron a los Hollister; con amplias sonrisas en sus rostros, ofrecieron los machetes a los visitantes. Carlos les advirtió que tuvieran mucho cuidado con la cortante hoja de los machetes.

—En este trecho podéis cortar —dijo, aproximándose al lugar indicado por el capataz.

—¡Qué afilado está este machete! —se asombró Pete, mientras derribaba varias cañas.

Al cabo de un momento, Maya decía a las niñas:

—¿Queréis probar la caña de azúcar?

—¡Ya lo creo! —contestó inmediatamente Holly—. ¿Qué hay que hacer?

El capataz empuñó un cuchillo y cortó una caña en varios trozos. Entregó a cada Hollister un trozo que rezumaba líquido por ambos extremos.

—¡Hummm! ¡Qué bueno! —alabó Holly—. Sabe como el azúcar de arce.

—Y también como la melaza —opinó Pam.

Los obreros rieron muy contentos de que a los niños les gustase la caña.

—Mirad allí —dijo Carlos.

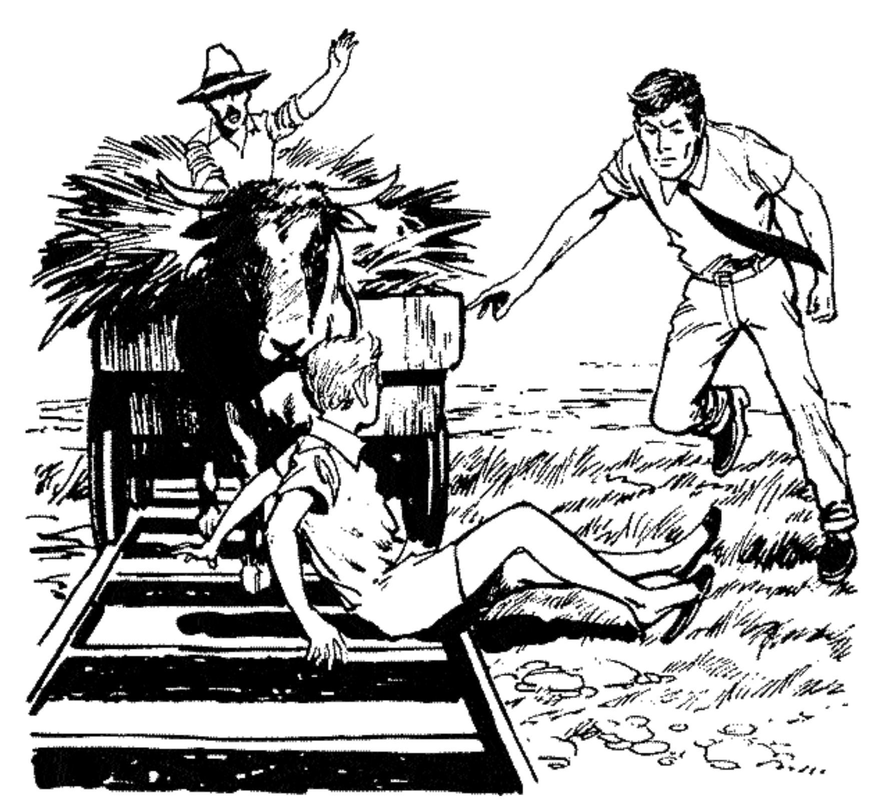
En la distancia se veían dos grandes bueyes que tiraban de una hilera de pequeños carros, cargados hasta los topes de caña de azúcar.

—Los carros van sobre unas vías estrechas —dijo Maya—, y los animales caminan a ambos lados.

—Entonces, ¿quieres decir que los bueyes son como locomotoras? —preguntó Ricky, risueño—. Vamos a acercarnos, para verlos mejor.

El señor Hollister y los niños se aproximaron a contemplar a los animales, que eran azuzados por el conductor con una larga vara.

—Voy a pasar al otro lado de las vías para verlo mejor —dijo Ricky, echando a correr por delante de los animales.



Cuando llegaba al segundo raíl, el zapato derecho se le encajó allí. ¡Y el pecoso cayó de bruces, a poca distancia del enorme buey que proseguía su camino!

—¡Cuidado! —gritó Pam, horrorizada.

El conductor de los carros no había visto lo sucedido. ¡Y siguió presionando a los animales para que se apresurasen!

¡Uno de los animales estaba casi encima de Ricky cuando el señor Hollister se precipitó a los raíles y apartó de allí al mareado pelirrojo!

—¡Caramba! —exclamó el conductor, dándose cuenta ahora de lo ocurrido.

—¡Por qué poco! —comentó Carlos, mientras él y los demás corrían al lado de Ricky.

—Estoy bien —les tranquilizó el chiquillo—, pero nunca más volveré a pasar por delante de un tren de bueyes.

Pete habló con su padre, para decirle que debían marcharse ya.

—Tenemos que darnos prisa, para llegar a Ponce antes que Humberto y Stilts.

—Es verdad.

Al volver a la furgoneta, Pam se fijó en una motocicleta, aparcada detrás, en la carretera. No se encontraba allí cuando ellos llegaron. Pam comentó aquel detalle con Carlos.

—Será de alguno de los obreros —dijo el chico—. Muchos de ellos tienen moto.

Una vez en marcha de nuevo, Pam propuso que comieran durante el trayecto.

—El tiempo que ahorremos nos servirá para empezar antes a buscar el tesoro.

Ricky, siempre dispuesto a llenar el estómago, asintió con grandes exclamaciones y Holly explicó a Maya:

—Mamá siempre dice que Ricky tiene una pierna hueca y allí le va cayendo toda la comida.

En cuanto las niñas hubieron servido a todos grandes bocadillos de pollo, Ricky se dispuso a demostrar que no era una, sino las dos piernas las que tenía huecas.

Apenas acabaron de comer, cuando ya estaban en las afueras de Ponce. El señor Hollister se detuvo ante una gasolinera y pidió le orientaran sobre la dirección del señor Targa.

—Vive en la Calle Cristóbal —dijo el empleado, dándole a continuación unas indicaciones.

Unos minutos más tarde, la furgoneta penetraba en una calle estrecha, flanqueada por bellos edificios de una sola planta. El señor Hollister detuvo la furgoneta ante una casita pintada de blanco y amarillo.

Pete salió del vehículo y llamó a la puerta de aquella casa. Una señora de dulce rostro y cabello blanco salió a abrir.

—¿Es usted la señora Targa?

—Sí —contestó ella en español.

—¿Puedo hablar con su marido?

—Está trabajando en el «central».

—¿Tiene su marido una guitarra nueva?

—Sí. Y muy buena, por cierto —contestó la señora, mirando a Pete con extrañeza—. Se la ha llevado consigo.

Pete le dio las gracias y volvió al coche, que tomó la dirección de la refinería de azúcar. El camino a la refinería era estrecho y serpenteante.

—¿Qué hay allí delante? —preguntó Pam a Maya, cuando describieron una curva.

—Un camión de caña de azúcar.

Todo lo que podían ver eran las dos ruedas posteriores. Todo lo demás era una enorme carga de cañas azucareras. El camión marchaba a buena velocidad, oscilando de uno a otro lado y haciendo sonar continuamente el claxon.

—Ese camión no debería viajar tan de prisa —comentó Carlos—. La carga es demasiado pesada. Podría volcarse.

El camión continuaba con sus peligrosos bamboleos, haciendo sonar la bocina en cada curva. De pronto, Pam gritó, sobresaltada:

—¡Mirad!

El camión acababa de tropezar en una hondonada del camino. Se tambaleó bruscamente y… ¡acabó volcando!

AZÚCAR MORENO



Al ver que el camión se tambaleaba y acababa volcando a un lado del camino, todos los niños contuvieron un grito. El señor Hollister detuvo inmediatamente la furgoneta y todos salieron de ella.

—¡Dios quiera que no haya ningún herido! —murmuró la bondadosa Pam.

Corrieron a donde estaba el camión, cuyas ruedas posteriores seguían girando. Las cañas se habían desparramado por el camino y los niños tuvieron que trepar por ellas para llegar al camión.

El conductor, que al parecer había viajado solo, estaba tendido en tierra, junto al vehículo. Era un hombre joven y delgado.

Pete fue el primero en llegar a él. Inclinándose, el chico pudo comprobar que el hombre respiraba aún.

—Creo que ha perdido el sentido por el golpe, papá —opinó el mayor de los Hollister, cuando su padre se arrodilló junto al conductor.

Pam frotó las muñecas del hombre, mientras Pete le daba un masaje en la nuca. El portorriqueño empezó a moverse. Pronto abrió los ojos y miró a los que se habían reunido a su alrededor.

—¿Qué pasa? —preguntó en español.

Carlos explicó que aquella frase equivalía en inglés a *What's going on?* Y al herido le dijo:

—Se ha volcado su camión. Iba usted muy de prisa.

El conductor se puso en pie, algo trémulo, e hizo a Carlos varias preguntas en español.

—¿No habla inglés? —preguntó Holly.

Maya le dijo que el hombre era del interior y por eso conocía muy poco inglés.

—Soy Rafael. He tenido suerte —declaró el hombre, en muy mal inglés, con una forzada sonrisa.

Pero todos le entendieron, y Holly opinó que no le parecía mucha la suerte del pobre hombre. La mitad de las cañas azucareras habían caído fuera del camión.

En ese momento, sonó un claxon en el camino. Otro coche deseaba pasar. Los chicos se apresuraron a tomar brazadas de caña para irlas dejando a un lado del camino.

Entre tanto, Rafael habló con los ocupantes del coche, que eran paisanos suyos, y les pidió que le enviasen una grúa desde el pueblo más cercano. Los otros prometieron hacerlo así y no tardaron en seguir su camino.

Cuando los Hollister se sintieron seguros de que Rafael no había sufrido ningún daño serio, le dijeron adiós y siguieron en dirección al «central».

—*See you later, alligator* —dijo el bromista de Ricky.

Y Carlos, riendo, tradujo sus palabras al español, para que todos pudieran aprender una frase nueva:

—Hasta luego, caimán.

Después de subir y bajar por laderas de montañas escalonadas, pasaron de un trecho de denso follaje a una amplia llanura. Al otro lado del camino se extendían miles de acres de caña azucarera.

—Esto es el «central» —informó Maya, señalando a cierta distancia lo que parecía ser una fábrica.

El edificio le recordó a Pete una fábrica de aceros, con su elevada techumbre, de hierro ondulado, oscurecida por el humo. Mientras se acercaban, varios camiones fueron llegando desde los campos. Al fin alcanzaron una hilera de camiones, aparcados a un

lado del camino, que aguardaban su turno para entrar en el «central». Los conductores sonrieron y dijeron adiós a los niños con la mano, cuando la furgoneta les adelantó.

—¡Qué olor tan bueno! —observó Holly, mientras pasaban a lo largo de la refinería.

—Es el olor que desprende el azúcar de caña —le dijo Maya.

Manuel, que había permanecido silencioso durante casi todo el camino, sonrió al percibir el agradable aroma.

—Me recuerda la ciudad donde vivo. También allí tenemos un «central».

Carlos sugirió que el señor Hollister llevase la furgoneta hasta las oficinas centrales.

—Si decimos al director que deseamos visitar la refinería, seguramente nos la mostrará con gustó.

El señor Hollister fue a detenerse delante de un edificio bajo, al otro lado de la gran refinería. Algunos obreros descansaban en las escalinatas. Uno de ellos estaba sentado en el suelo, apoyado de espaldas en la pared. Tenía una guitarra en sus manos. Cuando los niños desmontaban, el hombre empezó a interpretar una melodía.

Manuel se detuvo y escuchó.

—Esa tonada se titula: «El Muchachito del Campo Azucarero» —dijo.

El músico sonrió y asintió. Era un hombre agradable, de mediana edad, con alegre sonrisa. Al saber que a los niños les gustaba la música, tocó más. Sus dedos morenos danzaban ágilmente sobre las cuerdas de la guitarra.

Mientras subía las escaleras, para entrar en las oficinas, el señor Hollister se fijó en la expresión extraña de Manuel.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿No te sientes bien?

Al principio, el chico quedó silencioso, escuchando atentamente. Por fin, a media voz, dijo:

—Estoy bien. ¡Pero es que estoy seguro de que ésa es mi guitarra!

Tanto los Hollister como los Villamil miraron a Manuel, sorprendidos.

—¿Tu guitarra, la que te han robado? —cuchicheó Pam.

—Sí. La conozco por lo dulce de su tono —afirmó Manuel—. No

hay otra guitarra como la mía. Pero comprueba si tiene una estrella blanca en la parte posterior.

El músico tocaba tan alto que no oyó la conversación de los niños.

—¿Creéis que será el señor Targa? —preguntó Pete.

Y Maya propuso:

—Hay que preguntárselo.

El señor Hollister quedó observando, mientras los niños esperaban a que el hombre concluyese su interpretación. Entonces Pete avanzó unos pasos y dijo:

—Nos ha gustado mucho. ¿Es usted el señor Targa?

El músico levantó la cabeza, sorprendido.

—Sí, sí. Pero no puedo comprender cómo lo sabéis.

—Es toda una historia —contestó a su vez el señor Hollister interviniendo—. Será mejor que se lo expliques todo, Pete.

Primero se hicieron las presentaciones de todos; luego, Pete contó la historia del robo de la guitarra y habló de la estrella blanca que la identificaba.

—Sí. La compré en San Juan y, si pertenece a Manuel, naturalmente que se la devolveré.

Y sin más, tendió el instrumento al muchacho ciego.

Manuel se sentía más que contento al recobrar su guitarra.

—Gracias, gracias, señor. ¿Qué puedo hacer para compensarle? —preguntó, en español, mientras acariciaba amorosamente el instrumento.

El señor Targa sonrió y repuso:

—Interpretar música alegre y feliz. La alegría que produzcas a los demás será mi pago.

—Es usted muy bueno —dijo Pam—, pero no debe perder lo que pagó por la guitarra.

El señor Targa contestó que pensaba volver al cabo de pocos días a San Juan.

—Procuraré que el tendero me devuelva lo que pagué. Pero no os preocupéis por eso.

El hombre añadió que la siesta, es decir, el descanso de la tarde, ya había concluido, y debía volver a su trabajo en la refinería. Él estaba al cargo de los cilindros que prensaban la caña de azúcar

para extraer el jugo.



—¿Podríamos ver cómo trabajan esos cilindros? —preguntó Pete.

El señor Targa repuso que creía que no sería difícil conseguirlo. Les llevó a las oficinas y los presentó al director, un hombre grueso y de grandes bigotes, llamado Oro.

—Desde luego. Nos complace que hagan esa visita a nuestra planta —dijo el señor Oro, que se volvió hacia Targa, para añadir—: Le pondré un sustituto en los cilindros. Vaya usted a mostrar las instalaciones a nuestros visitantes.

Pam tomó a Manuel de la mano y salieron todos de la oficina, detrás del señor Targa.

—Esta planta está en funcionamiento las veinticuatro horas del

día, seis por semana —explicó el obrero—. Sólo el domingo se cierra.

Lo primero que el hombre mostró a los visitantes fueron las grandes grúas que levantaban las cargas de caña de los camiones y las dejaban caer en una especie de tobogán.

—Venid conmigo, pero tened cuidado —advirtió luego el señor Targa, mientras conducía a todos al interior del edificio.

Allí, las cañas eran transportadas sobre una especie de artesa que viajaba en una cadena sinfín, para pasar a una serie de cortadores que convertían las cañas en trozos pequeños.

El señor Targa los llevó después a un descansillo de una gran plataforma. A la izquierda estaban los gigantescos cilindros. A la derecha, en una hondonada, se veía la maquinaria que permitía poner en marcha toda la factoría. Una gran rueda volante iba girando con lentitud.

—¡Qué cosas! —se asombró Ricky—. Nunca he visto una rueda tan grande.

—Mira allí —indicó Pam.

La caña iba pasando de unos cilindros a otros. Mientras la caña de azúcar, ya cortada, iba siendo exprimida entre los descomunales cilindros, el jugo iba cayendo en un gran recipiente que había debajo.

—¿Y adónde va desde aquí? —preguntó Pete a gritos, para hacerse oír por encima del estrépito de la maquinaria.

—Venid por aquí y os lo enseñaré —les dijo su guía.

Descendieron otro tramo de escalones de hierro hasta una hilera de cazos inmensos. Junto a aquellos recipientes trabajaban hombres desnudos hasta la cintura.

—¡Uff! ¡Qué calor hace aquí! —comentó Holly, echando hacia atrás sus trencitas.

—Tiene que ser así —replicó Carlos—. Mirad lo que sucede.

Los grandes recipientes empezaban a girar a toda velocidad.

El señor Targa, para no tener que gritar, se inclinó y dijo al oído de Pam:

—El calor y el movimiento giratorio es lo que hace granularse el azúcar.

Cuando el cazo dejó de girar, la masa oscura que contenía ya no

era líquido, sino azúcar moreno. En seguida fue sacada de allí a paletadas, echándola después en una cadena giratoria.

—En Puerto Rico lo llamamos azúcar negro —dijo Carlos, que seguía atentamente el proceso del refinado de azúcar.

—La próxima operación es el empaquetado —explicó el señor Targa, señalando una plataforma en donde el azúcar iba siendo introducido en grandes sacos.

Cuando habían caído doscientas cincuenta libras de azúcar moreno en uno de los sacos, éste se alejaba automáticamente de la plataforma y pasaba a una máquina cosedora. Luego, los sacos iban pasando a otra cadena transportadora.

—Ahora ya están preparados para su almacenamiento —explicó el señor Targa.

Al pasar ante un poste de madera, Ricky levantó la cabeza. Allí había tres botones, en un cuadro de mandos. Los otros pasaron de largo, pero el pecoso, no. Los botones le intrigaban.

«¿Qué pasaría si yo apretase uno?» —se preguntó el pequeño.



Y no pudo dominar sus impulsos de averiguarlo. Después de echar una rápida ojeada a su alrededor, apretó uno de los botones. El ruido de la cadena transportadora se interrumpió en seco.

«Huy, huy… ¿Qué es lo que he hecho?» —pensó Ricky.

Sabía que estaba en un aprieto. ¿Cuál de los otros dos botones debía oprimir para que la cadena se pusiera de nuevo en marcha? Antes de que el pequeño tuviera ocasión de decidirse, ya se había producido otra novedad. Los sacos de azúcar que estaban siendo pesados y cosidos no tenían lugar adónde ir. Iban cayendo a la inmóvil cadena transportadora, donde quedaban apilados de cualquier modo.

De pronto, una voz de hombre gritó algo. Varios obreros acudieron corriendo a donde estaba Ricky. El alboroto que se produjo hizo que el señor Targa y los visitantes se volvieran. Todos corrieron hacia Ricky.

—¿Qué has hecho? —preguntó el hombre, muy serio.

—He… he apretado este botón.

A toda prisa, el señor Targa oprimió el botón de arriba. La cadena transportadora reanudó su actividad, mientras varios obreros se ocupaban de colocar los sacos en sus debidos lugares.

Ricky inclinó la cabeza, avergonzado, y echó a andar detrás de los otros, que iban a ver el final de la transportadora. Allí, los sacos se apilaban en carretillas de mano, que sostenían obreros que esperaban para llevar los sacos a un extremo del edificio en donde se iban apilando.

Mientras los demás niños charlaban animadamente, Ricky se mostraba muy apurado por lo que había hecho. Al darse cuenta de ello, el señor Targa le apoyó una mano en el hombro y le cuchicheó:

—No te preocupes, muchacho. No eres el primero que lo hace. ¡Yo también lo hice una vez, cuando era pequeño!

Esto dejó muy complacido a Ricky, que sonrió de nuevo, mientras salía con los demás de la refinería. El señor Targa les llevó a la sombra de un gran árbol.

—Bien. ¿Hay alguna pregunta que queráis hacerme? —preguntó, mientras todos se sentaban sobre la hierba, para refrescarse.

—Yo tengo que preguntar una cosa, pero no es de azúcar —dijo Holly.

—¿De qué se trata?

—¿Hay piratas por aquí?

El señor Targa se echó a reír de buena gana.

—En la actualidad, no. Pero en tiempos pasados, Puerto Rico fue uno de los lugares predilectos de los piratas. Lo cierto es que Ponce, la población donde yo vivo, fue construida lejos de la costa, para evitar los ataques de los barcos piratas.

De pronto, se le ocurrió a Pete que tal vez el señor Targa pudiera darles información sobre el tesoro que estaban buscando.

—¿Ha oído usted algo sobre la leyenda de la corona de esmeraldas de la princesa? —preguntó.

El hombre sonrió alegremente.

—Sí, sí. Yo puedo deciros algo sobre el «Pirata Verde».

BÚSQUEDA POR LA PLAYA



—¿Sabe usted algo sobre el «Pirata Verde»? —preguntó Pam al señor Targa, al tiempo que oprimía nerviosamente la mano de Holly.

El hombre asintió.

—Es una vieja leyenda y puede que no sea cierta —dijo—. Pero se cree que el «Pirata Verde» asaltó la ciudad de Ponce hace unos doscientos años.

—¿Sabe usted algo sobre la corona de esmeraldas? —preguntó Maya, dándose cuenta de que el señor Targa sabía más que su padre sobre la leyenda de la corona de esmeraldas.

El interrogado quedó unos momentos pensativo. Parecía estar buceando en su memoria.

—Cuando yo era pequeño —empezó a decir al fin—, mi abuelo me contó que el «Pirata Verde» había enterrado un tesoro en alguna parte del interior. El escondite lo dejó indicado en varias grabaciones hechas en diversas piedras.

Aquella noticia hizo palpitar con fuerza el corazón de todos los niños. Pam oprimió la mano de Holly, para indicarle que no hablase de la magnífica pista que ellos tenían. Pete hizo a Ricky un guiño de

advertencia.

—¿Alguien ha encontrado esas piedras?

—No. Parece que no. Más de un buscador de tesoros ha pasado años buscando, pero sin el menor éxito.

Pam se sentía a punto de estallar de nerviosismo. ¡De todos los misterios en que sus hermanos y ella habían tomado parte, éste posiblemente era el más emocionante! Una de las piedras indicadoras ya había sido encontrada. Si ahora pudieran hallar otra pista dejada por el «Pirata Verde»…

Los jóvenes detectives estaban ansiosos por empezar a trabajar. También en el rostro del señor Hollister se reflejó el interés que despertaba en él aquel misterio.

Todos dieron las gracias al señor Targa por su amabilidad. Antes de marchar, el señor Hollister le estrechó la mano y le prometió ayudarle a recobrar el dinero que había pagado por la guitarra.

Manuel, antes de entrar en la furgoneta, dio al señor Targa un fuerte abrazo de agradecimiento.

—Recordaré siempre su bondad —le aseguró.

Una vez estuvieron todos sentados en el coche, los niños saludaron agitando sus manos alegremente; acto seguido el señor Hollister tomó el camino de Ponce. Ahora, Pete puso a Manuel al corriente de su secreto. En seguida comenzaron a hacer cábalas sobre el lugar en que el «Pirata Verde» podría haber dejado una segunda pista. Pam consideraba lo más natural que un pirata dejase las pistas en la playa.

—Pero Ponce no está a orillas del océano —recordó Pete a su hermana.

—La ciudad tiene puerto —dijo Maya.

—Cierto. Se llama Playa de Ponce —añadió Carlos.

Según dijo, no quedaba muy lejos de Ponce, y preguntó si podían ir allí.

—Claro que sí —repuso el señor Hollister, sonriendo—. Con la suerte que tenéis, no me extrañaría mucho que salierais de esta población cargados con una corona de esmeraldas.

—¡Papaíto, qué guapo estarías con una corona! —exclamó Holly, entre risas.

—Tal vez me sentase mejor una coronilla de piña tropical —

repuso el padre, siguiendo la broma.

No tardaron en cruzar la población de Ponce y giraron hacia el puerto. Era media tarde cuando llegaron a la playa.

—Espero que hayamos llegado aquí antes que Stilts y Humberto —dijo Pam, mirando a todas partes con preocupación.

No había nadie a la vista. Tal vez era la hora de la siesta para muchas personas.

—¡Uff! ¡Estoy asada! —afirmó Holly—. ¡Vamos a refrescamos!

—Si queréis jugar en la orilla, os dejaré aquí, mientras llevo el coche a repostar gasolina y aceite.

—Sí, sí, papá. Yo cuidaré de todo —prometió Pete.

Todos bajaron del vehículo. Manuel llevaba su guitarra con las máximas precauciones. Pam condujo al ciego hasta una palmera, al pie de la cual se sentó, aprovechando un montículo de tierra cubierta de hierbecilla. Luego, mientras las notas de una canción española, interpretada por Manuel, llenaban el aire, los demás niños se quitaron los zapatos y calcetines y corrieron al borde del agua, donde las olas espumosas morían sobre la arena.

Llevaban unos minutos jugueteando cuando Maya lanzó un grito.

—¡Cuidado, Pam!

—¿Qué pasa?

—¡Una medusa!

Pam miró al lugar que Maya señalaba. Muy cerca de su pie izquierdo, vio una masa pegajosa y transparente. Pam se apartó de un salto de la extraña criatura marina, mientras Maya decía, muy excitada:

—¡Por poco te pica!



La próxima ola empujó a la medusa hasta la arena, donde Carlos la cubrió con una piedra.

—Si hay medusas por esta zona, lo mejor será que salgamos del agua —aconsejó Carlos.

—Sí —declaró Maya—. Empecemos a buscar las pistas del tesoro.

Ricky apoyó la barbilla en una mano y pareció sumirse en hondas reflexiones.

—Todas las ruedas de la maquinaria de su cabeza están funcionando —bromeó Pam—. ¿En qué piensas, Ricky?

El pecoso arrugó la naricilla y repuso:

—¿Qué habría hecho yo, si hubiera sido el «Pirata Verde»?

—Seguro que le habrías cortado a alguien la cabeza —declaró Holly.

—No. Quiero decir que dónde habría escondido las pistas del

tesoro.

—Piensa, piensa, a ver si das con una buena idea —le animó Pam.

Mientras echaban a andar, playa adelante, Pete dijo que seguramente el bucanero habría dejado una segunda pista semejante a la primera.

—Entonces, ¿crees que debemos buscar una torre de piedra? —preguntó Maya.

Y Carlos contestó al instante:

—A mí me parece una buena idea. Podría haber una entre los pinos que bordean la orilla.

Dejando a Manuel tocando su guitarra, los demás avanzaron por la ondulada orilla, buscando algo que se asemejase a la piedra de la torre que ya tenían. La playa aparecía desierta. Esto era una suerte, según creían los niños.

Cuando llevaban caminando una media hora sin haber encontrado nada, Holly se dejó caer sobre la arena, diciendo:

—Puede que la torre se derrumbase hace mucho tiempo.

Carlos se sentía inclinado a apoyar a Holly.

—No creo que tengamos tanta suerte como para encontrar dos pistas —dijo, suspirando—. Volvamos ya.

Peté miró a lo lejos. El calor levantaba nubecillas de vapor del agua.

«Los buenos detectives —pensó—, nunca se dan por vencidos».

Miró a Pam y preguntó:

—¿Tú qué dices, Pam?

—Sigamos un poquito más.

—De acuerdo —Pete se agachó a tomar un poco de agua entre las manos, para refrescarse la cara. Los otros le imitaron.

—Ahora estamos todos bien frescos —dijo Maya, sonriente—. Podemos continuar la búsqueda.

Pasaron otros diez minutos sin que encontrasen nada parecido a la torre de piedra de la propiedad de los Villamil.

—Pete, no creo que debamos dejar a Manuel solo más tiempo —dijo Pam—. Además, papá puede haber vuelto ya y se estará preocupando por nosotros. Llevamos mucho rato andando.

—Creo que tienes razón —admitió Pete, desalentado—.

Regresemos.

Había una larga caminata hasta el lugar de donde habían partido. Al acercarse, los cansados niños vieron dos siluetas. Una de ellas les hacía señas desesperadamente.

—¡Es papá! —exclamó Pete.

—Está muy nervioso —observó Holly, mientras ella y los demás echaban a correr.

El señor Hollister, con el muchacho ciego de la mano, también corría a su encuentro.

—¿Qué pasa? —gritó Ricky, usando ambas manos como bocina, para hacerse oír.

—¡Lo hemos encontrado! —repuso también a gritos el señor Hollister, rojo de emoción.

Los niños quedaron confusos un momento. Pete fue el primero en hablar.

—¿Has encontrado la piedra, papá?

—Sí. Manuel halló la primera pista, al notar algo punzante en el montón de tierra en donde se había sentado.

—¡Zambomba! —exclamó Pete.

El señor Hollister condujo a los niños al lugar en cuestión.

—Parece ser que la torre se derrumbó hace muchos años y la tierra y los detritos se fueron acumulando sobre los escombros.

—Pero algunas de las piedras quedaron en la superficie —dijo Manuel.

Gracias a una palanca, un martillo y un destornillador de la caja de herramientas de la furgoneta, el señor Hollister había desenterrado varias piedras. Eran de la misma forma y tamaño que las de la torre existente en la propiedad de los Villamil.

—¡Manuel nos ha traído suerte! —dijo Ricky, al tiempo que él y todos los demás se ponían a cavar en el montículo.

Una tras otra, todas las piedras fueron sacadas, lavadas y examinadas. Pero habían sacado ya treinta y ninguna de ellas presentaba inscripción alguna. Cuando ya casi todas las piedras habían sido extraídas, Holly dijo, de pronto:



—¿Quién es aquel hombre que está allí?

—¿Dónde? —preguntó Pete.

La niña señaló un grupo de árboles, a cierta distancia, detrás del montículo de piedras.

—Pero ahora se ha ido —añadió la niña.

—Puede que fuese Stilts o Humberto —dijo Carlos, muy nervioso.

—Hay que mantener los ojos bien abiertos, por si aparecen —advirtió Pete, mientras se disponían a lavar la última piedra.

Una vez en la orilla del agua, lavaron la tierra y suciedad adherida a la piedra. Tres de los lados estaban lisos; el último… ¡resultaba muy áspero al tacto! Pero cuando el sol secó la superficie, no apareció en aquella superficie el menor indicio de escritura.

—Temo que ni un molde de yeso pudiera revelarnos lo que dice

aquí —dijo el señor Hollister con desaliento.

—¡Qué pena! ¡Nuestro misterio se acabó sin haberlo resuelto! —dijo Pam, suspirando con desaliento.

LA PERSECUCIÓN



—Nadie será capaz de descifrar este mensaje —se lamentó Pete, mientras pasaba la mano por la superficie de la vieja piedra.

Incluso el señor Hollister estaba convencido de que el viento, la arena y el agua, en su tarea de erosión, habían desgastado tanto aquella superficie que la escritura resultaba del todo ilegible.

De pronto, la cara de Pam se alegró. Llamó a Manuel, que se había sentado en la arena, y le preguntó:

—¿Es verdad que las personas ciegas tenéis los dedos muy sensibles?

—Sí —replicó el muchacho—. Tenemos que depender mucho de nuestro tacto…

—Entonces, a lo mejor tú puedes descifrar el mensaje —dijo la niña, y condujo a Manuel de la mano hasta la piedra.

Manuel se agachó y sus dedos, largos y delgados, pasaron una y otra vez por las ligeras hendiduras. Mientras todos los demás observaban, sumidos en el silencio, una sonrisa apareció en los labios del ciego.

—El mensaje está en español y puedo entenderlo —dijo.



—¡Eres maravilloso! —declaró Pam.

—¿Qué dice? —preguntó el señor Hollister, tan impaciente como los niños.

El ciego pasó varias veces las manos por la superficie de la piedra, antes de hablar. Por fin empezó a decir, lentamente:

—Dice: La corona de la Infanta está enterrada en lo alto de la colina del Terrón de Azúcar, cerca del río Grande de Manati. Se encuentra bajo una roca blanca, lisa.

El señor Hollister y los niños, que habían permanecido en un silencio sepulcral mientras Manuel leía el mensaje, estallaron, de repente, en aplausos y ovaciones.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó Holly, dando alegres saltos sobre la arena.

—¡Resolveremos el viejo misterio! —dijo Ricky lanzando verdaderos aullidos de alegría.

—¡Chisst! ¡No tan alto! —aconsejó Maya.

Cuando todos se apaciguaron, Pete dijo:

—Todavía no hemos resuelto nada. Hay mucho que investigar.

Oíd: ¿Manati no es donde crecen tantas piñas?

—Sí —asintió Pam—. ¿Os acordáis del señor Sifre, el del helicóptero que se averió en la playa? Él vive allí.

—¡Puede que el tesoro esté cerca de su plantación! —opinó Ricky.

En ese momento, tras un gran arbusto de buganvillas, oyeron toser a alguien. Todos los Hollister giraron sobre sus talones y Pete y Ricky corrieron a donde había sonado la tos. Cuando se acercaban, un hombre salió de su escondite y se alejó a la carrera.

—¡Espere! —le gritó Pete.

El hombre penetró en un grupo de palmeras, pero Ricky ya había tenido tiempo de echar un vistazo a su cara.

—¡Es Stilts! —gritó—. ¡A perseguirle todos!

Oyendo aquello, el señor Hollister corrió por la arena, pero en su prisa perdió uno de los zapatos. Cuando se lo hubo puesto, los niños le llevaban una buena delantera. Pete marchaba delante, seguido por Ricky y Carlos.

El fugitivo les esquivaba, corriendo hacia un lado unas veces y hacia el opuesto, otras, pero su blanca camisa se distinguía con claridad entre el verde de los árboles.

—¡Lo estamos alcanzando! —gritó Pete, mientras él y los otros dos chicos corrían como gamos, con los pies descalzos.

Para entonces, el señor Hollister y las niñas se habían quedado tan rezagados que ni siquiera podían verles.

—¡Aún podemos apresar a Stilts! —gritó Carlos, entusiasmado.

El fugitivo empezaba a acusar fatiga. Jadeando, recorrió casi a rastras un tramo de la carretera. Se dirigía a una motocicleta aparcada junto a la cuneta. En cuanto llegó, saltó al sillín, puso en marcha la máquina y se alejó a toda velocidad.

Pete, que se encontraba muy cerca del hombre, dio un salto y estuvo a punto de agarrarse al sillín. Pero, desde luego, no lo consiguió. Sus ojos se llenaron de lágrimas de indignación, al ver que el motorista se le escapaba literalmente de las manos.

—¡Ahora, Stilts conoce nuestro secreto! —se lamentó—. Y puede llegar a la colina del Terrón de Azúcar antes que nosotros.

Carlos propuso que el señor Hollister persiguiera a Stilts en la furgoneta.

—Podemos intentarlo, pero creo que va a ser demasiado tarde —contestó Pete—. ¡Las motocicletas son tan rápidas!

Ricky sugirió que siguieran las huellas dejadas por los neumáticos, pero, después de examinar la carretera, se dieron cuenta de que no se distinguía gran cosa, había muchas huellas de neumático y seguir las del fugitivo llevaría demasiado tiempo.

—Vamos a hablar con vuestro padre —exclamó Carlos, y todos retrocedieron rápidamente por donde llegaran.

Pronto oyeron voces; eran los otros que se aproximaban.

—¡Qué rabia me da tener que darles la mala noticia! —comentó Pete—. Si al menos…

De repente, Carlos, que caminaba detrás de Pete, dio a su amigo un soberano empellón. Tanto, que Pete cayó con las piernas por los aires, hasta acabar quedando sentado, mirando a Carlos con extrañeza, sin poder comprender aquella violencia.

—¿Por qué has hecho eso, Carlos?

—Lo siento mucho, pero es que estabas a punto de pisar una araña —dijo el puertorriqueño—. ¡Ven! ¡Mira!

Junto al camino, medio oculta por una frondosa palmera derribada, había una gran araña negra, de aspecto muy peligroso. Carlos explicó que había muy pocos animales peligrosos en la isla. Uno de ellos era la araña negra.

—¡Canastos! ¡Has tenido suerte! —exclamó Ricky.

—Gracias, Carlos —dijo Pete—. Me habría gustado muy poco ser picado.

Llegaron entonces las niñas y el señor Hollister. Al enterarse de que Stilts había escapado, sufrieron una gran desilusión. El señor Hollister estuvo de acuerdo en que sería inútil intentar la persecución.



—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Holly.

Se acordó que volverían a la playa, en donde había quedado Manuel, y allí deliberaron sobre lo más conveniente. Encontraron al ciego rasgueando su guitarra y la dulce música nativa que interpretaba hizo que todos se sintieran tranquilizados.

Cuando Manuel dejó de tocar, Pete le contó lo sucedido. Luego, todos se sentaron en la arena para discutir sobre lo que convenía hacer.

—Encontrar la colina del Terrón de Azúcar va a ser muy difícil —dijo Maya—. Hay cientos de ellas cerca de Manati.

—Sí, pero Stilts va a tener el mismo problema, aunque haya oído nuestra conversación —razonó Carlos.

Y el señor Hollister adujo:

—Puede costamos varias semanas localizar esa colina, si intentamos buscar en cada una de ellas, una por una.

Pete, pensativo, murmuró:

—Podríamos usar un avión, pero ¿dónde encontraríamos uno?

Pam, con expresión feliz, preguntó:

—¿Y el helicóptero del señor Sifre? Él dijo que le gustaría hacernos un favor.

La idea de buscar la corona de esmeraldas desde un helicóptero puso muy contentos a todos.

—¿Dónde creéis que podremos encontrar al señor Sifre? —preguntó Maya.

—Probemos a telefonearle a sus campos de Manati —propuso Pam.

El señor Hollister lo consideró una buena idea.

—¿Quién quiere hacer la llamada? —preguntó.

Ya que había sido Pam quien tuviera la idea de pedir ayuda al señor Sifre, todos opinaron que era ella quien debía hacer la llamada.

Los niños subieron de nuevo a la furgoneta, y el señor Hollister condujo hacia Ponce, hasta que encontraron un almacén que tenía cabina telefónica. Pam habló con la telefonista, quien le puso en comunicación con Manati. A los pocos minutos, el señor Sifre estaba al aparato.



Los demás estaban en la puerta de la cabina, mirando con interés la expresión de Pam. Se veía claramente que la niña estaba explicando la situación en que se encontraban. Y cuando Pam sonrió ampliamente, a nadie le cupo duda de que su solicitud había sido atendida.

Pam colgó y abrió la puerta.

—¡Va a venir! ¡Va a venir! —dijo, entusiasmada.

UN AVIÓN POCO AMIGABLE



—¿Cuánto tardará en llegar el señor Sifre con su helicóptero? —preguntó Ricky, emocionado—. ¡Qué ganas tengo de encontrar la corona de la princesa!

—El señor Sifre nos recogerán en el aeropuerto de Ponce, mañana a las nueve de la mañana —dijo Pam.

—¡Viva! ¡Viva! —exclamó Holly—. Papá, ¿podemos quedarnos aquí a pasar la noche?

Después de hablar con la señora Hollister por teléfono, dijo a los niños que, efectivamente, se quedarían, y los llevó a un hotel de Ponce. Una vez terminada la cena, todos se acostaron, aunque era temprano, porque estaban muy cansados, después de un día de tantas emociones, y porque debían madrugar al día siguiente.

A las nueve menos cuarto de la mañana, todos estaban reunidos en el aeropuerto, esperando la llegada del señor Sifre. Pete miró su reloj de pulsera. Eran las nueve y dos minutos cuando exclamó:

—¡Ahí llega!

En la distancia, el helicóptero parecía un negro moscardón, zumbando, camino del aeropuerto. Sus rotores resplandecían al sol matutino. Cuando el aparato tomó tierra, los Hollister y sus amigos

corrieron a saludar al señor Sifre.

Se detuvo el motor y las gigantescas aspas quedaron silenciosas, al mismo tiempo que se abría la puerta y salía del aparato el señor Sifre. Muy sonriente, fue estrechando la mano a todos.

—Mi piloto y yo hemos venido lo antes posible. Nos sentimos muy contentos de poder corresponder al favor que ustedes nos hicieron.

Ken Jones saltó de la cabina.

—¡Lo mismo digo! —exclamó.

—Tengo entendido que existe un gran misterio, relacionado con el vuelo que vamos a hacer —dijo el señor Sifre, siempre sonriendo.

—Sí —respondo Carlos, quien a continuación narró todo lo sucedido—. Tenemos que localizar la colina con la losa blanca, y llegar allí antes que Stilts y Humberto, o ellos pueden descubrir antes la corona de esmeraldas.

Ken Jones disimuló una risilla, al decir:

—Podemos llamar a esto «Operación Esmeraldas». Vamos a ver; tenemos ocho pasajeros más, ¿no es así?

El señor Hollister dijo que él no iría en el helicóptero. Seguiría en la furgoneta y se reuniría con ellos en Manati.

Carlos intervino.

—Los Hollister son mejores detectives que Maya y yo. Nosotros iremos con el señor Hollister y Manuel también puede venir con nosotros.

Pete dijo que eso no era justo, ya que, de encontrarse el tesoro, debería ser para los Villamil.

El piloto sonrió.

—Al helicóptero le tiene sin cuidado el número de personas que lleve, con tal de que su peso no sobrepase el de seis hombres. Lo que podéis hacer es decirme lo que pesa cada uno.



Todos se apresuraron a decir los kilos que pesaban. El piloto continuó sonriendo.

—Si el señor Hollister quiere llevarse a Manuel hasta Manati, los demás podéis subir.

—¡Estupendo! —exclamó Pete.

Después de despedirse del señor Hollister y de Manuel, los niños subieron al helicóptero. Cerraron la portezuela. El señor Sifre se sentó junto a Ken Jones, en la cabina. Holly iba sentada en las piernas de Pam, y Ricky, en las de Pete.

—¡Ya salimos! —exclamó Carlos alegremente.

El motor se puso en marcha con gran fragor, y los dos juegos de aspas empezaron a girar. Entonces, Ken Jones inclinó el morro del helicóptero, que aumentó la velocidad, camino de la esplendorosa zona de valles y montañas, en dirección a la costa norte.

—Me gustaría saber a qué velocidad vamos —comentó Pam.

Pete habló con el señor Sifre, repitiendo las palabras de su hermana.

—A cien millas por hora —les respondieron—. Estaremos en la zona de Manati dentro de poco.

Veinte minutos más tarde veían surgir, abajo, un río sinuoso.

—¡Ahí está el río Manati! —anunció Ken Jones—. Descenderemos un poco para que podáis ver mejor los «terrones de azúcar».

Pronto, el helicóptero se encontró a solo unos cincuenta pies por encima de las verdes colinas. Los chicos miraron por un lado del helicóptero, en tanto que las niñas inspeccionaban por el otro. El helicóptero fue dejando atrás colina tras colina, sin que en ninguna se distinguiese alguna marca blanca. Los montículos parecían todos iguales, cubiertos de denso follaje y alguna palmera de vez en cuando.

Al cabo de un rato, el señor Sifre volvió la cabeza.

—Tendremos que bajar a tierra porque necesitamos gasolina —dijo—. Pero después continuaremos la búsqueda.

Encaminándose al noroeste, el helicóptero pronto se encontró sobrevolando una gran plantación de piñas. En un extremo se veía un edificio de una sola planta.

—Ésa es nuestra fábrica de conservas —dijo el señor Sifre—. Vamos a tomar tierra ahí al lado.

El aparato pareció quedar estacionado, para luego descender verticalmente sobre el campo. Cuando el motor cesó de roncar, bajaron todos del aparato. Ken Jones se encaminó en seguida a la gasolina, que estaba allí cerca, y sacó una larga manguera para llenar el depósito del aparato.

Entre tanto, el señor Sifre condujo a los Hollister entre grandes plantas de piña tropical. Señaló los frutos, que crecían en el centro de lo que parecían cactus.

—Existen dos importantes variedades —explicó—. La Cayenne se cría, principalmente, en Hawaii, y tiene los tallos más lisos. Pero aquí cultivamos la que se llama «piña roja española». Tiene hojas punzantes. Miradlas.

Penetró con los niños en el campo de cultivo. Crecían por todas partes rojas hileras de piñas, más allá de donde la vista alcanzaba.

Ricky se inclinó a oler uno de los frutos. De repente exclamó:

—¡Ay!

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Pam.

—Que se me ha clavado una espina… aquí detrás…

El señor Sifre soltó una risita y advirtió a los niños que tuvieran cuidado con las espinas de las piñas reina.

—¿Por qué las llama «reina»? —preguntó Pam.

—Porque las piñas son las únicas frutas que tienen corona —respondió el señor Sifre, conduciendo ya a los niños hacia la fábrica de conservas—. Tenemos unos minutos, antes de que Ken haya terminado. Os mostraré lo que hacemos aquí.

En el exterior del edificio y bajo un cobertizo inclinado, había una máquina en la que dos hombres iban introduciendo piñas. Por el otro extremo de la máquina iban saliendo los frutos pelados y libres de la parte central, o corazón.

—Ahora entraremos para que veáis el interior de la fábrica —ofreció el señor Sifre.

Las piñas eran llevadas en cintas transportadoras, hasta mesas ante las que se encontraban mujeres ataviadas con blancos uniformes. Unas cortaban los frutos en rodajas, en tanto que otras cortaban las rodajas y las introducían en latas.

Había, además, otras mujeres que iban metiendo «dedos» o tiras de piña en recipientes de metal. Todo el mundo trabajaba con rapidez y aspecto feliz.

—Me gustaría trabajar aquí —afirmó Ricky—. Así podría comer y comer y…

—Y ponerte enfermo —añadió Holly.

Los niños fueron conducidos junto a una gran tina, que contenía jugo de piña. El señor Sifre sirvió una cantidad del jugo en vasos de papel, que ofreció a los niños. Estaban acabando de beber, cuando Ken Jones llamó al señor Sifre.

—Preparados para salir.

Subieron al aparato, que con un rugido, volvió a despegar. Pronto, Ken Jones les condujo por encima de las orillas del río Manati. Manteniendo los ojos fijos en los campos que se extendían por debajo, los niños fueron escudriñando montículo tras montículo, sin ver nada que se pareciese a una piedra o losa blanca.

De repente, Pete advirtió al piloto:

—Avión sobre las nueve.

Había oído a los aviadores expresarse en esos términos, en las películas de la televisión. Aquella explicación quería decir que el aparato se encontraba a la izquierda y por encima de ellos.

Mientras Pete hablaba, la avioneta avanzó directamente en su dirección y empezó a describir círculos, aproximándose cada vez más al helicóptero. Detrás del piloto de la avioneta se veían sentados dos hombres que miraban con gran atención por las ventanillas.

De repente, se oyó gritar a Pam:

—¡Stilts y Humberto!

—¡Son nuestros enemigos! —dijo Holly al señor Sifre y a Ken Jones.

—¿Seguro? —preguntó el piloto—. Entonces, será mejor que no les perdamos de vista.

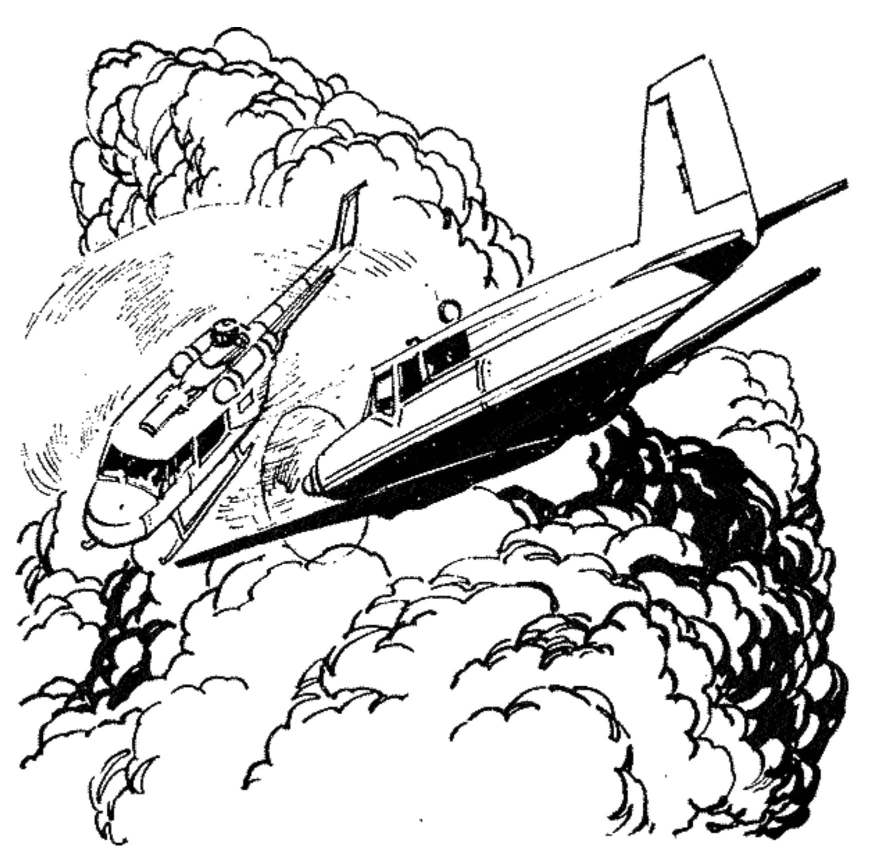
Entretanto, Ricky iba mirando un rato al aparato, otro rato al suelo.

—¡He visto algo blanco! —anunció al cabo de un momento, y señaló una elevación que se veía debajo de ellos.

—¿Será lo que buscamos? —preguntó Pam, emocionadísima.

—¡Yo creo que sí!

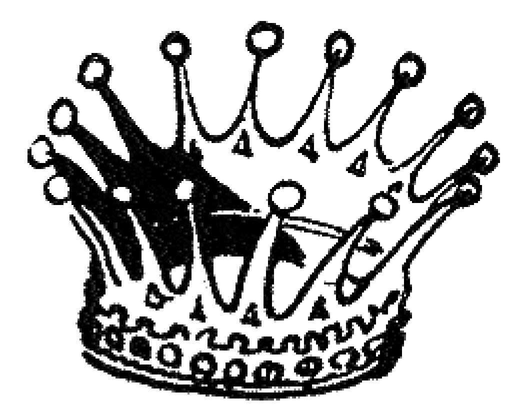
Los demás miraron también.



Pero, al momento, la avioneta les obligó a perder todo interés en lo que tenían abajo. La avioneta se inclinaba en barrena hacia ellos, con el motor zumbando igual que una avispa encolerizada.

—¡Nos quiere golpear! —gritó Holly, atemorizada.

LA MONTAÑA DEL TESORO



La avioneta se aproximó tanto al helicóptero, que pronto todos se sintieron preocupados. Ken Jones hizo un rápido movimiento, apartándose del aparato.

—Puede que también ellos hayan visto esa piedra blanca —dijo Ricky, preocupado.

—Creo que sólo intentan asustarnos, para que nos alejemos —opinó el señor Sifre.

—Pero no se lo vamos a permitir, ¿verdad? —preguntó Holly, con inquietud.

—Naturalmente que no —replicó Ken Jones.

A petición de Pete, Ken hizo descender el aparato hacia la colina señalada por Ricky. Efectivamente, había un trecho blanco, en medio del follaje verde.

—¡Creo que lo hemos descubierto, Ricky! —exclamó Pam, abrazando a su hermano.

—Tendremos que bajar para echar una mirada —opinó el señor Sifre.

—Lo siento, pero no es posible —repuso Ken—. No hay suficiente espacio para tomar tierra. Las aspas podrían tropezar con

la copa de algún árbol.

Pete preguntó:

—¿Tiene usted una escalerilla de cuerda, Ken?

—Sí. Encontraréis un armario bajo vuestros pies.

—¿Podría usted mantener el aparato inmóvil en el aire, mientras yo bajo hasta la copa de un árbol?

El piloto repuso que sí podía hacerlo, pero que Pete debería tener mucho cuidado.

—Podré bajar bien —aseguró Pete—. Así podré ver qué es ese trozo blanco.

—No puedo permitir que vayas solo, Pete —dijo el señor Sifre—. Bajaré contigo.

—Y yo también —afirmó Carlos, muy resuelto.

—Pero ¿qué haremos con esos rufianes del avión? —dijo Ken—. Pueden tomar tierra en aquel valle próxima y volver aquí a pie.

Pam sugirió que Ken volase hasta Manati y avisara a la policía.

—Un buen consejo —aplaudió el señor Sifre.

Ken Jones hizo descender el helicóptero, hasta que estuvo muy cerca de la copa de una gran palmera. Entonces Pete hizo descender la escalerilla por un lado. Agarrándose fuertemente, fue bajando con precaución.

Cuando se asía al último tramo de la escalerilla, sus pies tocaron las ramas de la palmera. Estaba a punto de soltar la escalerilla y pasar al árbol cuando una fuerte ráfaga de viento hizo que el helicóptero se elevase varios palmos.

—¡Quieto, Pete! —advirtió Pam desde arriba.

Los dedos de Pete volvieron a cerrarse con fuerza en tomo a la escalerilla, en el último instante. Por un momento, estuvo a punto de caer a tierra, pero, por fortuna, cuando el helicóptero descendió de nuevo, Pete continuaba en la escalerilla. Esta vez pudo agarrarse fácilmente a las ramas de la palmera y empezó a descender por el tronco con la agilidad de un mono.

—¡Ahí voy! —anunció Carlos.

Y descendió sin dificultades. El señor Sifre fue el último en bajar. Cuando los tres estuvieron en tierra, Ken condujo el aparato en dirección a Manati.



Entre tanto, la avioneta donde viajaban Humberto y Stilts empezó a describir círculos muy bajos, sobre el lugar en que había descendido Pete, Carlos y el señor Sifre. Los niños se sintieron muy preocupados, pero su acompañante les tranquilizó, recordándoles que el aparato no podía tomar tierra allí.

—¿Lo veis? Ya se alejan.

Pete abrió la marcha, entre el denso follaje, camino de la zona en donde Ricky viera el trozo blanco.

—Vayamos más bien hacia la izquierda —aconsejó Carlos al poco rato—. Y tendremos que trabajar de prisa, no vaya a ser que esos hombres tomen tierra y vengan aquí.

La cima del montículo no era más amplia que un campo de fútbol, pero el follaje era tan denso que se hacía difícil localizar el objeto blanco.

—Lo vi tan claramente desde el helicóptero… —murmuró Ricky,

mientras recorrían aquel trozo reducido, sin hallar nada.

En la frente de los tres investigadores empezaron a formarse perlitas de sudor, mientras caminaban afanosamente entre las altas hierbas, apartando ramas a derecha e izquierda. El señor Sifre advirtió a los muchachos que tuvieran cuidado con las arañas.

—La piedra blanca debe de estar en la parte más alta de la cima o, de lo contrario, no la habríamos visto.

—La parte más alta es aquélla de allí —indicó el señor Sifre, señalando una especie de pequeña cresta al otro lado de la colina.

Se encaminaron allí los tres, hasta que, por fin, lo encontraron. Los vientos alisios habían impedido que crecieran allí los árboles, y sólo se veían matorrales de poca altura.

—Esa cosa blanca debe de estar ahí —calculó Pete.

El sol ardiente caía de lleno sobre las cabezas de los tres buscadores que atravesaban la cima en otra dirección. Aplastaron con los pies los matorrales, para ver mejor el terreno que se extendía delante.

De pronto, Pete anunció, con un grito:

—¡Ya lo veo!

Carlos y el señor Sifre corrieron al lado de su compañero. Pete se había inclinado junto a una losa de mármol, que debía de medir un metro cuadrado. Desde el aire, sólo el centro había resultado visible. Mientras los investigadores iban limpiando de hierbas los bordes, su emoción y entusiasmo iba en aumento.

—¡Lo hemos encontrado! ¡Hemos encontrado el escondite secreto! —murmuró Carlos, contentísimo.

—¡Si pudiéramos levantar la piedra! —opinó el señor Sifre.

Y hurgó con las yemas de los dedos en los bordes de la piedra. El mármol no era muy grande y por lo tanto no pesaría demasiado.

Pete lo examinó nuevamente.

—Creo —dijo— que si todos probásemos a apalancar por el mismo lado, tal vez podríamos levantarla.

Pero no había manera de agarrar bien la losa por ningún borde.

—¿Tiene alguien una navaja? —preguntó Pete.

—Yo —replicó Carlos, sacando una de su bolsillo—. ¿Quieres que levante la tierra alrededor, para que podamos meter los dedos bajo la losa?

—Sí.

Carlos se apresuró a escarbar en tres sitios distintos, con objeto de que cada uno de ellos pudiera introducir los dedos bajo el porche de la losa.

—¿Preparados para levantar? —preguntó.

—Sí —replicó Pete.

—¡Una…, dos…, tres!



Poniendo a continuación todas sus fuerzas, entre el señor Sifre y los dos muchachos levantaron la piedra unos cuantos centímetros. Cuando ya pudieron asirla con más facilidad, acabaron por levantarla verticalmente, para acabar doblándola hacia el otro lado.

—¡Zambomba! ¡Cómo pesaba! —comentó Pete, jadeando.

Bajo la losa, la tierra era oscura y sin vegetación alguna; los dos chicos empezaron a cavar rápidamente. Pete, con los dedos; Carlos con la navaja. Y al llegar a una profundidad de unos cinco centímetros, se empezó a perfilar la tapa de una caja metálica.

—¡Ahí está! —exclamó Pete, que casi no podía creer en su buena suerte.

Quitaron la tierra suelta y Carlos pasó las manos alrededor de la caja, que tenía la medida de dos cajas de zapatos.

—¿Creen que será verdaderamente el tesoro? —murmuró.

Los ojos del señor Sifre estaban muy abiertos por el nerviosismo y la emoción, mientras el chico sacaba la caja de su escondite.

—¡Ábrela, de prisa! —cuchicheó Pete.

Recurriendo a su navaja, Carlos hizo palanca en la tapa que un momento después se abría.

—¿Qué hay? —preguntó el señor Sifre, aproximándose a ver.

—No hay nada —dijo Carlos, con tal desencanto que pareció a punto de echarse a llorar.

—Déjame ver —pidió Pete.

Y Carlos se apartó a un lado.

Después de examinar el interior de la caja, Pete pidió:

—Déjame tu navaja, Carlos. Creo que la caja tiene doble fondo.

Esperanzado, Carlos pasó la navaja a Pete, que la utilizó para deslizaría por los bordes, con la intención de separar la parte de abajo.

A los pocos momentos, la pieza del fondo estaba suelta y…

¡Debajo pudieron ver todos una hermosísima corona de oro incrustada de esmeraldas!

Por un momento, lo mismo el señor Sifre que los chicos quedaron con la boca abierta, sin atreverse ni a creer que habían encontrado el tesoro de la vieja leyenda de Puerto Rico.

—¡La corona de la Infanta! —dijo Pete, casi con espanto—. Es… es…

De repente, tras el feliz grupo, una voz áspera dijo:

—¡Es nuestra!

Los tres giraron sobre sus talones, muy asombrados. En su nerviosismo, no habían oído que Stilts y Humberto se habían acercado sigilosamente. Y ahora los dos hombres estaban allí, blandiendo cada uno de ellos un palo con gesto amenazador.

—¡Gracias por habernos conducido hasta el tesoro! —dijo Stilts, con una cruel sonrisa.



—¡No se atrevan a tocar esa caja! —gritó el señor Sifre.

Pero, a pesar de la advertencia, Stilts y Humberto siguieron avanzando, con los ojos rebosantes de codicia fijos en el tesoro de esmeraldas. Humberto era el que estaba más próximo al señor Sifre. De repente, el propietario de la plantación se abalanzó sobre el otro y le quitó el palo, sin darle la oportunidad de utilizarlo. Cada uno de ellos se aferró con fuerza a su adversario. Los dos hombres rodaron por tierra, luchando y forcejeando.

Mientras, Stilts se lanzó sobre los muchachos, blandiendo peligrosamente su palo. Erró por muy poco el golpe que intentó propinar a Pete en la cabeza. Con la rapidez de un relámpago, Carlos aferró al hombre por el brazo y Pete le arrancó de las manos el palo, que arrojó lejos.



Stilts gritó encolerizado, mientras luchaba por dominar a los dos chicos. Pero, en pocos momentos, se encontró en tierra. Pete se había montado a horcajadas en su pecho, sujetándole los brazos, mientras Carlos le atenazaba las piernas, en espera de que llegase ayuda. El señor Sifre estaba sosteniendo una dura lucha, pero, al fin, consiguió derribar por tierra a su adversario y, cayendo sobre él, mantenerlo inmovilizado.

—¡Nunca se apoderarán del tesoro! —gritó el señor Sifre.

Los jadeantes luchadores no se habían percatado de la llegada del helicóptero, hasta aquel momento. Ahora levantaron la mirada y lo vieron. Ken planeó por encima del lugar en que se hallaba el grupo y, un momento después, un policía empezaba a descender por la escalerilla de mano.

Stilts y Humberto hicieron desesperados esfuerzos por escapar, pero ambos estaban bien sujetos. Otro policía salió del helicóptero y los dos malhechores quedaron pronto bajo su custodia.

—¡Esperadnos! —gritó una voz.

Era Holly, que empezaba a descender también por la escalerilla, seguida de Pam y Maya. Detrás de todos, seguía Ricky.

—¡Hemos encontrado el tesoro! —les dijo Pete, muy emocionado, apresurándose a mostrarles la corona de la Infanta.

Todos la contemplaron, atónitos, y se asombraron de lo hermosísima que era.

—Podría servir de rescate para un rey —comentó uno de los policías.

—Querrá usted decir, para rescate de un Infanta —le rectificó Pam amablemente.

A todo esto, Humberto y Stilts miraban sombríamente a todos los reunidos. Uno de los policías dijo:

—Habéis prestado un gran servicio a la policía. Nosotros estábamos buscando a estos hombres. Son dos ladrones que llegaron de Florida hace tan sólo dos semanas.

—Ha sido una suerte que los Hollister vinieran a Puerto Rico —declaró el señor Sifre—, porque han hecho a todo el mundo feliz.

—Sí. Menos a esos ladrones —dijo Carlos riendo.

Apremiados por los policías, los dos hombres confesaron haber oído hablar de la corona de la Infanta a unos buscadores de tesoros que conocieron en Florida. Para poder trasladarse a Puerto Rico, habían robado algún dinero en el continente. Habían estado siguiendo a los Hollister y los Villamil hasta que los niños dieron con el tesoro.

—¡Entonces, fue usted quien estuvo escuchando bajo la ventana, en la Caleta del Lagarto! —exclamó Pete, indignado, señalando a Humberto.

El ladrón inclinó la cabeza y confesó haberlo hecho.

Cuando salieron para Ponce con el señor Hollister, Stilts y Humberto les siguieron, en motocicleta.

—Entonces fue cuando Stilts descubrió el secreto de la segunda piedra —adivinó Pam.

Los policías registraron a los dos hombres y encontraron algún dinero en la cartera de Stilts.

—¿Es lo que obtuvieron por la venta de la guitarra de Manuel? —preguntó Pete.

Al principio, ninguno de los detenidos contestó, pero cuando les aseguraron que saldrían ganando si decían la verdad, Humberto contestó afirmativamente.

—En ese caso, se lo devolveremos al propietario de la tienda. Él se lo entregará al señor Targa —dijo uno de los policías—. ¿Qué haréis con el tesoro? —les preguntó ahora a los chicos.

Pete dijo que le parecía que la corona de la Infanta debía pasar a propiedad del gobierno puertorriqueño, y los demás estuvieron de acuerdo con él.

—Que lo guarden en el museo de San Juan —propuso Pam, sonriendo.

Cuando todos hubieron contemplado largamente la antigua corona de la princesa española, el señor Sifre dijo:

—Antes de devolver la corona al gobierno, yo propondría que la utilizásemos una vez. Me gustaría coronar con ella a la princesa de las piñas, de Puerto Rico.

Mientras todos los niños les escuchaban atentamente, el propietario de la plantación explicó que iba a celebrarse, entre los niños visitantes al país, un concurso en el que se elegiría a la «Princesa de la Piña para Exportar». Y haciendo un guiño a Maya, añadió:

—También celebraremos otro para los niños del país y elegiremos la «Reina de las Piñas».



La corona de esmeraldas fue guardada en un cofre de la comisaria, pero el jefe de policía estuvo de acuerdo en dejar que fuera utilizada para coronar a la «Reina de las Piñas».

Durante los dos días siguientes, todas las estaciones de radio y televisión de San Juan propagaron la noticia del concurso de la «Reina de las Piñas», que se celebraría en el hotel Mar Caribe.

Sue, Holly y Pam iban a tomar parte en el concurso. Estaban las tres tan nerviosas que, una hora antes, ya se habían vestido para el concurso. Las tres llevaban vestidos largos, con fajas doradas en la cintura y ceñidores, dorados también, en la cabeza.

Cuando estaban dando los últimos toques a sus ropas, antes de salir del hotel, Ricky asomó la cabeza y las miró, con sus ojillos chispeantes y traviesos.

—¿No os parece que yo podría ser una estupenda «Princesa de las Piñas»? —preguntó.

Y entró en la habitación, dando traspiés. Llevaba un vestido blanco, fruncido, de Pam, y se había puesto una cinta rosa alrededor de su pelo rojizo.

Las niñas se echaron a reír alegremente.

—Quedarías muy bien como «Princesa de los Pepinillos» —dijo Pam con burla—. Con esas pecas de tu nariz…

—No te rías de mis pecas —protestó el pequeño, arrugando su naricilla.

—No me burlaré, si, te quitas mi vestido ahora mismo —le contestó Pam.

Ricky se marchó corriendo, y volvió al poco rato con un trajecito limpio. Los Hollister y los Villamil salieron camino del hotel Mar Caribe.

La sala de baile estaba llena de niñas, la mayoría procedentes del continente, que tomaban parte en el concurso.

Una a una, las concursantes, unas veinte niñas pequeñas fueron desfilando ante un tribunal compuesto por tres jueces. Uno era el director del periódico local. Otro, un famoso actor. El otro, una actriz llegada de Nueva York, para visitar San Juan.

—¿Verdad que están lindas las pequeñas? —comentó la señora Villamil con la señora Hollister—. Tus hijas están encantadoras. ¡Seguro que una de ellas ganará un premio!

La madre de los Hollister sonrió.

—Dudo que tengan tal oportunidad —contestó.

Después que las niñas desfilaran una vez, quedó hecha la primera selección, de la que salieron tres elegidas. Los Hollister aplaudieron con orgullo, al ver que una de las tres era Sue.

Las tres chiquitinas desfilaron de nuevo ante los jueces. Sue iba muy erguida, pero movía continuamente la cabecita de un lado a otro y sonreía sin cesar, mostrando sus graciosos hoyuelos. Hizo una reverencia delante de los jueces. Las otras dos concursantes eran muy lindas, pero no tan vivarachas como Sue, cuya familia entera contenía la respiración, mientras la contemplaban.

Los tres jueces conferenciaron unos minutos luego, la actriz anunció:

—¡La «Princesa de las Piñas» es… Sue Hollister!

Todo el mundo aplaudió, y el señor Sifre, que había

desaparecido discretamente durante la selección, reapareció entonces. En sus manos traía la famosa corona de esmeraldas de la Infanta, pero en el centro iba adornada con una coronilla de piña.

Sue se arrodilló en un pequeño cojín de terciopelo y el señor Sifre le puso la corona en la cabeza. La chiquitina se puso en pie, con las mejillas rojas de satisfacción. Metió la manecita en el bolsillo del vestido y, en medio de las risas de los espectadores, sacó de allí la lagartija. Con el animalito muy cerca de su cara, susurró:

—«Suerte», me has dado mucha suerte.

Rápida como una centella, «Suerte» se deslizó de las manos de su amita y trepó hasta la corona de esmeraldas. Sacudiendo la cola, la pequeña iguana fue a acomodarse en la coronilla de la piña tropical.

—¡Así fue como la encontramos la primera vez! —exclamó Pam con entusiasmo.

